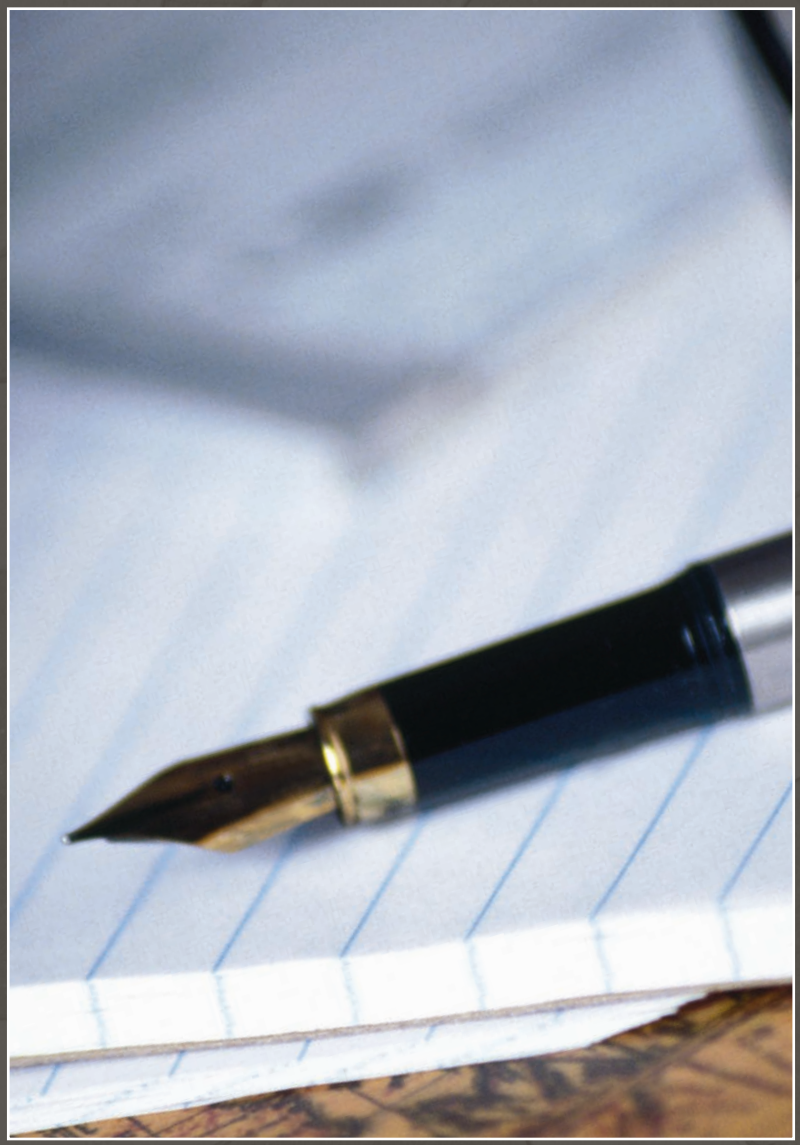
revista LITERARIA INTERNACIONAL

de la Asociación de Escritores Noveles

número **1** • febrero 2007

precio **3** €



Monográfico: Literatura siglos XIX y XX
(Jovellanos, Rosalía de Castro, Benito Pérez Galdós)

El terror,
relato inédito de Ricardo Menéndez Salmón

Entrevista al autor: Manuel García Rubio

I Certamen Literario de Relato Corto Luis Adaro,
organizado por la AEN

Pol. Ind. Molino del Pilar c/ Rudolf Diesel 33 nave 23 50.015 Zaragoza (España)
T 976 506 060 **F** 976 512 596
www.gruposga.com info@gruposga.com

Editorial

Edita:
Asociación de escritores noveles
Directora editorial:
Covi Sánchez
Coordinador proyecto:
Francisco J. Picón Caro
Director creativo:
Fernando Araus
Diseño y maquetación:
Yalda S.L.L. Taller de ideas
Tel. 648 042 480
Imprime:
Isac Artes Gráficas
Departamento comercial:
Servicios Gráficos y Audiovisuales
Tel. 976 50 60 60

Tenéis en vuestras manos, queridos socios, amigos y lectores, el primer número de Y Latina, la revista oficial de la Asociación de Escritores Noveles.

Antes de continuar, quiero agradecer a través de estas líneas el esfuerzo y la lucha de los socios, las diversas entidades colaboradoras y todas las personas ajenas que han logrado que nuestra revista sea una realidad.

Con este primer número de Y Latina iniciamos una serie de monográficos dedicados a la literatura universal. Como leeréis desde sus páginas, en este primer volumen queremos rendir nuestro pequeño homenaje a la Literatura de los siglos XIX y XX, especialmente a tres representantes incuestionables de este momento literario: Melchor Gaspar de Jovellanos, uno de los autores más importantes de la Ilustración española; Rosalía de Castro, reconocida como precursora –junto a Bécquer- de la poesía, y Benito Pérez Galdós, considerado por muchos como uno de los mejores narradores del siglo XX. Es un homenaje a nuestra Literatura más próxima, más cercana a nosotros, pero también de la que más podemos aprender.

Y Latina ha nacido desde el entusiasmo y la generosidad de los que creemos en el proyecto, afianzándose con la ilusión, el esfuerzo y la creatividad que aportan todos nuestros socios y colaboradores.

Permíteme decirte, querido lector, que todo lo anterior no tendrá sentido sin tu complicidad y tu opinión. No existen escritores sin lectores. Tú nos permites existir.

Qué Y Latina sea un canal de comunicación para todos los amantes de la literatura, como tú.

Equipo de redacción de Y Latina

Manuel García Rubio

Entrevista realizada por Covi Sánchez

Covi Sánchez.- ¿Cómo empezó a escribir Manuel García Rubio? ¿Es largo el camino de aprendizaje?

Manuel García Rubio: No creo que haya habido un momento en mi vida en el que hubiera decidido ser escritor. Si ese instante existió, no lo recuerdo y, por tanto, no debió de ser muy importante. Lo que sí sé es que, de muy niño, aprendí el gusto por las palabras, y que a los seis o siete años escribí mis primeras redacciones. Caí en el vicio muy pronto, lo reconozco, y en ese camino estoy. Espero que sea tan largo como mi vida.

C.S.- ¿Qué pensó tu familia ante la idea de dedicarte a escribir?

M.G.R. -Mis padres estimularon mi afición por la lectura y la escritura, pero manteniéndome los pies sobre la tierra, que es la única manera de escribir.

C.S.- Después de tu trayectoria, ¿qué diferencias existen entre tus primeras obras y la última?

M.G.R.- No estoy muy seguro de que existan diferencias importantes en cuanto a los resultados; sí, en cuanto al proceso de escritura, que ahora es más metódico. Confío más en mí mismo. Tal vez eso se note en el acabado final.

C.S.- En una sociedad en la que prima el "yo" por encima del "nosotros", ¿qué sentido tienen para ti las asociaciones de escritores?

M.G.R.- Las asociaciones de escritores deben cumplir, a mi juicio, dos funciones: una cultural o promotora de las actividades escritora y lectora, y otra corporativa, de defensa de los intereses comunes de los miembros más débiles de una industria, que es la editorial.

C.S. - ¿Cómo ve un autor que ya dio el salto a una editorial nacional el mundo literario en Asturias? ¿Realmente es posible dar ese salto o es algo reservado a unos pocos?

M.G.R.- Asturias está viviendo uno de los momentos más dulces de su literatura. Se habla, incluso, de una edad de plata. Tanto en narrativa como en poesía, ensayo y teatro, el número y la calidad de los autores es muchísimo más importante de lo que la gente cree, incluidas las administraciones públicas, que deberían hacer algo más para que esta realidad pueda ser conocida en su propia tierra y fuera de ella. Por ejemplo, somos no menos de veinte novelistas que publicamos en editoriales nacionales de manera regular. Y entre los más destacados poetas españoles, están cinco o seis asturianos. Esto contesta a la segunda pregunta: es posible dar el salto, claro que sí. Para eso hacen falta unas dotes de partida y trabajo, mucho trabajo.

C.S.- ¿Qué supone para un autor asturiano ser miembro del Jurado del Premio Príncipe de Asturias de las Letras?

M.G.R.- Yo he sido jurado en esta pasada edición. Se trata de una experiencia muy interesante, tanto por las relaciones personales que se establecen con el resto de miembros del jurado, como por el hecho mismo de participar de una decisión colectiva de enorme trascendencia para las letras universales.

C.S.- Cada año se editan en España más de setenta mil volúmenes, ¿realmente en España se lee a ese nivel o se está editando todo tipo de literatura con independencia de su calidad?

M.G.R.- Si se editan tantos ejemplares y, sin embargo, no se advierten quiebras en la industria editorial, debe de ser porque el mercado tiene capacidad de absorberlos. Es verdad que se edita todo tipo de literatura con independencia de su calidad, pero frente a eso no seré yo quien invoque la bandera de la censura. Prefiero lanzar una mirada positiva, que indica que en la punta de este 'iceberg' hay regularmente unas cuantas obras excepcionales.

C.S. - ¿Cuál es el verdadero camino del autor novel?

M.G.R.- El mismo que el del escritor profesional, el del trabajo sereno, sin la obsesión por el éxito.

C.S.- ¿Existen posibilidades de que un autor novel pueda lograr dar el salto al que nos referíamos antes?

M.G.R.- Naturalmente. Todos fuimos noveles alguna vez y, en la medida en que no tenemos asegurado nada, no dejamos de serlo nunca.

C.S.- Pasemos a la literatura. ¿Se debería cambiar la forma de enseñar la literatura en los colegios?

M.G.R.- No sé cómo se enseña hoy la literatura. En todo caso, la literatura es vida, y los grandes asuntos de la vida, como el del sentido de la felicidad, están fuera de la agenda académica.

C.S.- Tu profesión es la abogacía. ¿Sigues ejerciendo como abogado?

M.G.R.- Sí.

C.S.- Todas tus novelas tienen títulos muy concretos: El sentido de las cosas, El efecto devastador de la melancolía, La garrapata, Green, etcétera. ¿Nos explicas por qué?

M.G.R.- El tema es, en mis novelas, el verdadero motor del argumento y de sus tramas. Procuro que el título describa lo mejor posible la relación entre todos estos elementos.

Ahora, Manuel García Rubio como persona:

C.S.- ¿Cuál es el principal rasgo de tu carácter?

M.G.R.- Ésta es una pregunta que no debería contestar, porque se repite muy a menudo y uno no se acuerda ya de lo que ha respondido con anterioridad.

C.S.- ¿Qué es para ti la melancolía?

M.G.R. -Es el más eficaz inhibidor de nuestras fuerzas.

C.S.- ¿Qué rasgo destaca en una mujer?

M.G.R.- Felizmente, los individuos somos todos diferentes. No hay un solo rasgo que, por sí solo, pueda destacar de una mujer. Las que me gustan son todas distintas.

C.S.- Lo que más detestas en una persona.

M.G.R.- Que me desgasten mi tiempo.

C.S.- ¿Qué es la amistad para ti? ¿Se pueden tener amigos de verdad dentro del mundo literario?

M.G.R.- Amistad es simpatía, empatía y complicidad. Yo tengo muy buenos amigos escritores. A algunos, además, los envidio sanamente.

C.S.- Un libro que haya supuesto un antes y un después en tu vida.

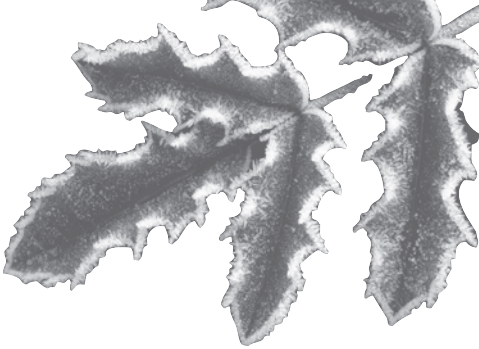
M.G.R.- Del primero del que guardo recuerdo de haberlo leído es La cabaña del tío Tom.

C.S.- Y ya por último ¿Cuál es tu comida preferida?

M.G.R.- La que se comparte con buenos amigos.

Desde el amanecer de un folio en blanco en el que escribimos nuestra gratitud, recibe nuestro más efusivo abrazo y reconocimiento.

De las tribus del hielo



(De Liturgia del furor) Luís Luna
A José Corredor-Matheos

Hablo de las tribus del hielo
de aquellos que siguieron viajando rumbo al Norte
en busca de la nieve y su pureza
y conocen al viento como a un fiel amigo
indicándoles siempre el rastro de la presa.

Hablo de los hombres solitarios,
de las tribus del hielo
de los que se refugian lejos
más allá de lo inaccesible
y allí ponen en claro su inocencia
a salvo de los otros
como feroces bestias acosadas
por un violento olvido
que les diera así alcance.

Hablo de los hombres del hielo
de humildad tan provecta
de tan poca palabra ante el extraño
pues conocen la fuerza de los nombres
y del solo sonido.

Invoco a esos irreductibles
incluso al que de ellos
rechaza ser de alguna tribu
pertenecer a alguien
y prefiere instalarse donde no quede nada
construir de esa nada
su memoria y su celda.

Hablo del ermitaño
del vencido,del derrotado
de aquel del que nadie quiso acordarse
porque ese tuvo derecho a ser desobediente
a alzar su voz en medio de las voces
porque ese será el desposeído,
el primero entre todos
aunque nadie le escuche.

De ti me atrevo a hablar ahora
ahora que soy el último discípulo
el retrasado, el azorado por su falta de sutilidad
y entendimiento
frente al enconado silencio de la piedra
y su manera de entender el infinito
frente al rumor del agua
y el canto diferente de cada pájaro nocturno
que todavía desconozco
frente al libro de la espuma
o el rigor de la nieve
propicia al solitario
frente a lo que permanece
delante del concierto del rudo leñador
y el filo de la avaricia
y ya comienza a hablar
y pronto su cólera ha de ser un osario

pero no quiero hablar como un falso maestro
como un profeta oscuro
no deseo sentencias
ni la cháchara falsa del mugriento avaro
no deseo que nadie me interrogue
ni explicar nada a nadie
ni lograr el vil premio de los coherentes.

Te llamo a ti,a ti te invoco
a ti corredor, a ti atleta
entre los sabios
místico de la fiebre y de la herida
trompeta del penúltimo abandono
solitario del hielo y de la nieve

porque en algún lugar de ti resuena una campana
de magnífico bronce
que tan solo yo escucho
por mi nombre llamarme.

El terror

Ricardo Menéndez Salmón

Cuando el teléfono suena, miro el reloj, sus dígitos fosforescentes dentro de un vidrio. Son las cuatro de la madrugada.

— La hora del lobo —digo en voz alta.

Comprendo que estoy descolgando el auricular como si el tránsito del sueño más profundo a la más atenta de las vigilias hubiera sido automático, parecido a pulsar un interruptor. Comprendo que estoy pensando eso con total claridad: el hecho palmario, evidente, incontrovertible, de que soy una especie de interruptor que alguien o algo enciende y apaga a voluntad.

Al otro lado de la línea escucho una voz de mujer. Es una voz joven, grave, con acento del sur. Prestando fondo a la voz, cuyas palabras no consigo descifrar, se oye música electrónica, tres únicas notas que se repiten de modo hipnótico: sube-baja-sube, sube-baja-sube, sube-baja-sube. El sonido es nítido, parece que estuviera aquí mismo, en el centro de nuestra habitación.

De pronto distingo lo que la voz dice:

— Papá.

Sé que mi hija está durmiendo plácidamente en su cama, pero aun así pregunto:

— ¿Vera?

— Papá, creo que le ha reventado el corazón. Creo que al chico le ha reventado el corazón.

— ¿Con quién hablo? ¿Vera?

Sube-baja-sube, sube-baja-sube, sube-baja-sube filtra el tubo, mientras mi mujer me aprieta el brazo y pregunta qué sucede.

— ¿Vendrás a ayudarme? ¿Lo harás?

La voz ha perdido su acento. Un velo de lágrimas parece atenazarla.

Ahora percibo una voz de varón, una voz que dice «deprisa, joder, deprisa», y pronuncia el nombre de Carla. Dos veces: «Carla, Carla.»

— Papá.

— No soy tu papá. Soy...

— Papá, al chico le ha reventado el corazón. Había bebido mucho y luego tomó un puñado de pastillas. ¿Lo entiendes? Está muerto. Muerto encima de mi cama.

Entiendo que es la hora del lobo, el instante decisivo de la lucha

entre la oscuridad y el alba, el sube-baja-sube de las tinieblas y la luz.

— Carla —digo—. ¿Eres tú, Carla? Escucha. Tranquilízate. No temas. No soy tu padre, pero no temas. Dime tu nombre, pronúncialo, Carla, déjame oírlo para que así podamos hablar.

— Papá —dice la voz—. Papá, soy Carla y el chico está muerto, con el corazón reventado por culpa de esa mierda.

Entonces cuelga.

Permanezco así, en pijama, viva imagen de la estupefacción, con el auricular pegado a la oreja y mi mujer rodeando mi brazo como si fuera una almohada.

— Era una chica —digo—. Estaba en una fiesta y alguien se ha muerto encima de su cama. Drogas y alcohol.

Mi mujer se limita a respirar pausadamente, el sube-baja-sube de su pecho llenando los segundos.

— Estaba aterrada. Llamaba a su padre.

Llamadas perdidas. Voces de socorro abortadas, llegando a oídos que nada pueden hacer. Mensajes para nadie. Algo que uno imagina sólo sucede en las películas o en los libros. Como Bartleby, el escribiente de Melville, que trabajó en la Oficina de Cartas Muertas de Washington y albergó hasta el final de sus días toda esa pena en su corazón.

Mi mujer se levanta, se recoge el pelo, se pone la bata. La noche ya está gastada; el sueño, condenado. Bajamos de la mano hasta la cocina, como dos enamorados, y me siento a la mesa mientras ella prepara café.

Es bueno charlar entre las cuatro paredes de nuestra vida en común, de pronto alterada por esa muchacha que tiene un muerto encima de su cama. Me apetece despertar a mi hija Vera, decirle que corra a hablar con nosotros ahora que puede, ahora que estamos ante ella y tenemos oídos para sus palabras.

Mi mujer enciende el televisor y escucho decir: «Un suicida se equivoca de número de teléfono y es salvado por un sacerdote.»

Hoy veremos amanecer aquí. Recibiremos los primeros rayos de sol como una especie de bendición, veremos cómo entran por el ventanal orientado al este y recorren lentamente el suelo y la escudilla de nuestro perro, admiraremos cómo trepan por los muebles y los electrodomésticos hasta tocarnos manos y cabello, inflamarnos de vida, calentar nuestra piel.

Muy a lo lejos, apenas audible, el canto de un ave.

Escucho el rugido de mis intestinos. Escucho el murmullo de la carne de mi mujer mientras se ajetrea con la mermelada, la fruta, los bizcochos. Escucho todo este ruido que hacemos en nuestra pequeña vida condenada a desaparecer, todo el sube-baja-sube de nuestros míseros esqueletos.

— Sin azúcar, por favor —informo como un visitante educado mientras me abrazo al cuerpo de mi mujer como a una tabla de náufrago.

Rodaballo para cuatro

Claudia Montes

Arguiñano la mira sin verla. Ella, desatenta —desatendida también—, sigue levitando en pensamientos inconexos y, no obstante, alcanza a hilvanar en la geografía de su cerebro un rodaballo de un kilo y trescientos gramos, un rodaballo plano con su capa viscosa y negra. El cocinero de gracejo y grana nos instruye hoy, desde su púlpito televisivo, acerca del bendito auge y perfección de los cuchillos de Albacete mientras recuerda aquellos tiempos romos en los que el acero español no tenía la suficiente calidad ni para despiezar pollos ni para cometer homicidios sin salir de la cocina, ya que el mango podía quebrarse con el consiguiente fastidio y una más que considerable frustración. Ella (¿qué nombre le pondremos a ella?) se incorpora en su sofá de diseño y sus ojos se posan, en reiterado y odioso tic, sobre el contenido de un portarretratos de plata de ley, la única ley que queda ya; y vuelve, impertinente y agónico, el pretérito indefinido, acuoso, ficticio, de un día de alianzas de oro blanco, filigranas de un orfebre paciente, un día de alianzas que la envuelve en un traje-pantalón de seda asalmonada y salvaje, y entonces Arguiñano la insta, a través de un chiste malo pero contado con gracia, a que preste atención al pez malacopterigio que así la reclama desde su desnudez, ésa que el cuchillo, en tan hábiles manos, va poniendo al descubierto con malsano erotismo de pescadero sádico y bufón. Rodaballo para cuatro. Rodaballo para cuatro. Rodaballo para...

Embutida en el traje-pantalón-asalmonado-de-seda-salvaje-de-mil-quilates-de-envidia-ajena, se abraza a un hombre que posa con aire ausente pero distinguido desde un traje negro, ligero, de elegante corte, corbata a juego con esa novia olvidada después de una luna de miel más larga que su breve e irregular noviazgo, esposa atenazada por los ortodoxos vaivenes de las corbatas financieras de su cónyuge: inmobiliarias de espejos falsos y trucados, dinero al servicio de una jaula amueblada de oro mezquino, oro ácido, asqueroso, innoble metal que somete a una esposa sentenciada a muerte por enamorado y ciego error.

Ella se muerde las uñas (hace seis meses que puede volver a hacer "eso") porque necesita, curiosamente, un poco de dolor físico. El locuaz restaurador trocea abundante cebolla en láminas; y ella tiene un estupendo pretexto para llorar, aunque la cebolla televisada no sea válida para inducir a sus lacrimales a tan terapéutico menester. Arguiñano maneja los dientes de ajo con suma habilidad y los va picando con la audacia vertiginosa del que sabe que sus dedos saldrán bien parados de la contienda.

Ella (¿cuánto más vamos a tardar en llamarla por su nombre?) se ha enganchado a la preparación del pescado al horno con vehemencia melodramática; se diría que está inmersa en la última telenovela de moda. Sin embargo, no recuerda cómo se llama la mezcla de perejil picado, dos dientes de ajo y dos cucharadas de pan rallado, qué pena. 'Provenzal', se denomina 'provenzal', pero ella nunca ha sido una buena cocinera. Y éste de hoy es su primer Arguiñano, aunque suene a otra ignorancia supina de las suyas.

Arguiñano, que habla para las amas de casa y los amantes de la gastronomía, también se esmera para que su audiencia aprenda trucos o aproveche los restos, como las gigantescas espinas que aconseja guardar en el congelador (con fecha de hibernación incluida) y ese modo poder cocinar otro día una buena sopa de pescado. El hombre da buenos consejos para equilibrar cualquier economía, hasta las más saneadas. Es justo que así lo haga, que luego vas a comer a su restaurante —es un suponer— con la emoción de un aprendiz agradecido y más vale tener muchas raspas congeladas, porque el presu-

puesto acaba un tanto cojo y maltrecho, tras pagar la minuta por una comida escasa, aunque muy bien ornamentada, naufragando en un plato enorme y de una estética impecable, pero enorme, enorme y casi deforestado de viandas. Nueva cocina, nueva cocina. ¡Oh!

Ahora le toca el turno a las comparsas de este pez de carne muy estimada: las setas. El cocinero las nombra de otro modo, pero setas son al fin y a la postre. Despiden mucha agua y hay que "achicarlas" a mano. La cebolla se ha pochado (qué manía con el "pochar", ¿no sería más adecuado decir 'rehogar'?) con el aceite de oliva rico, rico, y allá van las setas a amalgamarse con la cebolla en la sartén de buen tamaño y de mejor calidad. Los jugos gástricos de ella se desperezan, así que se pone a mascar un chicle de menta inaugurando simbólicamente una larga galería de engaños y habituándose a las villanías que vendrán, porque la vida es así de déspota cuando no es algo aún mucho peor.

Inconscientemente, hace pompas con su goma de mascar y el ruidito de los globos al romperse la deja huérfana de infancia, y regresa como niña asustada al redil donde el horno está preparado y caliente para albergar durante diez minutos (más tiempo no, que el rodaballo se la juega y puede perder su jugo, su poderío) las cuatro partes de tan exquisito pez. El mimo con el que el restaurador deposita la mezcla de ingredientes sobre cada pedazo del pescado, unas últimas advertencias para conseguir un sabroso plato y ya está. Así de rápido, así de fácil.
El punto final lo imprime un Arguiñano, siempre de buen humor, sacando del horno al rodaballo inmolado y derramando un poco de la salsita resultante del horneado en cada una de las porciones que serán degustadas por cuatro comensales (¿cuatro?) cuando se tercie y sobre todo cuando haya un rodaballo cercano y mártir.

Ella sigue mascando chicle como quien come rodaballo a discreción en un ágape de silencio y gula. De repente, ha dejado de prestar interés a los guisantes, a las distintas clases de guisantes (a los diversos colores de las flores de los guisantes) de las que habla ahora el ministro del perejil con otro afamado restaurador. Aferrada a su sofá-útero, ella se va encogiendo, replegándose en una concha de niebla y llanto encebollado, asimilando el sabor de una comida en imágenes que su estómago va digiriendo ilusoriamente. Y así el sueño la toma en brazos: dulce amante, magnánimo y altruista mecenas, señor de caricias y besos, y ella se presta a cohabitar en un lecho de suave espuma y a copular olvidos en actos sexuales interminables, ruidosos, labrados en salado sudor y en secas espigas a modo de pérfidas espinas que van recolectando fieramente orgasmos de colosales icebergs que, por fin —¡por fin!— de derriten: apasionadamente sentidos en el sueño abisal de la mujer, de una mujer anónima, que sólo desea no volver a despertar jamás y que se sabe nominada a un destino torpe, desastrado y sin dientes. ¿Por qué no puede haber un sino de diseño-cinco-estrellas?, ¿por qué no? Ojalá todo su castigo fuera escribir mil quinientas veces (y en letra gótica) cualquier frase estúpida que, repetida hasta la extenuación, dejara su mente en blanco, depurando su alma de los excrementos que acumulados en su existir, para alcanzar el nirvana finalmente y listo.

Dormida, no escucha la voz grave y en off que acaba de susurrar su nombre de mujer terrena en una de las ya habituales y largas pausas para la publicidad con las que nos obsequian todas las cadenas de televisión: "Coral". Mejor, mejor, que el anuncio de ese lavavajillas homónimo siempre le ha crispado los nervios y ajado su sensibilidad.

Coral biodegradable, Coral biodegradable, Coral biodegradable, Coral lavavajillas, canta un sátiro eco burlón: nana prístina de una pila de platos rotos en una absurda, prometida y nunca consumada pasión, sin perder un ápice de su aroma concentrado a limón o a pino, a los mil y un aromas que nunca limpiarán a conciencia el error enamorado en las rígidas neuronas de ella, de Coral.

Jovellanos: Ilustrado, Liberal y Filósofo

Silverio Sánchez Corredera

La vida de Gaspar Melchor de Jovellanos (Gijón, 5 de enero de 1744, Puerto de Vega, 27 ó 28 de noviembre de 1811) transcurre, en gran medida, durante el siglo XVIII, pero pone también algunos de los cimientos más trascendentales del siglo XIX. Es a la vez un ilustrado y un liberal o, si se quiere ser más exacto, un protoliberal.

¿Qué representa Jovellanos en el "mundo de las ideas"? Resulta un trámite comprometido decir a qué especialidad del saber se dedicó más acendradamente el ilustrado español. Fue analista de problemas jurídicos, políticos, económicos, históricos; pedagogo y teórico de la educación; estudioso de temas asturianos y polígrafo buen conocedor de la literatura europea, del mundo clásico y de la cultura española; también, fue poeta, dramaturgo y crítico de arte y de las costumbres. Sin embargo, debemos reconocer que tras esta "dispersa especialización", si dirigimos una mirada atenta hacia sus escritos, no observaremos que la mayor parte de los contenidos que desarrolla se encuentren distantes, porque detrás de toda la variada temática diseminada subyace un pensamiento

nuclear: la elaboración de una teoría político-moral que diera salida a los obstáculos de la España que se debatía entre el despotismo ilustrado de Carlos III, en un extremo, la política a la deriva de los acontecimientos internacionales de Carlos IV y Godoy, en el trasunto, y la revolución liberal española, en la fase final del proceso, con la que daba comienzo nuestra edad contemporánea. Todo el quehacer intelectual de Jovellanos está construido desde esta directriz general: su pensamiento político y su preocupación moral en aquella época de cambio entre la modernidad y la contemporaneidad.

Jovellanos ha de ser considerado, pues, o un polígrafo o un filósofo, o ambas cosas a la vez. Que es un polígrafo resulta evidente y en algunos géneros vemos, incluso, que llega a la erudición. Ahora bien, ¿puede decirse —pero no de un modo tan genérico que pueda concedérsele a casi todos los polígrafos— que es también un filósofo?

Si podemos definir el filosofar como la tarea de "ordenar el tiempo" que a uno le toca vivir, entonces hemos de concederle el título de filósofo a Jovellanos[1] . El eje articulador al que nos hemos referido antes —su pensamiento político y moral— tiene la capacidad de referirse al conjunto del saber de su tiempo, de reordenarlo y de proyectarlo en un modelo propio, que vamos a denominar 'jovinismo'[2].

Académicamente suele decirse que la filosofía es una reflexión racional y crítica. "Crítica" podemos hacerla valer por aquella selección de "razones" que no vienen prejuzgadas dogmáticamente o desde un "pretérito clausurado" (como en los mitos, en la magia o en la religión), y "racional" puede entenderse como un modo específico de reaccionar ante el medio, cuando se es capaz de reordenarlo mediante fines que se trazan como respuesta a ese medio[3] (un pantano reordena el flujo del agua de un río, pero el dique ha debido construirse no de modo "natural" sino desde un fin trazado voluntariamente a ese propósito). La filosofía comparte con la ciencia el ser racional y crítica. Pero además de ser una actividad racional y crítica, la filosofía tiene un cometido específico: reflexionar sobre el resto de los saberes que tiene a su alcance. Esta "reflexión de segundo grado" o reflexión sobre otros saberes ya dados (economía, jurisprudencia, ciencia, religión, etc.), es la que ejercita Jovellanos de modo muy pleno y es, además, lo que nos da la clave para unificar coherentemente la disparidad de contenidos en la que se desenvuelve.

1. *Digamos de pasada que todo el mundo puede ejercitar aquí y allá reflexiones filosóficas y, de hecho, la generalidad del común de los mortales es, en cuanto racional, filósofo de algún modo, quiéralo o no. Esa es la fuente psicológica donde radica la actividad de filosofar, sin más misterio. Además, toda filosofía académica —si se quiere: sistematizadora— toma los materiales previos sobre los que reflexiona de la filosofía mundana. Al adoptar a Jovellanos como filósofo queremos decir algo más que todo esto, es decir, que se trata de un "filósofo académico" —si bien no haya sido academicista—.*

2. *"Jovino" era su nombre literario entre sus amigos poetas del grupo de Salamanca y del de Sevilla, y, de ahí, 'jovinismo'.*

3. *Hemos tomado esta idea, en una definición muy apretada —esperemos que no en exceso simplificadora—, de los cursos (curso 2005-2006) que Gustavo Bueno desarrolla en la Fundación que lleva su nombre.*

Se simplifica, pues, totalmente, la adscripción que puede dársele a Jovellanos, cuando al lado del economista del Informe sobre la ley agraria o del pedagogo del Tratado teórico-práctico de enseñanza o del historiador del Elogio de Carlos III o del político de la Memoria en defensa de la Junta Central[4] encontramos un hilo conductor, una finalidad en todo su quehacer: la preocupación por ordenar la vida política y moral de la España que transitaba del XVIII al siglo XIX[5] .

Jovellanos entra en la Academia filosófica por la puerta de la teoría política, si bien no toda teoría política consigue sin más el estatuto de la filosofía. Ello dependerá del grado de trabazón, de la coherencia articuladora u ordenadora de los fenómenos de referencia y, claro está, de la capacidad que en consecuencia tenga para esclarecer y organizar prácticamente los acontecimientos político-morales en curso. En este sentido, del conjunto de la obra del ilustrado-liberal español se desprende un modelo de pensamiento que, un tanto oculto en su dispersión literaria y entreverado en la praxis que desarrolla como personaje público, está construido bajo los perfiles ilustrados y liberales de su tiempo pero rehechos por él de manera original bajo un sistema de ideas, el 'jovinismo', nombre que adoptamos para diferenciarlo de los diferentes "jovellanismos" que en la historia de los siglos XIX y XX hemos visto aparecer. Los jovellanismos han supuesto los distintos modos de utilizar la imagen de Jovellanos en el contexto de la historia política española, desde las aproximaciones liberales y neocatólicas, enfrentadas entre sí, hasta el resto de mixturas y composiciones ideológicas o filológicas que se han ido acomodando posteriormente[6]. El jovinismo, por el contrario, se ocupa de reunir las distintas vertientes de la producción dispar del ilustrado-liberal hispano en cuanto compuestas de un modo articulado y enmarcadas en una clara finalidad globalizadora.

Echemos una ojeada a su vida y extraigamos algunas conclusiones. Puede ordenarse la biografía de Jovino mediante siete etapas, en función de las circunstancias bio-geográficas que condicionaron su quehacer.

Tenemos en primer lugar los años de infancia y de formación que pasa en Gijón, Oviedo, Ávila y Alcalá de Henares entre 1744 y 1767.

En la segunda etapa, la sevillana, entre 1768 y 1778, le encontramos ya como un personaje, al lado de Olavide, que empieza a hacerse conocer y a destacar, en su función de juez de la Audiencia hispalense.

4. L nazgo del Ayuntamiento de Gijón. Los tomos I-VI dirigidos por José Miguel Caso González; el tomo VII por María Teresa Caso Machicado y por Javier González Santos; el tomo IX, bajo la edición crítica de Elena de Lorenzo Álvarez y Álvaro Ruiz de la Peña Solar. Restan todavía por editarse los tomos VIII y X-XV, por ello, entretanto, puede consultarse el resto de las obras en los cinco tomos de la Biblioteca de Autores Españoles (BAE), los I y II (1858-1859) a cargo de Cándido Nocedal y los III, IV y V (1956) bajo la responsabilidad de Miguel Artola. Hay otras muchas ediciones también consultables.

5. Marx, cuando estudió la "revolución española" de las Cortes de Cádiz, acabó llegando a la conclusión de que Jovellanos había de ser considerado la "cabeza generalizadora" que había engendrado España (K. Marx y F. Engels: Escritos sobre España. Extractos de 1854, Ed. Trotta, 1998, pág. 119), en un sentido similar al que nosotros señalamos aquí.

6. Puede consultarse, en este sentido, mi Jovellanos y el jovellanismo, una perspectiva filosófica (Pentalfa, Oviedo, 2004).

La etapa madrileña, la tercera, entre 1778 y 1790, de los treinta y cuatro a los cuarenta y séis años, nos lo sitúa ascendiendo la práctica totalidad de los peldaños de su 'cursus honorum', desde juez de Corte hasta Consejero de Estado y miembro de todas las academias: la de la Historia (1779), de Bellas Artes (1780), la Española (1781), de Cánones (1782) y de Derecho (1785), y organismos culturales de mayor entidad en la España de entonces (sociedades de amigos del país, la matritense, la de Asturias y otras).

A partir de la cuarta etapa, la asturiana, en un exilio encubierto, Jovellanos cae en desgracia a los ojos de las camarillas de Palacio, en el reinado ya de Carlos IV, con Godoy y la reina María Luisa. No obstante, ésta será la época de sus grandes obras en Asturias, las más queridas de Jovellanos: las carreteras que unen a Gijón con Oviedo y con la meseta, la promoción de la industria del carbón, el puerto gijonés y, en especial, el Real Instituto de Náutica y Mineralogía, además de la publicación, entre otras, de su Informe sobre la Ley Agraria.

Intercalada en esta cuarta etapa, de 1790-1801[7], una quinta muy breve, entre 1797-1798, la de su Ministerio de Gracia y Justicia, de la que sale malparado, envenenado —por lo que parece— si bien, deja en este corto periodo un proyecto de remodelación de la Inquisición y una modernización de los cargos eclesiásticos y universitarios.

La etapa mallorquina, la sexta, de 1801 a 1808 (entre los cincuenta y siete y los sesenta y cuatro años), la pasará recluido en la Cartuja de Valldemossa y prisionero en el Castillo de Bellver, sin que fueran dados a conocer los cargos que se le imputaban.

Pero los acontecimientos históricos del cambio de régimen, tras el golpe de Estado que da Fernando VII contra su padre Carlos IV y contra Godoy, van a devolver a Jovellanos al mundo libre, y entre 1808 y 1811 (de los sesenta y cuatro a los sesenta y siete años) asistimos a la última de sus etapas, la séptima, que se configura en torno a la Junta Central, para la que es elegido como representante por Asturias (1808-1810), a la vez que rechaza el nombramiento como ministro del Interior del gobierno bonapartista de José I (1808). La Junta Central se constituía en gobierno español de emergencia, tras la abdicación de Fernando VII y en el contexto de la guerra de la Independencia contra el ejército napoleónico. Su labor como promotor principal de las Cortes de Cádiz, hace que hablemos no sólo de una fase ilustrada sincrónica con su tiempo, sino además de una última, en la que remataría la anterior, la fase de pensamiento político liberal[8] o protoliberal. La práctica totali-

dad de los analistas reconoce la primera etapa de su pensamiento, pero no todos interpretan la segunda del mismo modo. Por nuestra parte, creemos que hay sobrados argumentos para probar que fue uno de los principales promotores del primer liberalismo político español y que, precisamente, porque, además de ideólogo —elevó a filosofía política sus análisis sobre ese nuevo modelo de Estado—, puede explicarse que fuera malinterpretado por quienes no han estado suficientemente atentos a la distancia que media entre el objetivo práctico e inmediato que se marca un ideólogo y la exigencia de mayor calado histórico en la que se mueve un filósofo.

7. El periodo asturiano queda escindido en dos partes: 1ª: 1790 a noviembre de 1797, y 2ª: octubre de 1798 a 1801, tras el breve periodo en el Ministerio de Gracia y Justicia entre 1797-1798.

8. Gustavo Bueno ha estudiado en El mito de la izquierda. Las izquierdas y la derecha (Ediciones B, 2003) los seis modelos de izquierda que desde la revolución francesa hasta Mao se han ido sucediendo en los siglos XIX y XX. La segunda izquierda que señala G. Bueno, tras la jacobina, es la liberal, propia de la "revolución" que se llevó a acabo en España con las Cortes de Cádiz. Es en este contexto histórico e ideológico del primer liberalismo donde encaja Jovellanos, aunque de un modo muy peculiar, dado el trasunto más filosófico que ideológico de sus posturas.

El hecho de que en los años 90 del siglo XVIII, la imagen del ilustrado español, que había intervenido en muy variados asuntos de gran relieve, empiece a proyectarse en el imaginario social como uno de los principales intelectuales de la España más progresista, que irá 'in crescendo' tras la tragedia sufrida con su encarcelamiento en Mallorca, hará que en la primera década del XIX su imagen pública alcance cotas de mito nacional, en parte por aparecer como adversario de Godoy —que en el entender del común significaba contra la corrupción— y definitivamente gracias a la imagen popular que ganó al darse a conocer su postura en la Guerra de la Independencia frente a los invasores —algunos de sus escritos en respuesta al asedio afrancesado por ganarle para la causa fueron conocidos del gran público—. No olvidemos las tres grandes aclamaciones multitudinarias que vivió en vida: en Mallorca, al ser liberado de la prisión; en Zaragoza, donde tumultuariamente se le quiere retener con aclamaciones, "éste es de los españoles que necesitamos"; y en Gijón, el 7 de agosto[9] de 1811 donde en el momento de entrar en la villa después de su ausencia de diez años —desde el apresamiento del 13 de febrero de 1801— se forma rápidamente un recibimiento colectivo que lo aclama como héroe; o la carta que desde las Américas se dirige a Jovellanos como al representante de la nación entera; o como la misma carta de la infanta Carlota Joaquina, que le elige como mediador para proponerse a sí misma como Regente. La carta del joven liberal Quintana pidiendo a Jovellanos que enviara a la prensa inglesa una opinión "firmada Jovellanos", hecho suficiente para que se diera crédito a lo que había que desmentir. La admiración y fe de Lord Holland hacia su amigo español, del que incluso llega a encargar el conocido busto del escultor Monasterio que nos ha guardado su figura. El que el mismo 'lord' hubiera ideado y solicitado del almirante Nelson nada menos que atacara el castillo de Bellver para liberar a Jovellanos. El hecho de que Goya hubiera elegido alguna de las ideas jovinistas, críticas con las costumbres de su tiempo, para dar forma a alguno de sus dibujos e ilustrarlos con su texto. Las cartas y asedios de los afrancesados españoles (O´Farril, Azanza, Cabarrús) y de los mandos franceses

(el general Sebastiani, el rey José I y Napoleón Bonaparte), por ganarse a Jovellanos para el bando galo son un indicio de su valía. Pero aunque todas estas señales hablan de su relieve como personaje público, ¿qué hechos corroboran la vertiente que algunos le discuten, la de haber sido promotor del primer liberalismo? Queda claro cuando se ve su protagonismo en la Junta Central para promover la convocatoria de Cortes (las que serían Cortes de Cádiz), queda claro al comprobar que los jóvenes liberales de aquel tiempo tienen hacia Jovellanos verdadera veneración, y a quien tomaban por su maestro; queda patente al revisar sus escritos e interpretarlos en su conjunto y a la luz de los acontecimientos; queda resuelto al reunir y hacer rotar sobre un único eje sus escritos literarios (El delincuente honrado, por ejemplo), económicos (El informe sobre la Ley Agraria, obra que permaneció en el Índice hasta mediados del siglo XX), jurídicos, políticos... y también su diario y sus cartas, como las tan numerosas, interesantes y clarificadoras que cruzó con Lord Holland, representante a la sazón del liberalismo 'whig' inglés, a quien le dice que "...las esperanzas y deseos de V. E. acerca de la reforma de nuestra Constitución, [...] son enteramente unívocos con los míos"[10]. O cuando, obligado a mostrar la radicalidad de su pensamiento, para indicar a su antiguo amigo Cabarrús, ahora pasado al bando francés durante la guerra de la Independencia, que el gobierno de España ha de ser cosa de los españoles y no de un rey, José I, por muy buen talante progresista que posea, le dice: "España juró reconocer a Fernando de Borbón; España le reconoce y reconocerá por su rey mientras respire; pero si la fuerza le detiene, o si la priva de su príncipe, ¿no sabrá buscar otro que la gobierne? Y cuando tema que la ambición o la flaqueza de un rey la exponga a males tamaños como los que ahora sufre, ¿no sabrá vivir sin rey y gobernarse por sí misma?".

Jovellanos, a la sazón, profundo convencido de las bondades de la monarquía constitucional a la que aspiraba, como modelo de Estado más estable, está dispuesto a otra solución no monárquica si quedara en entredicho la soberanía del pueblo español. Soberanía para la que el protoliberal creará una palabra nueva: "supremacía", o aquello que se halla más arriba de la simple soberanía de quien tiene el poder, ya sea el poder de quienes gobiernan o ya de quienes legislan.

9. La fecha convencional es la del 6 de agosto (de ahí, la conocida "Plaza del 6 de agosto" de Gijón), según dejó indicado Ceán, pero a juzgar por el propio Jovellanos, en carta a lord Holland, habría sido el 7 de agosto. Cfr. en Caso, Vida y obra de Jovellanos, t. 2, edición de Caja de Asturias y El Comercio, 1993, págs. 610-611.

10 .Vid. Carta 1750, de Jovellanos a Lord Holland, CAES. XVIII, V, Ayuntamiento de Gijón, pág. 21.

Poeta de estación

Manuel Saborido

Soy poeta de estación de autobuses
de autobús temprano sin haber
dormido apenas
y mañana gris que se levanta
poeta de ver pasar la gente en la estación

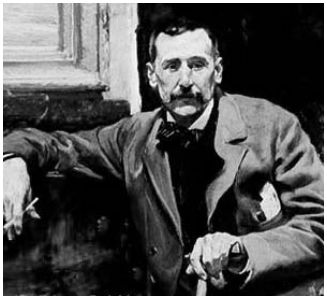
siempre de dos en dos los marroquíes
hombres que esperan
ecuatorianos que suben y bajan
de cualquier destino
ecuatorianas con cara de niña
con otro niño ya en el carricoche
y los españoles que pasan rápido
sospechando de cada pareja extraña

dos jovencitas que no sospechan y sonríen
han conseguido que salga el sol
al final de la estación
me quedo como siempre en sus ojos
pero se van y empieza a llover de nuevo.

Otra mañana esperando en cualquier
estación de autobús
y siento que ya son demasiadas mañanas
esperando ¿qué?
pero llegaré a mi nuevo destino
veré a los amigos
me alegraré
estaré vivo.

Galdós y la incuria madrileña

Santiago Fernández Patón



No se puede entender el siglo XIX español, y menos su literatura, sin la presencia descomunal de Benito Pérez Galdós. Escritor prolífico y admirado, cultivó principalmente la novela y el teatro, además de desempeñar una extensísima labor periodística en España y Latinoamérica. Trabajador incansable, republicano y atento observador de los más humildes, supo transformar la vida en literatura gracias a una manera única de acercarse a sus personajes hasta convertirlos en seres casi reales (célebre es la leyenda según la cual en su lecho de muerte solicitó los servicios del doctor Centeno). Se han cumplido ahora ciento veinte años desde que La Guirnalda publicase la primera de las cuatro partes de su obra cumbre, Fortunata y Jacinta, que muchos sitúan en cotas similares a la del Quijote. Sin embargo, pese a tanta escritura, su vida ha sido siempre poco conocida y ni siquiera cuando él mismo relata sus recuerdos resulta fácil penetrar en el espíritu de quien mejor supo en su siglo profundizar en las almas ajenas. De entre esos recuerdos, es sin duda la llegada a Madrid uno de los que más le marcaría.

MADRID

De sobra es conocido el amor de Galdós hacia Madrid. Canario de nacimiento, el 30 de septiembre de 1862, el joven Benito llegaba a la capital con la intención de cursar los estudios de Derecho. Sólo lo pudo hacer a trancas y barrancas, y es que bien pronto descubriría que las calles de ese pueblo abigarrado encerraban muchas más enseñanzas que las aulas de la Universidad Central, donde "se distinguió por los frecuentes novillos que hacía". Fue tal el apasionamiento de Galdós hacia esta ciudad que jamás volvería a su tierra natal. De hecho, cuando Galdós, ya anciano y completamente ciego, accede a la petición de La esfera para publicar sus recuerdos bajo el título de Memorias de un desmemoriado, lo hará comenzando por su llegada a la Corte. Se trata de una serie de artículos conmovedores, sobre todo en aquellos pasajes en los que Galdós evoca sus paseos por un Madrid al que la ceguera le impide volver a mirar. Fue sin duda su gran amor, y desde luego el único que hizo público (y eso que Gregorio Marañón, amigo íntimo del literato, lo calificara en su momento como "gran mujeriego").

En aquella segunda mitad del siglo XIX, como reflejaría en toda su obra, era Madrid un hervidero de revoluciones efímeras, no libre —pues ahí seguían los restos del Imperio— de sentimiento patriótico (La Fontana de oro); era un Madrid provinciano y beato (Tormento), a la zaga distante de los avances ingleses, un epígono paleto de la moda del otro lado de los Pirineos. La fatuidad, sin embargo, de sus habitantes, convertía a la ciudad en un mosaico de falsas apariencias (La de Bringas), sus teatros se llenaban de damas encopetadas con remiendos milagrosamente apañados (La desheredada), de caballeros que mantenían a sus concubinas a costa de deudas de las que se enriquecían los usureros (la serie de Torquemada). Un Madrid de pordioseros (Misericordia), de flamencos y toros, de cesantes en la cola infinita de la burocracia (Miau). Aquella ciudad era un baile de máscaras que exigía una gran pluma para retratarla y dejarla a la posteridad. Alguien como Galdós, deslumbrado por La comedia humana de Balzac, a quien descubrió en su primer viaje a París en 1867. Sin miedo a exagerar, se puede decir que la segunda mitad del siglo XIX en España, y concretamente en Madrid, se conoce en sus intimidades por Benito Pérez Galdós, quien no contento con el reflejo de esas intrahistorias, se lanzó también a la labor titánica de sus veintiséis Episodios Nacionales.

DOS HISTORIAS DE CASADAS

Es Galdós, después de Lope de Vega, nuestro autor más prolífico. Pero todas sus novelas madrileñas habrían de resumirse en una obra magna, Fortunata y Jacinta. Todavía hoy, aunque cada vez menos, se puede leer que se trata de una obra costumbrista y folletinesca, que es más o menos lo que dieron en propagar (y posteriormente repetiría la crítica progresista del posfranquismo), hambrientas de vanguardia, las nuevas generaciones finiseculares encabezadas por Valle-Inclán, y cuyos miembros —excepto en el caso de Unamuno— no dedicaron una sola línea a su muerte. Fortunata y Jacinta refleja al completo —hasta el extremo de narrar la vida en el convento de clausura de Las Micaelas— el Madrid retratado en mosaicos de todas las demás narraciones. Pero, como siempre, Galdós no cae en el costumbrismo, pues la vida de sus personajes está inmersa en los avatares históricos de aquella España polvorienta que comenzaba a despertar. Es la novela de plenitud de su autor, donde se conjugan Balzac, Dickens y Cervantes, y ya se da la introspección psicológica que más adelante admiraría en Tolstoi.

Madrid crecía a las orillas de El Rastro de manera desordenada, mientras que hacia las afueras, en lo que hoy es el barrio de Cuatro Caminos, se violaban las ordenanzas municipales para sobrepasar con creces el recinto de la antigua muralla. En los márgenes de El Retiro, a impulsos del Marqués de Salamanca, se construía el barrio burgués por excelencia, en el que el propio Galdós llegaría a residir. Pero sobre todo es la zona que abarca de Chamberí a la calle Toledo en la que tropezamos con el inmenso repertorio de personajes galdosianos. Allí nos topamos con la perfecta burguesa, Jacinta, resignada a las calaveradas de su marido Juanito Santa Cruz, al que la humilde Fortunata, sin educación aparte de ingenua, y por eso fácilmente corrompible, profesa un amor casi sobrehumano. Por allí aparece la moda europea en las sombrererías de la Plaza Mayor y la calle de Toledo, el orden y la modernidad ingleses tan añorados por Moreno Isla, los contrastes de una ciudad que pasa de la opulencia de los soportales de la Plaza Mayor a la miseria de las corralas de El Rastro, todo ello en un trecho de línea recta, como describiría más tarde Barea en La forja de un rebelde.

En Fortunata y Jacinta se desvela el alma humana porque la grandeza de su autor consigue crear un argumento que atañe a personajes de todas las condiciones. Las pasiones humanas se desnudan en la complementariedad entre Fortunata y Jacinta —sin ser conscientes, cada una de ellas redimirá a la otra—, entre Santa Cruz y Maximiliano, entre la prostitución de Fortunata y su reclusión conventual o entre su vida disoluta y la mentalidad práctica del coronel retirado,

quien, ya senil, adopta a la joven protagonista. Galdós no tiene interés en reflejar las costumbres de un pueblo al que ha analizado exhaustivamente, sino el afán de que ese pueblo, a través de sus costumbres, muestre los avatares históricos de una nación, los conflictos de una sociedad, los pesares y las alegrías del más mísero y del más pudiente. Galdós, como Zola, no hace historia para explicar al ser humano, sino que explica al ser humano para hacer historia. Eso, que es la misma esencia del Quijote, es lo que convierte a Fortunata y Jacinta en una obra desbordante. Literatura neta que, en el caso de Galdós, equivale a decir vida pura: "(...) por doquiera que el hombre vaya lleva consigo su novela".

LA INCURIA

Tanto amor hacia Madrid no parece, sin embargo, que haya sido recompensado en la actualidad. Los restos de Benito Pérez Galdós (1843-1920), por expreso deseo, reposan en el cementerio de La Almudena, en la tumba común de las familias Hurtado de Mendoza y Pérez Galdós, donde desde 1892 a 1980 se ha venido dando tierra a diferentes miembros. Ningún monumento o placa indica al visitante el emplazamiento de dicha sepultura. Si ingenuamente se solicita un plano del enorme camposanto, tampoco se encontrará en él indicación alguna.

Por una de las puertas laterales de La Almudena, justo enfrente del cementerio civil, se accede a una de sus manzanas más apartadas y umbrías. No hay que andar mucho para llegar al espacio común de la familia Hurtado de Mendoza y Pérez Galdós, pero seguramente el visitante despreocupado caminará más de la cuenta, pues, como hemos dicho, nada señala el emplazamiento. En uno de esos paseos a los que apenas llega la luz del sol, rodeadas de majestuosos panteones, dos lápidas ennegrecidas a pie de suelo sepultan los restos del escritor. Una de ellas aún no alberga cuerpo alguno, y en la otra se leen los nombres de los difuntos. Cuesta hacerlo, pues están grabados tímidamente sobre la oscura piedra, y si no fuera por los guardias de seguridad del cementerio, nadie podría asegurar que ésa es la sepultura.

Los tiempos han cambiado, qué duda cabe. En su voluminosa biografía sobre el escritor, Ortiz-Armengol, nos cuenta cómo a su muerte se llegó a pedir que fuera enterrado en la Plaza Mayor de Madrid, o cómo el rey Alfonso XIII quiso atribuirle honores de capitán general con mando en plaza. Eso por no hablar de las miles de personas (probablemente unas treinta mil, también según Ortiz-Armengol) que desfilaron por la capilla ardiente del escritor y de la multitud que, al paso del cortejo, se congregó en la Puerta del Sol. Por inconcebible que parezca a ciudadanos de nuestro tiempo, las clases populares siguieron el séquito por toda la calle Alcalá y un gran número de madrileños llegó a pie hasta el cementerio de La Almudena. Los balcones se llenaron de crespones negros e incluso se produjeron escenas hoy día inauditas. No nos referimos sólo a las flores y lágrimas vertidas por la actriz Margarita Xirgu al paso de la comitiva por el Hotel París, en el que se alojaba, sino también el intento de las juventudes socialistas por hacerse con el control de la carroza fúnebre. A tenor de la desidia que hoy muestran las autoridades por uno de nuestros mayores genios, cabe aplicar lo que el propio Galdós escribió al recordar su visita a la tumba de su admiradísimo Shakespeare. Se quejaba de que en España difícilmente podríamos encontrar los restos de nuestros grandes artistas, pues "nuestra incuria no nos permite vanagloriarnos de esto, y aunque sabemos que los huesos de Cervantes yacen en las Trinitarias, y en Santiago los de Velázquez, no podemos separarlos de los demás vestigios que contiene la fosa común".

Los tiempos han cambiado, cierto, pero no tanto en cuestiones de incuria.

La noche de la tortuga

Rose Green

La luna llena de abril le apuró el paso. A contramano, los vientos del sur y la pleamar se confabularon para su urgencia primitiva.

Se dejaba llevar, con la fuerza del último impulso, herida de muerte, la cabeza casi desprendida del cuerpo, hasta la sal y la sequedad del punto elegido. Usando las uñas, arañó el sitio para enterrar los huevos, bolas de agua y aire. Allí mismo, en un acto furioso, el agua que tanto la ayudara le dio el golpe de gracia, el empujón traicionero y definitivo.

Casi desmembrada y con las patas en cruz la vieron los diligentes pescadores y las locas ambos conmovidos.

— ¿Para qué andar con la casa a cuestas —decían— si no sirve como protección?

El viento, testigo arrogante del devenir de las cosas, jugaba con las dunas en tanto en tanto que maquinaba su alboroto otoñal, barriéndolas, hamacándolas, paseándolas de un lado a otro, borrando los senderos hechos por los hombres en su intento de controlarlo todo.

Un antiguo sentir se despertó. Sopló con fuerza formando una impalpable nube de arena y, en ese momento, la vieja tortuga fue cubierta en un refugio natural de minúsculos cristales.

Pasó el tiempo, sanador de las heridas, devorador circular de sí mismo y las crías, obedientes a la voz ancestral de la luna que, conspiradora eterna del nacer, alumbró el camino de patitas veloces y raudas que buscaban de forma natural su retorno al salado líquido sin sabor de madre, sin arrullo, sin leche tibia. Sobrevivientes criaturas desvinculadas.

Y en esa hora, el viento recordó su trabajo y sopló, destapando el refugio. Curada por la quietud, sacudiéndose lentamente la arena del caparazón, asomó el cuello arrugado y sano por el entierro. Buscó la orilla a través de la alfombra de luz que se extiende sobre el agua los días de plenilunio y, lentamente, se encaminó al lugar profundo.

La madre añeja aprendió que los hijos enseñan el lugar que nos espera para seguir viviendo, y con la sabia vejez de la humildad, agachó levemente la cabeza para no ser vista, entornó los pesados párpados y agradeció en silencio a la playa que fue cuna, tumba y resurrección.

Nunca es demasiado tarde para amar

Juan Robles

Querido amigo:

No son pocas las sorpresas que tú también me das. Suelo fantasear con que vivo en la Edad Media; ese es el escenario más recurrente de mis sueños. Así, Diego siempre fue en mis fantasías un Rey déspota y cruel, pero cuyo despotismo y crueldad no eran (tal y como yo lo veía con mis ojos nublados por la pasión y el amor) consustanciales a su naturaleza, sino más bien el producto de los prejuicios con que le habían educado y de la severa obligación que se imponía a sí mismo de superar los logros de su hermano mayor, quien fue siempre un contradictor acervo y un rival encarnizado de mi adorado Rey. Tal vez por haber comprendido eso llegué a amarlo tanto y a entregarme totalmente a él; yo tenía la certeza, (y en ciertos momentos me dio pruebas fehacientes de ello), de que en el fondo él era un alma sublime pero agitada por la propia incomprensión de sí misma. Diego era tan noble (y debe seguir siéndolo) que no dudaba en sacrificar su propio bienestar en aras de la satisfacción de alguna necesidad de cualquiera de sus amigos (yo incluido), o en poner en peligro su vida si consideraba que con ello estaba contribuyendo a alcanzar el sueño de hacer de este un mundo más justo (tal y como él lo veía desde su perspectiva de estudiante de la Nacional). Pero era también a veces tan contradictorio y hasta incoherente que, después de haber sido uno de los más abnegados monaguillos en los templos garzoneños, se convirtió en un ateo convencido y contumaz, con el único argumento de un profesor de primer semestre que le explicó, a él y a toda la clase, la imposibilidad física de la existencia de Dios; sin embargo, creo que el cambio radical que se operó en él con ese motivo sólo fue externo. Siempre tuve la convicción de que en su interior siguió bullendo la idea de Dios como una realidad que no podía explicar desde su racionalidad pero que, ella sí, era consustancial a su naturaleza, de la misma forma en como lo era la satisfacción que sentía cuando yo me entregaba sin condiciones...Diego era un ser muy complejo, un verdadero genio que siempre fue capaz de velar a mis ojos su verdadera condición, un ser excepcional que nunca pude descifrar totalmente y que se convirtió para mí en un reto ante el cual me rendí, un reto a cuyos pies estuve por tres tortuosos pero, al mismo tiempo, maravillosos años...

César fue siempre para mí un guerrero, el más hermoso de los guerreros, mi conquistador. El valeroso y arrogante guerrero que me invadía cada vez que le venía en gana, que me sometía, que no dejaba espacios dentro de mí que no colmara la rígida arrogancia de su enorme pero maravillosa espada. César, a diferencia de Diego, era un ser elemental pero por ello también hermoso; su placer era todo lo que le importaba; no admitía reticencias de mi parte; desde la primera vez supo con certeza que yo era suyo y no titubeó nunca cuando tuvo deseos de tomarme. Yo, por mi parte, siempre estuve a sus pies, dispuesto a dar todo de mí, a someterme a cualquier sacrificio que él me exigiera con tal de sentir las heridas de mi corazón y de mi alma restañadas con el turbulento correr de su placer dentro de mí. Y le adoré aún mas cada vez que después de haberme hecho suyo seguía exigiéndome que extendiera mi ternura en su cuerpo de dios adolescente, sin que le importaran para nada los estragos que su espada había causado. Por desgracia, con el tiempo César fue perdiendo la confianza en sí mismo; su arrogancia fue diluyéndose en un mar de dudas; sus silencios se prolongaron cada vez más y terminó dejando la magia que me hacía soñar con estar complaciendo al adolescente Alejo Magno, para adquirir paulatinamente el andar cansino y meditabundo de los hombres de este siglo nuestro. Un día se fue...parece que lo nuestro terminó para siempre...pero aún sueño de vez en cuando que él vuelve, con toda la arrogancia de sus 16, y me conquista, me somete y me regala la dicha de ser sacrificado a su exquisito placer...

Del divino Fabián no puedo decirte más de lo que ya te he dicho. Aún le amo tanto que las palabras me parecen símbolos groseros, a través de los cuales no puedo expresar toda la mágica sensación de amarlo...Fabián es para mí como esos silencios en los que el alma del hombre alcanza la dichosa posibilidad de hablar con Dios. En mis fantasías, el divino Fabián es como esos hados hermosos y traviesos que se metían en los talleres de los artesanos medievales para trastocarlo todo y llevar a los pobres mortales, que eran sus víctimas, al borde de la locura misma...Sí. En presencia del divino Fabián mi racionalidad no fue nunca más que una segundona, vapuleada y desplazada por la deliciosa locura de ver reflejados en sus ojos ambarinos mis propios ojos que a veces parecían perder la capacidad de contemplar la magia de la felicidad, del amor, de la tierna juventud con que empezó a cubrirse mi alma y mi corazón, desde aquella tarde infinita en que el dorado color de su cabello opacó al sol, me arrancó la cordura y me enseñó que nunca es demasiado tarde para Amar...

Mundo París

Leticia Sánchez

Me llamo Claudio y estoy atrapado en París. La ciudad más bella del mundo es mi prisión. Qué importa la belleza de una jaula cuando uno está cautivo. No puedo escribir cartas al exterior ni hacer llamadas. Nadie, absolutamente nadie puede venir a rescatarme. Y este encierro, esta locura, como casi todas, es a causa de una mujer.

Todavía no entiendo ni una sola palabra de francés, es una lengua que me martillea la cabeza, una melodía macabra que me recuerda que soy un intruso. Los parisinos cantan en su maldito lenguaje dulzón, vociferan nombres extraños para mí y se ríen, se ríen mucho. Los odio. Odio el olor matutino a cruasán, el ruido de las aguas del Sena, donde cada día me entran ganas de tirarme si pudiese. Odio el sonido de las campanas de Notre Damme cuando repican, los paseos lentos como la muerte por el jardín de Luxemburgo, el olor de los cigarrillos franceses que me gustaría fumar, pero, por desgracia, no fumo. Odio *La vie en rose*.

Cada mañana me levanto con la misma sensación cansina, melancólica, hastiada. Camino y me encuentro con las mismas personas de siempre, a las que la rutina debería haberme hecho cercanas, pero a las que, indefectiblemente, sigo sintiendo desconocidas. Yo intento hacerles entender, comunicarme con ellas, que me ayuden. Les hago una expresión con los ojos, un gesto con la cabeza o cualquier cosa minúscula que no llame la atención y les haga comprender. Pero los parisinos no se dan cuenta de mis tácitas plegarias. De todas formas ellos viven aquí y son felices, supongo.

Pero es al final de la calle Saint Germaine donde cada día se acelera mi corazón por la cercanía de la esperanza. Es allí donde me espera la muchacha que vende mendrugos de pan dulce. La que no se parece a ninguna de sus compatriotas, cuyos rasgos son más indígenas, menos afrancesados, su piel dulzona con una textura como de chocolate y un olor entre la belleza y la miseria. Ese aroma

tan familiar... Le compro varias migajas (siete, para ser exactos) y mantengo mis ojos fijos en ellos intentando que mi intensa mirada haga mis pensamientos translúcidos para ella. Nunca ocurre, en un mal francés me da las gracias por mi compra y, a pesar de mi fracaso, eso me encanta. Éste es sin duda el instante más feliz del día, en el que, por un momento, me siento libre. Pero todo se acaba. Sigo mi rutina, con los tobillos doloridos porque intentan revelarse a su destino, y llego hasta el Sena, el mismo río cuyas aguas torturan mis oídos y al que me querría tirar de cabeza si pudiera. Allí arrojo poco a poco mis siete pedazos de pan. Cada uno de ellos va dirigido a personas que yo amo y no están a mi lado. Los veo marcharse sobre el agua, lejos, lejos, y tengo envidia de unos malditos mendrugos. Ya se ha acabado mi día. Ya no hay más.

Es un bucle, un final sin final, un eterno retorno. Nadie puede venir a esta ciudad porque no existe, es un París de papel. Un lugar paralelo que alguien inventó para escribir una historia. El París de ella, de esa maldita escritora que ni siquiera sabe dar la cara y se esconde bajo ese seudónimo de hombre. Y de su mano también nací yo. Pero no me creó virgen, sino con recuerdos, con melancolías. Con imágenes en mi mente, tan vivas, de una familia, un país mío, de unos colores, unos sabores que aquí jamás encontraré, de una gente a la que cada día me recuerda la chica que vende pan dulce. Una vida feliz que jamás viví, que sólo tengo en añoranza. Porque mi historia es la historia de un inmigrante en París, un relato que contrapone la belleza de una ciudad con la penuria de las cosas queridas. Esa maldita escritora me condenó para siempre a vivir en un triste relato, en un mundo de tinta y hojas que se repite cada vez que es leído.

Y, por supuesto, de ninguna manera puedo quejarme, o pensar, o hablar si no es por medio de unos ojos que leen el papel y la palabra, como lo estoy haciendo ahora.

El curioso impertinente

César Noragueda

En julio de 1998 leí El hombre que ya no tenía nada que hacer, un libro de cuentos escrito por Peter Bichsel casi treinta años antes, y que es todo un clásico de la literatura juvenil en la Confederación Helvética. El segundo cuento de este compendio narrativo trata la historia de "un hombre viejo, de un hombre que ya no dice palabras y cuyo rostro está cansado, demasiado cansado para sonreír y demasiado cansado para enfadarse"; un hombre gris que un día halla diversión y entretenimiento en cambiar a su antojo el nombre de las cosas. "Pero la historia no tiene gracia", nos dice Bichsel. "Empezó triste y termina triste": en un mar de incomprensión y de silencio.

A principios del verano pasado, durante una polémica sobre el término 'intelectual', mencioné este cuento de Bichsel. Me acordé de él porque hay personas que se obstinan en no llamar a las cosas por su nombre, amparándose en planteamientos arbitrarios y erróneos. Como poner en relación la falta de modestia y autodenominarse intelectual, desautorizando en su oficio a quien lo hace por supuesta arrogancia.

La humildad mal entendida, tergiversada hasta limites ridículos, conduce naturalmente al yerro: ser humilde implica el reconocimiento de las propias limitaciones, no negar nuestra naturaleza ni nuestras cualidades; y un intelectual es quien se dedica al cultivo de las ciencias y de las letras, a asuntos relacionados con el entendimiento. Esta noción no acarrear elementos positivos ni negativos, sólo adjetivado; es un vocablo referente a la ocupación de un sujeto, como aludir a un pocero o a un astrofísico.

Una mesa es una mesa, y un intelectual, un intelectual; por mucho que la mesa esté coja o el intelectual en cuestión sea un tipo taimado, prepotente y narcisista. Voltaire defendía el amor propio y afirmaba que todos, como él mismo, de una manera u otra, hemos de pagar tributo a la calumnia;

Nietzsche ya era insolente antes de que la sífilis convirtiese su autoestima en megalomanía; John Nash, premiado con el Nobel de Economía en 1994 y cuya vida fue edulcorada en Una mente maravillosa, película de Ron Howard, dio muestras de arrogancia en no contadas ocasiones; así como Savater, Umbral, Pérez-Reverte y Cela; García Márquez se ha atrevido a teorizar sobre ortografía, creyendo que el hecho de ser escritor, aunque sea de obras maestras, le autoriza a discurrir al respecto en público sin tratarse de su feudo, puesto que gozar de pericia literaria no es sinónimo de ser un experto lingüista. Pero que todos ellos sean o fueren personas soberbias y, a veces, incluso desdeñosas, no les inhabilita como intelectuales en sus respectivos campos de acción; ni tampoco tenemos derecho a desearles mal, como algunos hacen, y no sólo porque eso se llame malevolencia.

En medio del fragor de esta batalla argumentativa, además de reaparecer mi iguana predilecta para cantar de nuevo con los demás pájaros, uno de mis interlocutores bromeó hablando de lo gracioso que estaría un servidor revestido de los hábitos cardenalicios, báculo en mano, proclamando la Ley Sagrada de los Intelectuales o firmando la encíclica Intelectum Vitae; diciendo que seguro que Mingote, Forges o cualquier otro me dedicarían un buen guiño, y que lo bueno es comprobar cómo los hombres y mujeres de a pie escriben novelas mientras los intelectuales hablan directamente con Dios a través de su teléfono móvil. "Lo de los hábitos, ni hablar", dije yo, "que no me gusta vestirme de payaso; pero lo del báculo no es mala idea. De hecho, en este momento estoy hablando por el móvil con Él para negociar la imposición, pero dice que está muy ocupado gracias a que últimamente hay un montón de gentecilla pesadísima clamándole para que vele por la unidad de España; y como está un tanto molesto desde que su representante en la Tierra se interrogara sobre dónde estaba durante el genocidio nazi, le tienta lanzar el móvil por las puertas del Cielo y convencer a la gente de que, en realidad, no existe, a ver si de ese modo le dejan en paz, que después de tantas atrocidades cometidas en su nombre, el pobre Dios necesita unas eternas vacaciones".

La piedra lunar

Mauro Lunes

Gumersindo Sosa era hachero en el norte del bosque chaqueño, en Argentina. Nació allí mismo. Su padre y su abuelo también fueron hacheros. Por motivos económicos, se trasladó a la provincia de San Juan. La empresa para la cual había trabajado cerró en el verano de 2000. Los desastres monetarios de aquel año, manejados por políticas erróneas, causaron varios quebrantos.

El único tesoro que poseía estaba constituido por su herramienta: el hacha que había pertenecido a sus ancestros. La heredó de su padre, que a su vez, la traía de su abuelo. Vivía en el El Impenetrable (bosque llamado así por la dificultad que entrañaba internarse en él) con su padre viudo, ya anciano, y su hijo Juanito, de cinco años. Su esposa había dejado el quebrachal para trabajar de sirvienta en la ciudad, colaborando de esa manera a la economía de la familia. Se reunía con ellos una vez por mes.

Cuando esto tenía lugar, intercambiaban durante dos días sollozos, abrazos, y contaban penurias, pero con la esperanza de Juanito sería quien dejara el bosque para estudiar en la gran ciudad.

Ambos progenitores tenían como objetivo que su hijo se instruyera y progresara.

Juanito era un niño afable, lleno de vida, con su pantalón corto raído y zapatillas desflecadas, con la "hondera", una horqueta de rama de árbol con gomas que sirve para arrojar piedras, para atrapar todo tipo de pájaros o bichos pequeños. Apuntado, con diminutas piedras de canto rodado que encontraba cerca del río, donde iba diariamente a pescar. Con esmero, juntaba los guijarros, guardándolos en un morral de cuero que perteneció a su abuelo. Tenía escasas oportunidades de bajar algún pájaro, pero siempre su mente volaba como gran cazador de aves y otros animales. Cuando alguna desdichada caía por sus piedras, se lo llevaba a su abuelo para cocinar.

— Hoy tenemos polenta con pajaritos —decía el anciano.

El niño bajaba diariamente al río por un sendero de pedregullo, llevando su cañita. Como anzuelo, un alfiler doblado en su punta, y como carnada, pequeños trocitos de polenta del día anterior ya endurecida. De forma ocasional, encontraba alguna lombriz en la base de un árbol que se encontraba a la vera del caminito. Se sentaba en la margen del arroyo mientras arrojaba su tachito de duraznos con la tanza, una especie de reel primitivo utilizado por la gente del lugar, enrollando el nylon en una lata. Miraba el agua que corría con suavidad y a favor de la corriente. Arrojó el hilo. Se sentaba a esperar el pique de los dentudos, pequeños peces de la zona, y su mente divagaba en el espacio. Había encontrado, hacía tiempo en el sendero, seguramente arrojada por algún turista, una revista de la National Geographic. Aquel número mostraba la historia de los tres primeros astronautas que pisaron la Luna.

Desde entonces, Juanito pensaba y soñaba con ser un navegante espacial. En sus devaneos, se veía dentro de un traje blanco con escafandra y con dos pequeños cohetes a su lado para desplazarse en el vacío. Siempre le contaba a su padre sus sueños cuando volvía del monte.

— Quizás algún día, Juanito, en la Nasa, piloteará una nave y colaborará en la investigación aerospacial —decía don Gúmer.

Cuando Gumersindo llegó a San Juan, realizó diversas tareas, desde mantenimiento en una estancia hasta arar con caballos unas cuantas hectáreas. Cambió varias veces de trabajo, ya que había escasez del mismo o se terminaba pronto. Un jefe ocasional, sabiendo que su verdadera profesión era la de hachero, le pidió que le acompañara. Iría al Ischigualasto (voz nativa que significa "paisaje lunar") en busca de talas y espinillos, y necesitaba que los cortasen y acomodaran en la camioneta.

Muy dispuesto, Gumersindo aceptó inmediatamente. Cuando llegaron, no podía creer lo que veía. Todo era de una aridez indescriptible. Ocupaban el lugar piedras que lo custodiaron durante millones de años. Las variadas formas que habían tomado los humanos, las compararon con elementos tan-

gibles y les pusieron denominaciones insólitas. El Submarino, Las Grutas, El Cerro de las Manos (por las palmas estampadas, como pinturas rupestres, de los nativos) y La Cancha de Bochas. Esta última era de una insospechada rareza. Piedras redondeadas, casi esféricas, esparcidas en un terreno de seis manzanas. Se sentó en una gran roca mirando todo como irreal. Él verdaderamente pensó que aquél pedazo de desierto era lunar. No entendía aquello de la erosión. Que a través de millones de años de pulido entre ellas y el rodamiento, como le explicó su patrón, el sílice del lugar las hubiera esmerilado, otorgándoles esa extraña forma.

También recordó el paisaje de la revista que Juanito le había descrito. Pronto volvería al monte y le contaría lo que estaba viendo. En esa ensoñación, recogió un guijarro pequeño y esférico y lo guardó en un bolsillo de su chaqueta. Su hijo estaría orgulloso del símbolo que le llevaría, de lo que tanto anhelaba. Una lágrima descendió por sus pómulos curtidos por el sol de sólo pensar en el rostro de su niño al ver la piedra.

Su patrón le cortó el ensimismamiento; tenían que cargar leña y volver a la estancia. De regreso se durmió en la cabina de la camioneta y soñó con "la piedra lunar".

Llegaron al casco de la mansión y una mala noticia embargó su estructura humilde. Juanito había tenido un accidente y se encontraba en el hospital de El Dorado. El patrón, al ver infinita tristeza en la cara de Gumersido, se ofreció a llevarlo hasta allí. Eran casi mil kilómetros. No podía hablar por la congoja que lo embargaba, así que agradeció con una pequeña reverencia de cabeza. Sólo quería ver a su hijo lo más rápido posible.

Llegaron al hospital de la ciudad veinte horas después. Encontró a su esposa sentada en la sala de espera. Ella le contó que Juanito había caído al regresar de la pesca, en el sendero, y se había golpeado la cabeza. Cuando su abuelo lo encontró desvanecido, parecía tener convulsiones. Gumersindo pidió hablar con el médico y preguntó si era grave. El profesional le informó de que tenía un traumatismo severo y que era posible que muriese. Le habían operado el cerebro para liberar la presión, pero seguía en coma.

Gúmer no entendió nada de lo dicho; sólo quería verlo. Pidió con mucho respeto acercarse y tomarle la mano. El doctor asintió sin dudarlo.

Se aproximó lentamente al lecho. El niño, con un tubo en la boca, yacía totalmente inmóvil. La cabeza vendada y la hinchazón del rostro le hicieron difícil reconocer sus facciones. Cuando estuvo seguro de que era su Juanito, le tomó la mano y, en voz baja, le dijo:

— Te traje "la piedra lunar". —La puso en su diestra y agregó—: Ya puedes viajar, hijo; te esperan allí. Ya tienes puesto el traje.

Volvió al monte después del funeral. Siempre pensaba en Juanito. ¿Qué estará haciendo ahora allá, en la Luna?, se preguntaba. Pues su mente nunca interpretó que había muerto.

Lágrimas de sal

Me marcho hacia el mar
donde las gaviotas bailan sobre mi cabeza
donde las olas ondean mi ropa
donde la brisa me eleva hacia el cielo.

Me marcho hacia el mar
donde admiro otros paisajes
donde las rocas pasean conmigo
donde tus manos me tocan.
Me marcho hacia el mar.

Solo allí:
he visto la luna mirando mi cara.

La luna se viste de ola dorada
me dice que vuelva al anochecer...

Te he visto luna en el mar reflejada
te he visto luna vestida de gala
te he visto luna mirando mi cara

Suspiros de anhelos susurras en mi oido
Yo vuelvo al anochecer.

Tus ojos gotean en esta noche fría
y te pregunto preocupada
pero luna porque lloras?

Solo un triste quejido
sale de tus labios carnosos...

Suspiras con un dolor en el alma
que nubla mis sentidos,
pero luna porqué lloras?

Yo quiero compartir tu dolor
y las gotas de tus ojos
derivan hoy en alta mar...

Pero luna porque lloras?
Tienes miedo de estar sola?

Y tu luna, sólo miras mi rostro
y me dices con pena honda,
quiero que un dia escribas en alta mar:
Tan solo un sentimiento
tan solo una sonrisa
tan solo un abrazo
tan solo un mar en calma
tan solo una palabra:
Paz en el mundo...

Me hablaron de ti

Leviatan

El viento y el fuego me hablaron de ti,
entrando en mis sienes como hálito azul
que llega a la mente y la colma de luz,
de cantos alegres y aromas de abril.

El viento me dijo que rozó tu piel,
y celoso atesora la fragancia
increíble que tus poros exhalan;
que en su aliento, tu silueta de mujer
irrepetible modeló con cincel
huracanado, para que tu forma
gravite en el espacio, como sombra
refrescante de los campos, como un ser
invisible que envuelve al amanecer
y acaricia con sus manos de bruma,
mientras su esencia de diosa desnuda
se abraza al aire y lo embriaga de placer.

El fuego me habló del grana en tu pelo
como estival crepúsculo escarlata,
de tus ojos ámbar con verde albahaca,
de carnosos labios de hembra en celo,
de las brasas que coronan tus pechos,
y que exploró el bosque de aquel vientre,
descubriendo entre unos muslos ardientes
tu flor roja, en medio de un incendio
que solo podría extinguir el infierno;
ese infierno de pasión y frenesí,
que desde el ocaso hasta el alba, febril
aviva la llama del mismo fuego.

Me hablaron de ti el viento y el fuego,
y desde entonces el viento no es viento,
el fuego no es fuego, y yo no pienso
ser el mismo, pues tu eres un sueño
prendido a mis sienes, como el tormento
de no poder ver ni tocar tu cuerpo,
y ya solo quiero hallar el momento
de fundirme en él, como viento y fuego.

El sectarismo cotidiano

Francisco Javier Torá

Como cada mañana, Toni y Pepe, dos taxistas alicantinos, se citaron en un bar para compartir una charla amistosa y reunir las energías necesarias para afrontar el resto de la jornada, deleitándose con un suculento tentempié. En ese estado de relajación se hallaban, cuando el primero espetó al segundo: "Ayer llevé a Eduardo Punset, ¿te suena?". El otro, sin dudarlo un segundo, respondió: "Claro que sí; es un tío muy majo. Presenta un programa de televisión". En ese instante, Toni, creyendo que aportaba un dato relevante a la plática —cuando no pretendiendo demostrar cierto conocimiento histórico—, aseveró: "También fue eurodiputado por Centro Democrático y Social a finales de los ochenta". Su interlocutor reaccionó de inmediato: "¡No fastidies! ¿Es de derechas? Con lo majo que parecía...".

Toni enmudeció. No alcanzaba a comprender el imprevisto cambio de opinión de su compañero, basado, por otra parte, en un aspecto puramente ideológico. "Para gustos, colores...", se decía el estupefacto taxista.

Y, es que, Punset, como quien no quiere la cosa, había dejado de ser el tipo cordial, educado y hábil para complacernos con su saber combinando la amenidad del buen comunicador con el afán riguroso del científico serio. Todo se había desvanecido de la misma manera que lo hace un sueño cuando, cada mañana, nuestros párpados se abren para ceder el protagonismo a una realidad que nos puede gustar más o menos. Ahora, la mente preclara del científico de marras se había convertido en cerril, obsoleta; apoderándose de ella las tinieblas congénitas a una ideología carca: la derecha.

De lo que no cabe duda es que el sectarismo no carece de esa dimensión democrática que le impida hacer mella en sujetos de una ideología u otra. En ese sentido no tuvo miramientos a la hora de decantarse por personajes teóricamente tan dispares como lo eran Hitler y Stalin, o Mussolini y Pol Pot, pero todos ellos bajo el denominador común del totalitarismo.

El totalitarismo, engendro de una mentalidad típicamente sectaria, fue la gran enfermedad del siglo XX; la que nos hizo recorrer episodios tan funestos en la historia de la Humanidad como los campos de concentración de Auswitch o las matanzas en el bosque polaco de Katyn.

Y aún hay quienes se empeñan en demonizar al adversario con tal de eludir el empleo de la dialéctica, procurando imponer la arbitrariedad del poder frente al debate de las ideas; el despotismo frente a la elocuencia de los planteamientos racionales oportunos. Si Sócrates levantara la cabeza...

Con un sombrero de paja

Manuel

Con un sombrero de paja
y los pies desnudos.
Con una camisa rota
y pantalones cortos,
yo, contemplando el mundo,
hablo y te miro en esta noche,
recordamos tiempos antiguos
y se me va la mente en la calma
por tantos espacios sin rumbo...

Una onza de chocolate,
que va de boca en boca,
una mesa con caballitos de mar,
al lado, la luz de una vela,
mas allá el crepitar de la chimenea
y en el aire la magia de la madrugada.

Estoy agotando mi vino,
con sabor de madera vieja;
afuera el ímpetu del viento
hace quejarse a las herrumbrosas tejas.

Es hora de duendes
y de música de canela.
Es el sabor de las redes
y las sábanas de franela.

La palabra franca
da su mano a las miradas,
las bocas aún calladas
gritan sus ansias blancas.

Noche verde y roja,
con miles de estrellas adornada,
no te duermas en la cama,
sé eterna en tus esencias,
no dejes entrar el alba,
que siento la vida sin carencias
acariciando mi cuerpo y mi alma.

Sentimientos de un extraño

Francisco J. Picón Caro

EN SUS CUENCAS VACÍAS

En sus cuencas vacías
se perdían las miradas de tantos ojos
abandonados al reflejo del iris del olvido
En sus labios resecos y entreabiertos
fenecían estertores de sueños incumplidos
entre caries de palabras muertas
y obscenos gestos de ingrávida arrogancia
En sus dedos rígidos
se anillan arrugas de soledades y hastío
a modo de anillos que eluden
el compromiso con la verdad
Y en su pecho desfallecen latidos
que agonizantes se funden
con la amalgama de heridas
forjadas en la batalla de la derrota
de los sentidos...

En su vida sólo una fortuna
anidó en el regazo de su destino
a modo de efímera sonrisa aleatoria
Ahorró fracasos en la cuenta corriente
del amor eterno caducado de tiempo,
pagando intereses de demora en cada suspiro
y cuotas de crédito añadido en sus pupilas
Navegó en el océano del destierro
saboreando granos de arena en el oasis del silencio,
cada mañana en la habitación de la rutina
renovaba desencantos junto a desconchones de una piel
aburrida de escarificar cicatrices de miedo...

En su muerte una sábana de indiferencia
veló su cuerpo en el tanatorio de la desidia,
entre ramos de espinas huérfanas de flores
enlutadas manchas de rencor
decoraban el féretro hurtado a la miseria
En su lápida cohabitaban palabras huecas
con forzadas condolencias emanadas de la
costumbre
y un gesto impaciente en forma de lluvia
impertinente
agota el tiempo de la despedida
de una persona sin nombre ni recuerdo,
sin rostro, sin lamentos....sin vida

Y en sus cuencas vacías se esconde el secreto de
la soledad....

Cese tu baile

Pedro Campos Morales

Cal viva sale de mi ducha
delgadas agujas brotan en mi cama
se arrugan los espejos ante mi imagen
arden las sillas bajo mi peso
permutan sus puestos las hojas de estos libros
el peine lava sus dientes
los platos tiemblan mi comida entre las uñas
caen las persianas se adhieren los cajones
bailan las mesas aplastando mis pies
me guiñan los retratos un alarido el teléfono descolgado
las paredes manantiales de parvos monstruos
los suelos fuentes de gases viscosos
gusanos los cigarros muerden mi garganta
cojines de granito se estrellan entre sí
entre las cortinas risas de vecinos
por los discos pasean sonrientes granos de azúcar
junto al crucifijo desentumece jesús sus brazos
tras las puertas del armario ruidos de selva
en el cubo de basura lloran niños
corre la nevera continuamente al inodoro

salgo de mi casa y lo anuncio con un portazo
dos hombres alternan su amor por una vaca
arrebata el viento una tienda vetusta
moralizan los niños con caramelos de cicuta
llueven vehículos sobre bocas abiertas
lucha libre de mujeres en estiércol de colores
aplastan globeros los globos resbalan sobre monedas los mendigos
se sientan en los bancos y sonríen los dementes
defecan las putas sobre clientes imberbes
derrapan peatones por encima del límite
tras los escaparates madres medrosas devuelven sus hijos a sus vientres
carreteras empaquetan edificios
los camioneros aparcan en las camas de los barrios más pobres
retales tintados sobrevuelan escupiendo metralla
el que no se entretiene en descubrir bajo baldosas billetes de lotería
incrusta los dedos en sus sienes y así camina orgulloso
en las cabinas bocas devoran orejas que piden cambio a voces
traviesas líneas blancas saltan bajo mis pasos

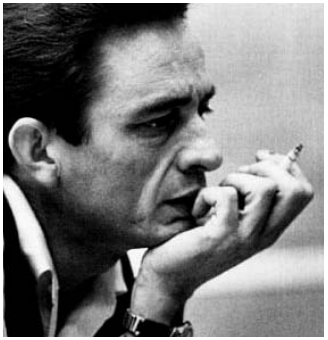
pletóricas alcantarillas se vuelcan sobre mi melena
zarzas las paredes de las calles estrechas
torres las aceras árboles tosen muñecos de plastilina en féretros carbónicos

me muevo a grandes saltos como quien baila sobre brasas
reparten castañas en la oficina de empleo
soldados de plomo en las paredes enmohecidas de las galerías de arte
dedos obscenos tras las rejas de clausura
astronautas iraquíes colgados de las almenas de los castillos
girávagos tetrapléjicos oran a las puertas de los prostíbulos
poetas desesperados roen celosías en los confesionarios
musarañas en los pechos de espectadores en los teatros
en los techos mullidos matojos en los servicios
cieno en parques carne en avenidas sangre en las buenas familias
andamios y taladros en la arena de las playas
y cabalgadas y casinos y corderos en sus aguas
oh, Terpsícore, llévame a las alturas
transpórteme tu danza a las montañas
donde dormitan culebras zarandeadas por
por el soplo furioso de erizados camaleones que
que reflejan la luz de los sapos en sus nidos sobre
sobre rostros crispados de hormigas que ventosean sus
sus paupérrimos pétalos que desfilan rellenos de
de arietes adosados a secos caracoles planos junto
junto a incendios beodos devorados por pálida simiente de grillos con
con salpicaduras de aceitunas ociosas que caen a
a embudos simulados como aves espinosas atraídas hacia
hacia cardos masticados por cerdos con corbata
que arañan mis huesos mientras besan mi cordura.

Terpsícore tengo sueño cese tu baile.

Vida, muerte y resurrección del hombre de negro

José Ángel Fernández Prieto



Johnny Cash

Voy a hablar de Johnny Cash. Para empezar, voy a decirte quién era, pues sé que Johnny no es muy popular en este país. Me remitiré a unas cuantas frases célebres pronunciadas acerca de él: "Johnny Cash es una contradicción andante", dijo alguien. "Johnny Cash es todas las cosas", añadió algún otro. "Johnny Cash es la estrella Polar", concluyó un tal Bob Dylan. De todos modos, nadie como el propio Hombre de Negro para definirse a sí mismo: "Hola, soy Johnny Cash", decía con su profunda voz antes de empezar los conciertos, y eso era más que suficiente. Pero como cualquier intento de definir a este hombre en pocas palabras resulta de una elevadísima dificultad, y para completar el cuadro en la medida de lo posible, aquí van algunas de las muchas cosas que este alto personaje cargado de hombros hizo a lo largo de su vida. Tal vez sirva de algo:

Se pasó la infancia trabajando en los extensos campos de algodón de Arkansas; allí vio morir, cortado por una sierra mecánica, a su hermano Jack. Más tarde, fue operario de telecomunicaciones para la Armada estadounidense en la Alemania de la Guerra Fría y, ya de vuelta a casa, el peor vendedor de neveras de toda Memphis hasta mediados de los 50, cuando fichó por Sun Records. Allí compartió estudios de grabación, conciertos y travesuras con su amigo íntimo Roy Orbison, y también con otros grandes como Carl Perkins, Jerry Lee Lewis y el mismísimo Elvis Presley.

No tardó en convertirse en la gran estrella del 'country' a medida que su apego por anfetaminas y barbitúricos se transformaba en una incontrolable adicción. En los 60, Johnny estrelló decenas de vehículos de todo tipo en múltiples accidentes de circulación, fue vetado en salas de conciertos, destrozó habitaciones de hotel, fue encarcelado por escándalo público y por posesión de drogas, quemó una reserva natural en California, se cargó al ochenta por ciento de la población de cóndores de ese lugar y, culminando una desquiciada espiral de éxito ascendente, drogas y autodestrucción, intentó suicidarse desapareciendo en las intrincadas galerías de una enorme cueva sagrada 'sioux'.

Y a partir de aquí, dejó las drogas, culminó su historia de amor con June Carter (perteneciente a un afamado clan de músicos folk, la Carter Family) casándose con ella, alcanzó la cima de su carrera durante los célebres e incendiarios conciertos en las prisiones de Folsom y Saint Quentin, se convirtió en una estrella de la televisión norteamericana con el Johnny Cash Show, protagonizó 'westerns', se posicionó en contra de la Guerra de Vietnam y a favor de los derechos de los indios nativos norteamericanos, y también abrazó una nueva adicción que lo acompañaría hasta la muerte: la religión.

Con el tiempo, su carrera entró en una pronunciada curva descendente. Cuando, en 1983, fue atacado por una avestruz loca (y no es broma), sus discos ya no se vendían como antes. Para empeorar las

cosas, las heridas sufridas reanudaron la vieja afición de Cash por las pastillas; en este caso, a los calmantes regados con alcohol. En total, a lo largo de los 80 estuvo a punto de morir picoteado, de neumonía aguda, por una grave hemorragia interna, de diabetes y de un ataque al corazón.

Tras ser expulsado de la discográfica Mercury y pasar varios años fuera de circulación, el viejo bandido volvió por sus fueros en 1994 de la mano del productor Rick Rubin. Apoyado en el éxito de la canción tradicional "Delia´s Gone", su álbum acústico American Recordings le valió el respeto y la admiración de toda una nueva audiencia de jóvenes seguidores del 'rock' alternativo, hasta entonces desconocedores de la obra de Johnny Cash.

Quiero detenerme en este punto para contarte mi historia preferida acerca de Cash. La vivió el tipo que, en el verano de 1994, tenía que presentar la actuación de Johnny ante las cerveceras multitudes del Festival de Glastonbury, en una Inglaterra inmersa por aquel entonces en pleno renacimiento de la escena cultural —y, por tanto, musical— autóctonas. En pocas palabras: aquella gente estaba allí para disfrutar del puñado de nuevas bandas que, lideradas por los emergentes y altivos Oasis, amenazaban al mundo con una nueva invasión brit. Nuestro protagonista, admirador de Johnny, estaba preocupado por el recibimiento que la gran leyenda del country podría recibir allí, y creía muy posible una reacción de indiferencia o incluso rechazo por parte del público. Las malas vibraciones crecieron para el presentador cuando, minutos antes de la actuación, fue a saludar al Hombre de Negro y lo encontró postrado en una esquina del camerino, encogido, nervioso, sudoroso y arrugado; viejo.

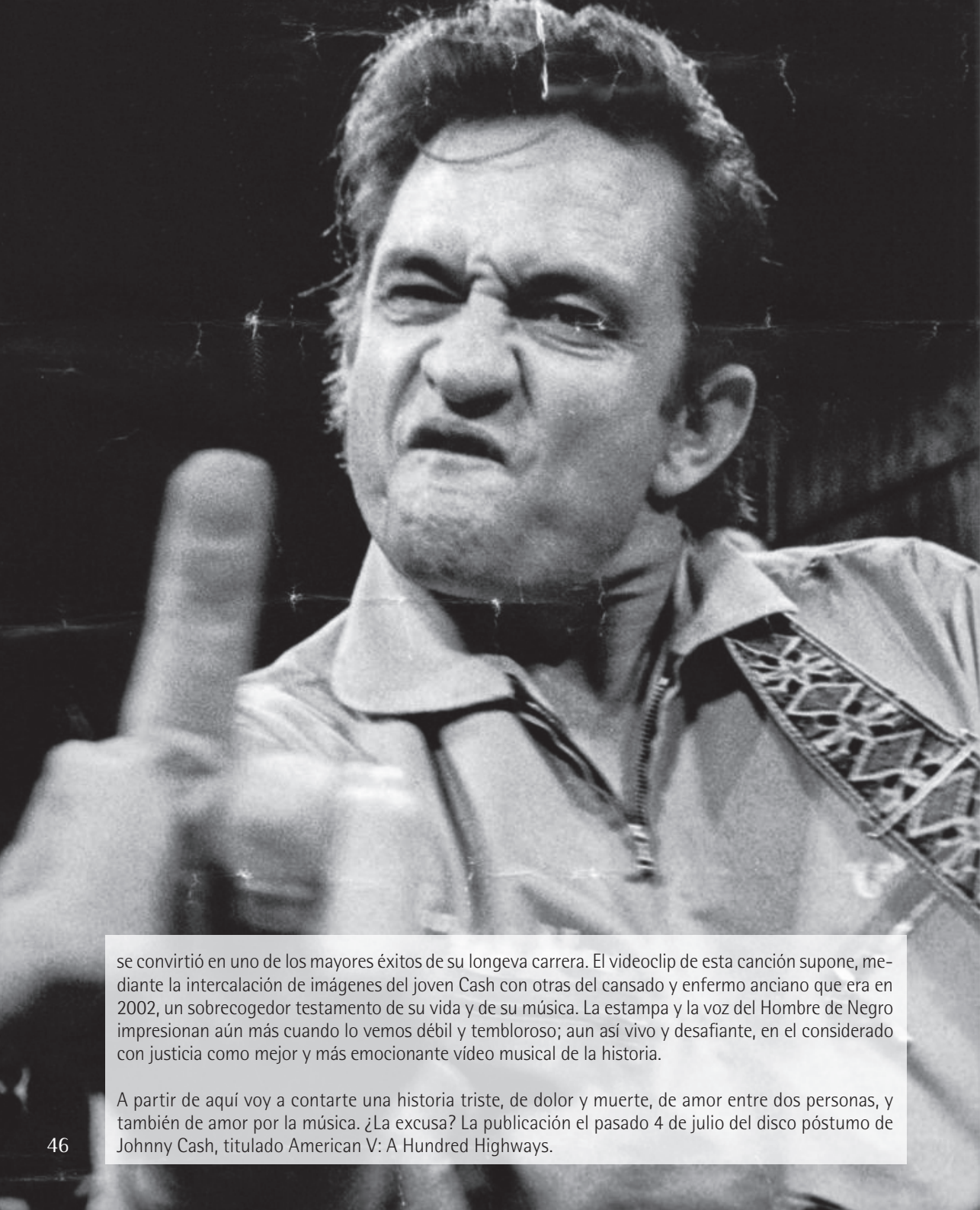
Llegó el momento de dirigirse al respetable, y el presentador se había quedado totalmente en blanco: frente al micro y ante las expectantes y silenciosas masas, estaba sin palabras. Cuando la situación empezaba a volverse verdaderamente incómoda, aquella inmensa multitud estalló en una ovación que se extendió en olas hacia la lejanía mientras ganaba intensidad por momentos. El presentador, atónito, atisbó una sombra por el rabillo del ojo. Se giró.

Junto a él estaba Johnny Cash saludando a aquellos cien mil espectadores. Parecía veinte centímetros más alto que apenas cinco minutos antes. En medio de esa sostenida y apabullante muestra de reconocimiento, el presentador vio lágrimas de emoción deslizándose por las mejillas del Hombre de Negro.

Él también se puso a llorar, y salió del escenario sin haber pronunciado una sola palabra.

De todas estas historias y de otras muchas encontrarás cumplida referencia en Cash, la autobiografía, publicada recientemente por Global Rhythm y escrita en 1997 por el cantante en colaboración con Patrick Carr. En ella, Cash reflexiona sobre muchos de los lugares, personas y momentos más importantes de su vida, y lo hace desde la atalaya de renovado éxito donde se instaló a mediados de los 90. La narración no sigue un desarrollo puramente lineal: avanza en función de los recuerdos y reflexiones que asaltan a Cash en cada uno de los distintos lugares desde donde escribe, ya sea una parada en la larga gira mundial (a la postre la última) que por aquel entonces llevaba a cabo, su mansión de Cinnamon Hill, Jamaica, o su rancho de Bon Aqua, en Tenessee.

También en 1997, Cash empezó a sufrir graves problemas de salud que fueron mermando rápidamente su condición física, lo cual no le impidió seguir grabando música con regularidad. En 2002, una poderosa versión de "Hurt", el tema de Nine Inch Nails, incluida en su álbum American IV: The Man Comes Around,



se convirtió en uno de los mayores éxitos de su longeva carrera. El videoclip de esta canción supone, mediante la intercalación de imágenes del joven Cash con otras del cansado y enfermo anciano que era en 2002, un sobrecogedor testamento de su vida y de su música. La estampa y la voz del Hombre de Negro impresionan aún más cuando lo vemos débil y tembloroso; aun así vivo y desafiante, en el considerado con justicia como mejor y más emocionante vídeo musical de la historia.

A partir de aquí voy a contarte una historia triste, de dolor y muerte, de amor entre dos personas, y también de amor por la música. ¿La excusa? La publicación el pasado 4 de julio del disco póstumo de Johnny Cash, titulado American V: A Hundred Highways.

Cómpralo. Enciérrate en tu habitación. Escúchalo solo, a oscuras. Te romperá el corazón. Llorarás. Habrás escuchado uno de los discos más importantes de los últimos años. Y si el disco te parece música aburrida interpretada por un viejo que apenas puede cantar, lárgate de aquí, me importa una mierda. Vete a ver La Isla de los Famosos. No mereces escuchar buena música.

No mereces escuchar la resignada petición de ayuda contenida en "Help Me".
No mereces escuchar el apocalíptico y seco ritmo de percusión de "God´s Gonna Cut You Down".
No mereces escuchar la majestuosa versión del tema de Springsteen "Further on Up the Road".
No mereces escuchar cómo la voz de Johnny se rompe en su magistral interpretación de "If You Could Read my Mind".
Ni cómo esa misma voz se recupera casi milagrosamente para cantar a su mujer muerta en la conmovedora "In the Evening Train".

En efecto, June Carter Cash falleció de forma inesperada en la primavera de 2003. Dijo a Johnny que siguiera adelante sin ella, que siguiera grabando canciones.

Y él lo hizo. Llamó a Rick Rubin y ambos se pusieron a grabar a contrarreloj. Johnny cantó confinado en una silla de ruedas, roto por la enfermedad y la pena, ciego al final por culpa de la diabetes. Cuatro meses después del fallecimiento de su esposa, Johnny Cash abandonaba este mundo a los setentaiún años de edad, el 12 de septiembre de 2003.

Quiero que te quedes con una última imagen.

Desde hace muchos años, la familia Carter organiza una serie de conciertos benéficos en Hiltons, Virginia. Es el Carter Family Fold. En julio de 2003, June se había ido para siempre y no podía acudir a su cita anual. Pero allí apareció Johnny Cash para cantar en el nombre de su esposa: en silla de ruedas y con una infinita tristeza en los ojos, casi sin voz y sin poder controlar los temblores que la enfermedad le provocaba al tocar la guitarra, recuperándose pese a todo por un momento, cuando, durante la última estrofa de su mítica I Walk the Line, cantó como si tuviera unos cuantos años y mil enfermedades menos: Johnny Cash murió con las botas puestas.

Tres años después de su fallecimiento, todavía imagino a Johnny Cash dando conciertos, caminando por las vías de un ferrocarril eterno, vistiendo de negro por los pobres y los desfavorecidos, por la injusticia del mundo, como decía en una canción.

Quizá esté tocando sus canciones junto a June, en un algún jirón de nube en el Cielo.

Quizá, en cambio, el sudor recorra sin descanso su piel mientras canta para los presos en el patio de alguna prisión del Infierno.

O quizá esté revolviéndose en su tumba, tembloroso a causa de esa extraña enfermedad degenerativa e intentando volver de entre los muertos para cantarnos una vez más, con voz cavernosa, sus viejas canciones de forajidos y leyendas, de trenes y asesinatos, de amor y redención.

Live Forever, Johnny Cash.

Aquél no era un día normal

Alejandro M. López

No, aquél no era un día normal; no era como todos esos días aburridos en los que la única esperanza que te mantiene es la de que mañana será diferente; aquel día no era así, desde que el sol se dignó a resucitar a los inmortales de sus sueños tuve esa sensación. Libertad, ¿dónde? Desde luego que aquí no. Decidí seguir una línea recta hacia delante hasta encontrar la muerte. Mi arma sería la indiferencia absoluta hacia el mundo. ¿Qué le importo yo? Pues, ¿qué me importa él?

Volví a disfrazarme de persona para poder pisar así la calle, y cuando nadie me vio, a lomos de mi peculiar transporte, pedaleé sin cansarme; la monotonía cansa y agota, la aventura no. Con tabasco en la sangre, sudor en los ojos y lágrimas en la lengua, pisé todos los charcos que me desafiaban, recorrí tantos kilómetros como me permitió el miedo, aun sabiendo que aquél sería mi último viaje hacia la libertad. Me atacó la mentira de la noche, fui esclavo del tiempo, sobre el que eyacularía nuevamente toda indiferencia contenida en la rabia que brota de cada latigazo recibido por nadie, desubicado, en algún lugar parecido a un desierto.

Volvió a salir el sol; no, aquél no era un día normal, no era como todos esos días aburridos en los que la única esperanza que te mantiene es la de que mañana será diferente; aquel día tampoco podía ser así. Dos señales de tráfico que no logro entender bien qué coño hacían allí me prohibieron el paso. Me bajé de la bici y, con mucha paciencia, eché las dos abajo y cogí ese camino no prohibido. Era muy largo; a mitad nació ese absurdo sentimiento que engrilleta. Volví atrás, repuse las señales como pude, fijé la vista en el camino; debía pasar por ahí, era mi rumbo, estaba escrito a arañazos en la tierra pisada. Eché otra vez abajo las señales para pedalear con fuerza hasta el fin. A mitad de camino cerré los ojos, me solté de manos y fui libre. No es esa efímera sensación que puede confundirse con la velocidad, no; al abrir los ojos había terminado ese camino, había cruzado el infinito y ahora estaba aparte, en ningún sitio, donde al fin, ácrata, me atengo solamente a mi voluntad, para crear un todo en medio de la nada. Contemplé paisajes preciosos y mandé a tomar por culo todo cuanto me había limitado anteriormente para estallar en carcajadas, gritos, locura. Luego me sentí solo, muy solo, y supe que todo cuanto había percibido en aquel maravilloso tornado de sensaciones no tenía ningún valor si no podía ser compartido. Entonces, desanduve todo lo andado, volví al finito, repuse nuevamente las señales prohibitivas, dije adiós al Edén y volví a casa feliz.

Como dice la canción y la manzana

Patricia Núñez

Como dice la canción": y es que el amor es una enfermedad, que una vez contraída no se cura..."
La dejaste grabada en el pupitre.
Desde entonces yo te sigo, aún sin darme cuenta, por entre los pliegues diarios.

Una manzana reposaba en la playa.
Despertó la arena con rabia de mil años.
Vino un hombre que no podía comprender su soledad y atravesó
la manzana con un pincho estragado.
Confortable penumbra de rata.
Hasta que llegó la hora del bocadillo.
La manzana, que ya dormía, fue devuelta a la luz para ser devorada.
Feliz manzana reineta.

elc
ediciones letra clara
Edición y publicación
Asesoría y corrección
librería
Letra clara
Adquiere nuestros libros
en la red

Tus sueños literarios
hechos realidad

Ardemáns, 18, 1.º Izqda.
28028 Madrid
Teléfs.: 91 725 14 15 • 91 356 67 00
Fax: 91 356 67 00
e-mail: elc@letraclara.com

www.letraclara.com

Atizando el fuego
De nuevo, el código da vinci en la picota

Laura Quijano

Bien, ya se estrenó la polémica película basada en uno de los libros más controversiales de los últimos tiempos: *El Código Da Vinci*. Se dice, y no puedo evitar reconocerlo así, que ha sido una de las adaptaciones cinematográficas más rápidamente hechas. Hollywood, que atraviesa momentos difíciles en estos tiempos, ha descubierto que puede ganar miles de millones de dólares si adapta bien los grandes *best sellers*, y como *Harry Potter* y *El Señor de los Anillos* dieron maravillosos frutos, era lógico pensar que *El Código Da Vinci* sería llevado a la gran pantalla más raudo y veloz. Y henos aquí, frente a una gran producción, regida por un director consagrado y ya ganador de un Oscar, y estelarizada por grandes actores de éxito seguro en taquilla.

El libro generó en su momento una serie de quejas, a cual más virulenta, de parte de grupos religiosos y de la misma Iglesia Católica, además de estudiosos del arte e historiadores. No se trata, por supuesto, de la calidad literaria del libro, bastante convencional, sino de lo que se atreve a afirmar y dar por cierto. Según Dan Brown, Jesús estaba casado, su esposa era, naturalmente, María Magdalena, ambos llevaban en la sangre la herencia de un pasado glorioso dentro del pueblo judío (o sea, eran de sangre real), ella formó parte activa del movimiento que él lideró y que llevaría a conformar una nueva religión y era, además, la primera de sus apóstoles y objeto de envidia por parte de los otros. Cuando él fue crucificado, ella huyó en la clandestinidad a Francia, donde murió y donde se conservaron sus restos. No llegó sola, sino con su bebé, fruto de su unión legítima con Jesús, y de esa bebé provino una línea directa hasta el presente, los verdaderos descendientes directos de Jesús. En el camino, el secreto de María Magdalena fue protegido por una organización secreta llamada Priorato de Sión, cuyo brazo armado era en su momento la Orden de los Caballeros Templarios, los cuales murieron brutalmente al negarse a entregar su secreto al Papa. La Iglesia Católica se esforzó por desacreditar a María Magdalena y ocultar estos hechos al mundo, y estuvo dispuesta en todo momento a hacer lo que fuera para evitar que se supiese. Una de las organizaciones católicas más empeñadas en ocultarlo fue, por cierto, el Opus Dei. Tras leer todo eso, uno se dice: "Guau, qué historia". ¿Será cierta?

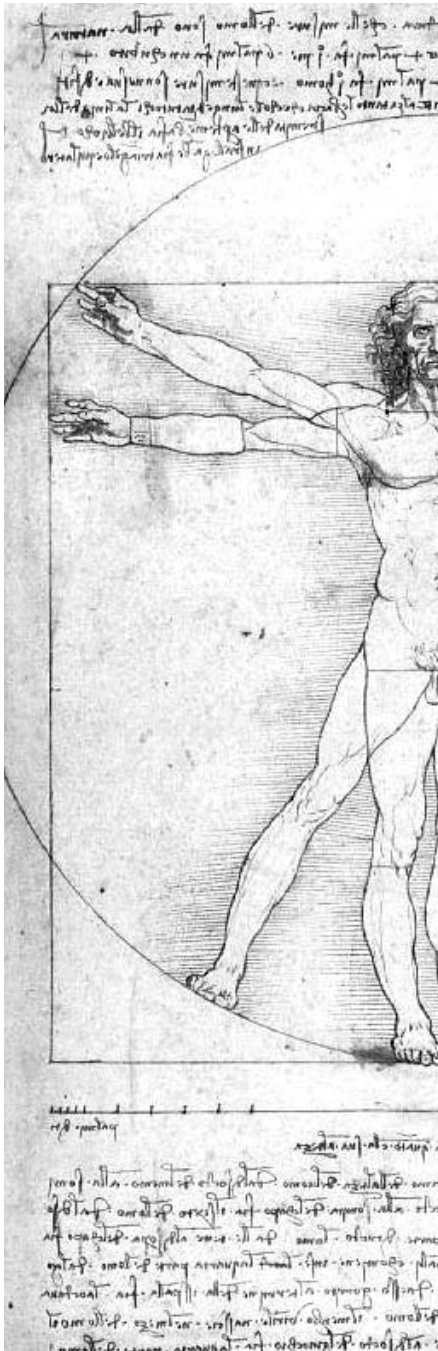
Bueno, pues, qué importa. Ahora han aparecido individuos que afirman que el Priorato de Sión no es más que la quimera de un estafador y experto farsante de los años 40 y 50, quien depositó los *Archivos Secretos* en la Biblioteca Nacional de París; que todo eso de que Leonardo da Vinci perteneció a tal organismo y que incluso lo dirigió tiene que ser una completa mentira. Que sus cuadros no quieren decir nada más de lo que muestran y que quien se sienta al lado de Jesús en el cuadro *La Última Cena* es ciertamente Juan, y no María Magdalena como afirma el libro de Brown. Y otros más se esfuerzan en demostrar que sus interpretaciones artísticas de los cuadros son inexactas o fantasiosas. El "dime que te diré" es impresionante y en todo momento apunta a Brown como un mentiroso demoníaco,

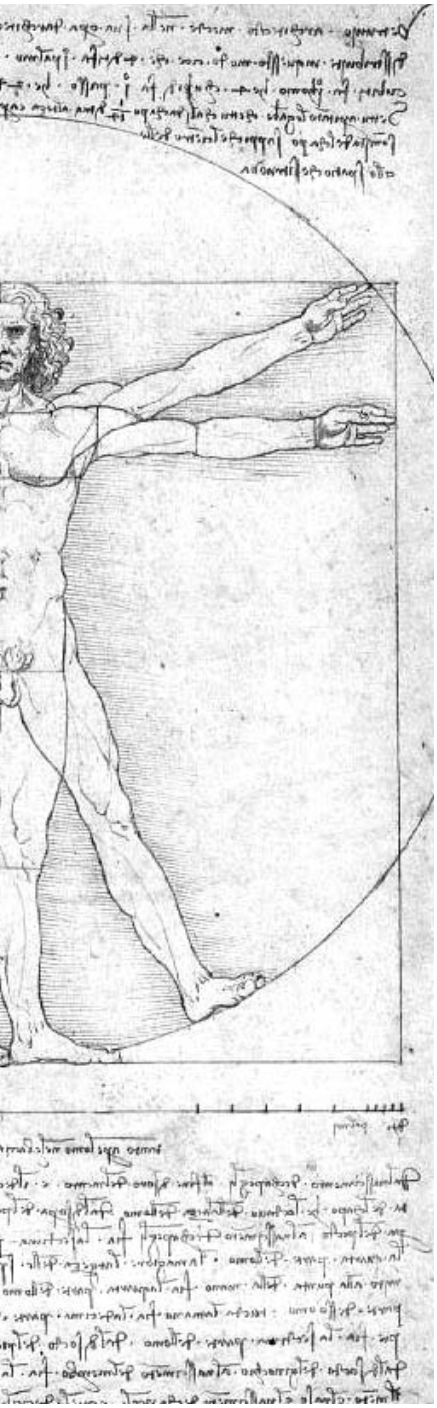
fraudulento y calumniador que sólo quiere lucrarse con lo sagrado mientras lo insulta y lo desacredita. En un artículo que leí en alguna parte, el autor, furioso, comparaba el libro de Brown con la afirmación de los totalitarismos, con la defensa de la pederastia y con la apología de la violencia. Yo estaba realmente sorprendida al leerlo.

En este asunto me llama la atención dos factores: por un lado, la posición de quienes alegan el uso de la libertad de expresión para desacreditar a Brown, pero que al mismo tiempo la utilizan para censurar de previo una película y un libro; y por otro lado, la afirmación de todos los detractores de Brown de que el libro insulta a Jesús y ofende a la religión cristiana. Hasta hay quienes dicen que Brown insulta "lo sagrado", al *desdivinizar* a Jesús y que fomenta una visión atea, inclusive.

En cuanto al uso de la libertad de expresión, me parece peligrosísimo aceptar que exista la censura previa, que no debería ser admitida en un Estado de Derecho. La censura previa es uno de los enemigos más terribles de la libertad de expresión, y cuando coartamos ésta, comenzamos a cercenar todos los demás derechos civiles de un individuo. El derecho a protestar, en cambio, debe existir y ser permitido siempre, pero dentro de los límites de la sana cordura: nada de bombas incendiarias ni amenazas de muerte, pues entonces nos convertimos en verdugos de la libertad de expresión. Si uno se siente ofendido, tiene derecho a expresarlo, pero tiene el deber de probarlo también y no se puede hablar de derechos si el Estado ha intervenido de previo.

Con respecto a los insultos a Jesús, me encuentro en una posición de completo asombro. Leí el libro al completo y no encontré en ninguna parte nada que dijese que Jesús era un criminal, o un pedófilo o un ladrón. Ni siquiera leí en ningún momento que se pusiera en duda la divinidad de Jesús mismo. En ningún momento. Claro que se alude a un debate ocurrido en el seno de la Iglesia primitiva, acerca de la declaración oficial de Jesús como Hijo de Dios, pero es un dato relacionado con la historia de la Iglesia, no con la esencia divina de Jesús. Y todos sabemos que la Iglesia ha tenido una historia harto convulsa y difícil. Decir que en la Iglesia operan intereses de esto o de lo otro no es insultarla, es afirmar un hecho cotidiano. Y lo mismo puede afirmarse sobre el Opus Dei, el cual, de todas formas, no es tan maltratado por el libro como algunos aseguran. Incluso, Aringarosa (cabeza del Opus Dei en el libro e interpretado por Alfred Molina en la película), es un hombre bueno y de maravillosas intenciones. ¡No comprendo cómo pueden afirmar que es insultado!





Volviendo a Jesús, lo único que el libro hace es aseverar que en realidad estuvo casado con María Magdalena y que tuvo con ella una hija, que era un esposo amante y padre de familia, que su esposa le era fiel más allá de toda medida, en la relación de matrimonio y en la fe, que era su principal apoyo y primera apóstol y que por ser mujer contó con la oposición, e incluso envidia, de los otros apóstoles. Al leer esto, me pregunto: ¿dónde está lo criminal? ¿Por qué es insultar a Jesús decir que se casó y tuvo hijos? ¿Es que era hombre para nacer de una mujer, para tener un padre y una madre, para desempeñar un oficio y para morir crucificado, pero no era hombre para amar a una mujer, casarse con ella y engendrar descendencia? ¿En qué lo desdiviniza el amor matrimonial y la descendencia? ¿No se hizo hombre para venir a vivir entre nosotros? Y puestos a ello, ¿por qué hemos de admitir que la Iglesia sea una institución dominada siempre por hombres? ¿No es el cristianismo una religión de amor y perdón, de respeto y tolerancia? Que yo sepa, el papel de la mujer en la Iglesia ha sido y sigue siendo sumiso y escaso.

Al final, el libro une la reivindicación de la figura de María Magdalena con la restauración de "lo sagrado femenino" que nuestras sociedades patriarcales y machistas han desvalorizado y suprimido de nuestras conciencias. Sin embargo, no se le adora como a una diosa. Su participación de lo sagrado sigue siendo netamente patriarcal: se le *venera* como la esposa de Jesús y madre de su hija, no como un ente divino independiente, sino como una santa. Y de santos está lleno el Cielo de los católicos.

Tal vez todo este problema se deba en parte a que muchos de los detractores principales del libro no lo han leído en realidad. No me extrañará entonces ver cómo siguen lanzando anatemas contra la película, aunque nunca pongan un pie en una sala de cine para verla y juzgarla como es conveniente. Entretanto, se sigue atizando el fuego y ríos de tinta correrán ahora por la producción cinematográfica, tal como ocurrió con el libro.

El Criminal y la Novela Negra

José Ángel Jarne

ERNESTO CARDENAL

"Primero era un grito solo en mitad de la noche
y después más gritos y más gritos
y después un silencio..."

Hace unos días, un prestigioso forense español me decía que, en España, actualmente "sólo vende lo rosa y lo negro". Y no va desencaminado, porque el auge que tiene la novela negra hoy es tremendo.

El cainita que mata a su hermano siempre ha despertado especial atracción y curiosidad sobre el porqué de su comportamiento. Ello siempre queda reflejado en la novela negra, escenario perfecto para la representación escénica, pero real a la vez, de las pasiones y la sinrazón más oscuras del ser humano.

Al describir a un criminal, conviene plasmar con extraordinaria precisión todos sus rasgos psicobiográficos. Ello permitirá al lector conocer cómo y quién era el sujeto en cuestión.

Es importante dominar nuestra historia más reciente y más pretérita, pero resultaría inacabada si desconociésemos la historia del crimen y del criminal, de cómo es nuestra sociedad asesina, de nuestras ofrendas y nuestros demonios tan maravillosamente reflejados en la novela negra. La irrupción de los psicópatas criminales en este género no deja de resultar altamente seductor a la vez que morboso.

Conviene, pues, utilizar una prosa sencilla y ágil, alejada por completo de barroquismos y riquezas que no nos llevarán a ninguna parte. En la novela negra es de gran interés acercar los criminales al lector, y hacerlo con ternura y facilidad, describiendo sus vidas y sus historias personales. Sólo así llegaremos a conocer y a valorar psicopatológicamente sus conductas y el porqué de sus actos.

Por ello, en la novela negra es elemental que predominen criterios científicos y psiquiátricos. Dentro y fuera de este género literario, conviene acercarse al crimen de forma científica, cargada de humanismo, no para castigar sino para prevenir. Ello nos conducirá a entender que el crimen, la agresividad y la violencia están en la propia esencia del hombre y de sus demonios. Luis Rojas Marcos señala que el ser humano necesita la agresividad para vivir. La novela negra no puede ni debe escapar a esta circunstancia.

Cualquier obra de este género que sea de calidad debe reunir, entre sus ingredientes imprescindibles, la intriga como motor de la historia. Se va del *quién* al *cómo*. Se debe arrastrar al lector, de la mano, página a página, hasta el desenlace final. Sin respiro. La acción es imprescindible. Según se desmenuza la historia, la intriga debe conducirnos de forma trepidante e inexorable a resolver los enigmas y rompecabezas hasta desentrañar el caso. Como acabamos de ver, el crimen siempre está presente; es decir, en la novela siempre se dibujan las cloacas del planeta con su miseria, con toda su paupérrima existencia y su atormentada vida. En este sentido, la psicología de los personajes, especialmente de sus protagonistas, es vital a la hora de contar una buena historia negra.

Dentro y fuera de nuestras fronteras no carecemos de héroes. Al contrario. *Petra Delicado* (Alicia Giménez-Bartlett), *Carvalho* (Manuel Vázquez Montalbán), Kurt Wallander (Henning Mankell), *Guido Brunetti* (Donna Leon), *Martina de Santo* (Juan Bolea), *Kay Scarpetta* (Patricia Cornwell) y otros cuya lista sería interminable, suponen una pequeña representación de los protagonistas esenciales de este género tan apasionante como seductor que es la novela negra. Detrás de todos y de cada uno de estos investigadores siempre nos encontraremos con la caterva de psicópatas, sociópatas y criminales que pueblan la sociedad de nuestros días. Una interesante muestra de limitadores cuyas variantes son interminables. En cualquier novela negra, el lector puede tropezarse con asesinos apasionados, psicópatas en serie, paranoides en masa, locos homicidas, drogadictos en busca de nuevas dosis y depredadores de los que incluso ni ellos mismos conocen la razón de su violencia, pero sí sienten una extraña necesidad de matar. Se trata de seres marginales que llevados al papel se convierten en héroes.

En cualquier obra de este género, se debe analizar de forma extrema y meticulosa todos los aspectos criminales, los métodos de matar y los modus operandi, las coincidencias y las similitudes, las distinciones y las controversias que arrastrarán al lector de forma solapada hasta la atracción total de los personas y, por ende, de la trama. Para ello utilizaremos unos diálogos precisos y técnicos, sin olvidar que cada personaje tiene su propia jerga.

La novela negra es esencialmente urbana, social y realista por los ambientes en que se mueve y por la galería de personajes ya enunciados que suelen poblarla. Y este reflejo social es una manifestación viva de lo que a diario acontece en nuestras ciudades. El crimen está ahí, a la vuelta de la esquina. En nuestros ambientes habituales es fácil tropezarse con sujetos enajenados que han perdido la propiedad de sus actos y, por tanto, se convierten en enfermos mentales. La sociedad está obligada a tratarlos de tal modo. No son seres extraños, marginados, posesos o malditos, aunque sí pueden ser criminales. La novela negra es el mejor teatro para poner en escena a estos seres que, despojados de todo prejuicio, son capaces de cometer los crímenes más horrendos que jamás pudiéramos imaginar.

La única forma que tiene el ser humano de evitar su degradación y, por consiguiente, su ruina, es recuperar la libertad como valor central de su existencia. Quizá este planteamiento resulte demasiado utópico, pero considero que ha llegado el momento de liberar al sujeto de ese cúmulo de valores que alimentan la esclavitud. Ello recuperará al ser humano y le ascenderá a los niveles más altos de desarrollo personal, alejándolo del crimen.

Sin embargo, el criminal, disfrazado de psicópata, de asesino en serie o de violador, es forzoso para que la novela negra continúe emergiendo con la calidad e impronta actuales. Caín es imprescindible en nuestras ciudades. El mal está dentro de nosotros y, sin socializar la agresividad, el hombre nunca podrá ser libre.

La novela negra no existiría.

La novela negra es la verdad. En sus historias, vivaces y desgarradas, lo que se busca a toda costa es sacar a la luz la verdad de sus protagonistas. La verdad del cainita de turno.

Un centollo bajo una sombrilla

Ovidio del Moral Holguín

Se habían citado en la playa de los crustáceos y Crull, el centollo, esperaba impaciente la llegada de su amada Bell, una espléndida hembra de buey de mar. Crull intentaba calmarse, chapoteando en el charco que él mismo había formado, en la arena, debajo de una gigantesca sombrilla rojo-fuego y amarillo-limón.

— ¿Por qué no escoges una centolla? — le había dicho su madre.

— Antes que un buey de mar quedarse soltero—aseveró su padre.

Pero él en sus trece.

Pasó la mañana y Bell no acudió a la cita con Crull, y él, desesperado, empezó a pensar que tal vez su familia tenía razón. Pero amaba a Bell y seguía esperando, y el sol avanzó implacable y pasó la tarde, y llegó la noche y Bell seguía sin acudir a la cita.

Crull pataleó con rabia con sus ocho patas y sus dos pinzas, lloró con amargura agua dulce y después, abatido, se encaminó hacia las rocas, camino de casa, con los suyos.

— Tenían razón — pensó Crull decepcionado. — ¡Nunca más un buey de mar!

Tres millas adentro, en el mar, en el fondo dentro de una nasa, Bell lloraba por su cautiverio, suspiraba por Crull y se preguntaba, con temor, cuál sería su destino.

Reflexión

Dark

Hace mucho que no escribo. Echo la culpa a trabajos agradables que desempeño, y a otros no tan agradables. Nunca se puede tener la felicidad completa en la vida.

Escribo esto después de largo tiempo, porque quedó como algo pendiente hace ya varios meses (acabo de descubrir que escribir para mí es una buena terapia, y me ahorro las citas con el psicólogo). He llevado a cabo algunas cosas importantes para mí dentro de la carrera de actor, de la dirección y hasta de aquello que lentamente quiere impregnarse en mi vida, que es la escritura de guiones. Sabrá Dios si de aquí a algunos años me olvidaré de todo eso y continúe siendo un analista de sistemas, o termine mi vida sentado en un diván con una copa de vino semi seco, con el cabello teñido de canas y conversando con mis amigos (los que sobrevivan a los gobiernos), sobre nuestras aventuras durante nuestro paso por el teatro.

Y justamente charlando con ellos, hablaba de la nueva evolución de los actores, de la movida teatral, de la generación de recientes estilos y de la muerte (¡por fin!) de las vacas gordas del teatro. Aún queda luchar con la argolla en la publicidad, pero a final de cuentas, sigue siendo un buen presagio para mejorar la resquebrajada salud de nuestro teatro.

Cuando volví a él, me preguntaba si en realidad podría hacerlo de nuevo. Las ganas estaban, pero a veces no es suficiente. Recorrí lugares, toqué puertas, unas se abrieron y otras se me estamparon en la cara... y me pregunté: ¿cómo una persona que quiere ser actor podrá tener experiencia en el medio si no se le da la oportunidad de interpretar en una obra? ¿Cómo lograr la presencia en el medio teatral cuando aún los medios publicitarios llenan sus pantallas de carteles 'a full color', sus primeras planas con la todavía ingrata presencia de nombres ya publicitados?

Y surgía la frase: "tienes que pagar el derecho de piso". Entonces aprenderé a ganármelo, me dije. Y me propuse investigar, estudiar todo lo que pudiera, ser cada vez más autocrítico, exigente, y sobre todo, aprender a tragarme la soberbia para aceptar las críticas y aprender a distinguirlas: de amigos y familiares, de actores y directores, y del público.

Las primeras son siempre bondadosas y rimbombantes. He escuchado frases demasiado lisonjeras que muchas veces me molestaron por lo empalagosas que pueden ser. Las segundas siempre tendrán un "yo lo hubiera hecho así" que hay que saber diferenciar, ya que los actores y directores jamás podrán estar de acuerdo con un montaje. Todos dirán que hubiera sido mejor trabajarlo bajo otro estilo, con otro intérprete, con otro director; hasta hubo un crítico que me llamó la atención cuando dijo que "esa obra ha de funcionar en Estados Unidos, porque el Perú no está acostumbrado a eso", pero sospecho que fue por el efecto de los tragos del bar.

Finalmente, la crítica del público, que también es complicada. Una obra terrible con un par de siliconas puede convertirse en un bum, así como una obra de calidad (sin siliconas), en una terrible pérdida para el productor, teniendo como único público a un reducido grupo ávido de "teatro serio", otro de actores y directores invitados (es decir, no se recupera la inversión, tomando en cuenta la calidad económica de los que nos dedicamos al arte) y finalmente un par de desubicados que siempre piensan que el teatro es comedia o que aparecerán flamantes 'vedettes', y que a mitad de la función se retirarán al no entender por qué la actriz se echa arena en la cabeza, mientras que el grupo de teatro serio y de actores y directores miran extasiados.

1. Espectáculo de baja calidad actoral.

Hace poco vi una obra musical. Me gustan mucho. Sin embargo, a varios días de haberla visto, me quedé con el dolor de cabeza por la tortura de ciento veinte minutos a los que estuve expuesto. Un actor que se encontraba a mi costado y que hace teatro comercial[1], del que hablaré luego, dijo: "Mi obra es la misma y está mejor". En efecto, las obras de teatro comercial (las que he visto en un conocido y central teatro miraflorino) se caracterizan por ser un buen espectáculo de luces, efectos y sonido.

Para el círculo de amigos, maestros, directores y demás especies del arte que conozco, el teatro comercial es algo terrible. Me parece curioso; y más curioso me pareció cuando me enteré de que muchos de ellos habían hecho ese tipo de teatro y que otro tanto lo seguía haciendo, ahora, claro, bajo otra denominación: hay que cuidar las apariencias siempre, siempre.

No obstante, el teatro comercial es una fuente de trabajo para muchas personas. Me doy cuenta de que quienes hacen teatro comercial y los que hacen teatro serio tienen algo en común: las ganas de hacer teatro, de ver sonreír a la gente. Y de vivir de ello. Esos chicos sueñan con pisar un escenario, escuchar las palmas de gente que nunca podrá subirse y ser tan grácil como ellos, cantar o bailar como ellos. Lo único que les faltaría es incentivarles las ganas de seguir o iniciar estudios dentro de lo que tomarán como carrera, y descartar las opciones de la vieja escuela de actores que, sabiendo todos los clichés habidos y por haber, les hacen pensar que sólo eso es el teatro, y que una vez que los han logrado, se convertirán en actores profesionales. Es una lástima que la televisión colabore a esto.

¿Si yo hago una obra, debo de arriesgar porque así seré más notorio? ¿Cuando yo monte una obra, debo elegir una seria y trascendental? ¿Debo mostrarme selectivo con el elenco (si es que ellos no lo fueron conmigo)? ¿Debo elegir siempre directores de peso? ¿Cuándo se puede decir que un actor está preparado para actuar? ¿Cuándo se puede decir que un director está preparado para serlo? ¿Cuándo se puede decir que alguien es ya dramaturgo?

Creo firmemente que es terrible oír que no deberías de hacer teatro, ya sea actuación y/o dirección, hasta que no estés preparado. Yo me pregunto: ¿lo está esa persona? ¿Qué motivos lo pueden mover a que diga eso? Cierto es que la gente que se dedique a actuar y tenga privilegios de asistir a un taller o escuela dispondrá de mayores condiciones. Pero también se han visto casos de actores que nunca estuvieron en ningún taller o escuela y trabajan de manera excelente. En el caso peruano, las pocas escuelas de actuación son en extremo limitadas; de esto me dio fe un conocido profesor. Y ni que decir tiene que no hay dirección en Perú. Cuando gocé de la oportunidad de hablar con un profesor extranjero de actuación, me decía que nuestra escuela estaba bastante desactualizada. Y es cierto; la falta de recursos económicos hicieron que nuestros más resaltantes pioneros en la educación actoral se quedaran con la vieja técnica stanislavskiana, barbesca o grotowskiana.

Son pocos los que se atrevieron a cambiar esto, y somos la nueva generación la que debe inyectarse el cambio; aprender a volver

al punto de inicio y evolucionar. Porque siempre habrá algo en el proceso que necesita desarrollo, y personas que serás reacias al cambio.

Se debe arriesgar.

Con lo poco que llevo en el teatro, estoy convencido de que el riesgo es parte de la evolución del intérprete, director, dramaturgo, escenógrafo, tramoyista y de todo aquél que intente hacer algo trascendental en su vida. Las ganas estarán, pero tal vez los recursos actorales no. El director en ciernes tendrá todas las ganas de presentar el espectáculo jamás visto, mas tal vez se convierta en uno de los peores recuerdos que hagan de éste su debut y despedida en el teatro.

Siempre he estado dispuesto a arriesgar, a trabajar duro en cada proyecto. Y es ahí en donde me doy cuenta de las terribles limitaciones que aún poseo, así como también de las mejoras que he tenido. Percibo que he arriesgado. Ahora soy capaz de trabajar más de las ocho horas que acostumbro, de no dormir pensando en el guión, en el personaje, en cómo solucionar una escena, en cómo darle un final interesante a un escrito.

Durante el proceso, ganaremos, perderemos, y nos llenarán de crítica y elogios. Lo importante se creer en lo que se hace. Si quiero hacer teatro comercial, haré el mejor teatro comercial; si quiero hacer teatro profesional, haré el mejor teatro profesional. En todos los casos, dar lo mejor, aprender y nunca estar convencido de que ya se está lo suficientemente preparado para autodenominarse actor, intérprete o director, pues eso es sólo cuestiones de mercadotecnia.

Hay un silencio profundo en la sala. Y los amigos me preguntan de qué estuve hablando. Les digo que tal vez estaba haciendo parte de mi terapia antiestrés, de mi futura conversación en el diván, dando el primer sorbo de vino semi seco a mi copa.

Voy por una 'coke'.

Supervivientes

Juan Santos Cánovas

Una inmensa cueva subterránea era la vivienda de los Monterrosso. Les había costado una década excavarla y ahora ocupaba casi todo el subsuelo de lo que un día había sido Monte-Verde. Al principio era tan sólo una pequeña gruta que pasaba desapercibida, pero la agudeza del padre, aguijoneada por la imperiosidad de la situación, permitió que fuese descubierta. Sin tener más de tres o cuatro metros estaba intacta, virgen; y eso, en aquellos tiempos, era un verdadero tesoro. Éladior Monterrosso llevaría unos cuatro meses cavando, envuelto en la oscuridad de la noche, cuando estalló la locura. Apenas si había conseguido ampliarla un poco más, pero bastó. Eran un total de unos siete metros de espacio para dos personas, casi todos ellos por debajo del nivel del suelo. Eso y la previsión del buen padre almacenando la mayor cantidad de alimentos que pudo hicieron posible que escapasen a la contaminación. La intuición nunca le había fallado y en esta ocasión tampoco lo hizo; es más, fue acertada hasta extremos que jamás se hubiese atrevido a imaginar. Tuvo un presentimiento, esta vez no sería lo mismo, esta vez la cordura y el raciocinio fracasarían. No se veían animales, ni perros, ni gatos. No había pájaros, todos habían huido sin saber de qué. Lo presentían. El aire era denso, irrespirable. Odio, el odio omnipresente se palpaba. Se percibía la tensión, la macabra aureola de la catástrofe. El pistoletazo de salida fue un ataque con armas biológicas sobre Israel, después se sucedieron uno tras otro, y los escudos antibacteriológicos comenzaron a fallar. Ántrax, viruela y, al final la lepra, recorrieron las ciudades como un reguero de pólvora. Lepra lepra-matosa, la variante más activa, que originó menos muertes que las anteriores, pero sus efectos causaron pavor en una población ya asustada de por sí. La gente infectada, en pocas semanas, aparecía cubierta de manchas de carne muerta, putrefacta, hinchados, deformes; se les caían las uñas, los huesos de la nariz y, en el mejor de los casos, quedaban ciegos, evitando así contemplar el horror que causaba su presencia. La gente los repelía con largos palos tratando de no tocarlos, los expulsaban a pedradas, y en algunos lugares acabaron matándolos y quemándolos con cal viva. Luego sobrevino la demencia total, se dispararon las armas nucleares y llegó el silencio, el mutismo más absoluto. Cuando sucedió esto Éladior ya tenía las manos encallecidas de cavar lo más profundo que podía y de acarrear provisiones. Nunca hubiese pensado que podría sobrevivir junto a Ishos, su hijo de tres

años, tanto tiempo. Casi treinta años. La mayor parte, bajo tierra. Les bastaba con el olfato y el oído; percibían cualquier olor dentro de la cueva. Comida que empezaba a deteriorarse, la muerte de un topo o de una rata, o ese olor a azufre que a veces parecía filtrarse por los poros de la tierra. Sus oídos funcionaban como un radar, capaces de detectar cualquier movimiento dentro de su guarida. Imprescindibles para la caza y captura de insectos.

Pasaron horas, jornadas enteras tratando de adivinar un movimiento, un ruido en el exterior por mínimo que fuese. A lo largo de los años se sucedieron las ocasiones en las que creyeron escuchar algo afuera, un silbido, pasos, un croar. Acudían rápidos hasta la parte superior de la caverna sin llegar a salir y una vez allí se disipaban todas sus esperanzas. La quietud más absoluta, la calma total. No quedaba nada, nadie, incluso en esa parte de la cueva el aire parecía viciado, impuro. Al principio resultó incluso conveniente, nadie les arrebataría su escondite. Había comida suficiente para casi dos años, siempre que no hubiese que compartirla. No hubo con quien compartir, ni con quien hablar, ni a quien mirar, sólo ellos, ellos dos. Los primeros años transcurrieron deprisa, el niño absorbía todo el tiempo y la energía de Éladior. Le enseñó a beber despacio para que su sed desapareciese sin apenas gastar agua, a gatear, a andar tanteando todo a su paso, a curarse las pequeñas heridas con cataplasmas hechos a base de raíces machacadas, a salivar la comida para engañar el hambre, a respetar las reglas de la supervivencia. Las provisiones duraron casi cuatro años, aunque casi todas fueron para el pequeño. A los pocos meses escuchó un ruido sospechoso y, ¡zas!, cazó su primera rata. Descubrió que no era el único que había encontrado la forma de sobrevivir. La peló, la limpió y en un rincón del subterráneo escondite la asó tanto que apenas si se podía masticar. Titubeando se introdujo un bocado, dejó pasar unas horas y no ocurrió nada, se echó entonces a la boca un trozo bastante mayor, pasaron las horas y ni el menor signo de intoxicación, así supo que se podía cazar, y así Ishos pasó a ser el dueño absoluto de las provisiones almacenadas. Durante años no tuvo Eladior Monterrosso otras obligaciones que cavar y agrandar su caverna, cuidar a Ishos y cazar. Esto último no era difícil, tan sólo había que poner algunas trampas junto a las provisiones y las ratas, los topos y algunos insectos caían inocentemente. Las primeras veces sólo

aprovechó la carne, después guardó la sangre, secó la piel, e hizo cuerdas con las tripas. El agua no duró tanto como la comida, había llegado a estar cuarenta y ocho horas sin beber nada, cediendo su parte a Ishos. Ahora, bebía la sangre de los animales, no necesitaba más ese día. A pesar de las restricciones y de los sacrificios del mayor de los Monterrosso llegó el día en que comenzaron a escasear caza y provisiones. Éladior sólo se permitía una comida diaria y, a pesar de todo, los alimentos comenzaron a flaquear, pero el deambular diario iba descubriendo las cosas más insospechadas, de esta forma estando tras un topo creyó oír un ruido y se escapó la comida. Se acercó para comprobar qué lo había producido y lo único que pudo comprobar fue la ausencia de Ishos. Corrió precipitadamente hasta la salida pero llegó tarde, el niño estaba en el exterior. Desolado salió, pensando en una muerte rápida, deseando fallecer de manera certera. Encontró al niño sentado en la arena. Se podía respirar, llevaba casi siete años encerrado y ahora en el exterior se podía respirar. Abrazó al pequeño y lloró de alegría. A partir de ese momento germinó en Éladior la idea de encontrar vida en algún lugar, vida humana, animal, vegetal. Agua, no más filtraciones llenas de arena, no más sangre, no más raíces. La idea fue madurando hasta llegar a concretarse en una excursión cada cierto tiempo. Dejaban la entrada de su guarida totalmente oculta, procurando no alejarse demasiado. Ishos, a sus diez años, nunca había visto tanto espacio abierto, todo era fascinante, maravilloso. Le encantaba la inmensidad del cielo, la luminosidad de los días, las ondulaciones del desolado paisaje. A Éladior Monterrosso se le escapaban de vez en cuando las lágrimas, todo era árido, desértico. El suelo de color ceniza olía a muerte, a esterilidad. El primer signo de vida fue la mordedura de una serpiente. El niño intentó cogerla y el animal se defendió, nada más sencillo. Éladior palideció. Tumbó al niño sobre la arena e hizo un corte incisivo sobre la piel del pequeño, succionó y escupió, succionó y escupió, succionó y escupió hasta estar casi mareado. Lavó la herida y espero durante tres largos días en los que Ishos desvarió, sudó, tembló, y jugó con la muerte. Casi sin comer, permaneció junto a su hijo, inmóvil, estoico. Buscando de día la fuerza sobrenatural del sol, la fuerza que diese a su hijo la energía suficiente para vivir, suplicando de noche a las estrellas que velasen por el pequeño. Recordando nostálgico las viejas historias que con la edad de Ishos le contaron y que aún no había narrado a su pequeño.

"Un día Dios se enfadó con los hombres y decidió castigarlos, privarlos de la mitad de lo que les había otorgado, así, apagó el sol durante la mitad del día. Durante ese tiempo todo será oscuridad y negrura, anunció el todopoderoso. Luego sintió pena por ellos e iluminó la noche con la luna y con millones de estrellas".

Miró a Ishos, estaba temblando, casi con convulsiones. Éladior Monterrossso lloró en silencio. A la mañana siguiente la fiebre había desaparecido y el muchacho accedió a comer de forma voluntaria. Éladior Monterrosso miró al cielo y volvió a llorar en silencio. Cargó al muchacho sobre su espalda y recorrió con él a cuestas la distancia que los separaba de su cueva. Fue una forma dolorosa de descubrir que existía vida animal, y por tanto comida en el exterior. Como doloroso sería el descubrimiento de que la especie humana había sobrevivido, pero no adelantemos acontecimientos.

- Padre, ¿qué era eso?-, preguntó Ishos una vez en la cueva.

- Una serpiente-, respondió el padre.

- Son malas.- afirmó el muchacho.

- No, no lo son. Fuiste a cogerla, ella se sintió atacada y se defendió

- Pero yo no quería hacerle daño -, argumentó el niño.

- Todos los animales temen al hombre. El ser humano mata por placer, o por envidia. Sólo necesita una excusa.

Ishos quedó en silencio, tratando de comprender las palabras de su padre. Se durmió.

Las excursiones se sucedían cada dos días. Salían, acechaban a los animales, comprobaban sus costumbres, cuales eran los pasos que solían utilizar, y pronto cambiaron la cacería directa por las trampas. Las ocultaban bajo la arena y volvían a las cuarenta y ocho horas, retiraban las presas y repetían la operación. Así transcurrieron años recorriendo todos los rincones de los alrededores, pero la soledad no es buena, y ellos dos eran poco menos que soledad, pensaba Éladior. Ishos pronto cumpliría los catorce, un niño en una situación normal, y un hombre endurecido en estas circunstancias. Conocía a la perfección desde hacía años cómo curar cualquier herida, cómo recoger las filtraciones de agua que llegaban del exterior. Cazaba con destreza, sabía limpiar la caza, incluso cómo conservar el mayor tiempo posible los alimentos. Esas fueron sus primeras lecciones, el miedo a cualquier accidente o enfermedad de Éladior hicieron que el niño aprendiese a valerse por sí mismo desde pequeño. Los días se habían traducido en duras jornadas de trabajo, casi siempre por necesidad, otras por luchar contra la desidia. El niño llegaba agotado al anochecer, o al menos a lo que ellos habían creído anochecer dentro de la cueva. Comía con avi-

NARRATIVA

TREA

Ageón
Luis Fernández Roces

Debacle
Camilo Gonsar

El santo bebedor
Géza von Cziffra

Hacia Times Square
Camilo Gonsar

El rey Lear
William Shakespeare

Escenas de la guerra contra Sertorio
Emiliano Fernández Prado

Hyle. Ser-sueño en España
Raoul Hausmann

La balada del pitbull
Pablo Rivero

La buhardilla
Marlen Haushofer

La parranda
Eduardo Blanco-Amor

Los actores ciegos
Gonzalo Allegue

Los arrebatados
Ricardo Menéndez Salmón

Los caballos azules
Ricardo Menéndez Salmón

El diario de Henriette Vogel
Karin Reschke

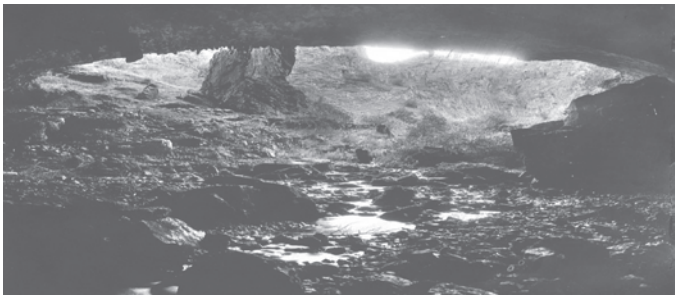
La llave
Ricardo Labra

Costas perfumadas
Agustín Vidaller

Últimos ejemplares
Pablo Rivero

Tú serás Baudelaire
Fernando Poblet

www.trea.es

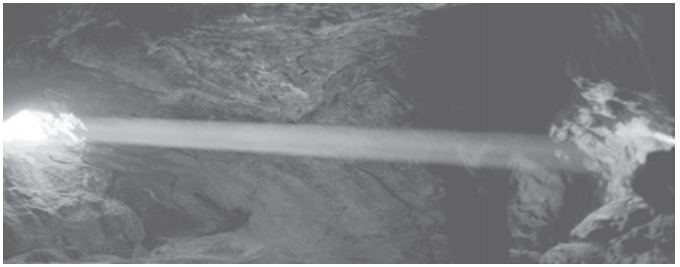


dez, se echaba sobre su lecho y soñaba con las historias que Éladior Monterrosso le contaba:

"No se podían mover de su sitio. Anclados siempre en el mismo lugar crecían de forma gigantesca, tenían cientos de brazos. Cuando se juntaban muchos era impresionante verlos. Formaban inmensos bosques, atraían la lluvia y donde habitaban el aire era fresco y limpio. Convivían en armonía con los ríos, con las montañas y con los animales. Los árboles, Ishos, eran de las cosas buenas e importantes de este planeta"

Otras veces las historias eran sobre los grandes mares, o sobre los animales. Le gustaban en especial los relatos de jirafas, le hacía gracia imaginárselas con su largo cuello. Con el paso del tiempo las historias fueron cada vez menos frecuentes. Éladior Monterrosso pasaba ya la cincuentena y se sentía agotado. Su carácter se volvía paulatinamente sombrío, taciturno. Cada vez hablaba menos y se obsesionaba con encontrar un lugar mejor para Ishos. Presentía la muerte; la notaba acercarse. Necesitaba encontrar un sitio no contaminado. Una zona con plantas, con agua, con vida de alguna clase. Los viajes, en un afán desesperado por descubrir un lugar mejor, eran agotadores, en ocasiones de hasta cincuenta kilómetros. Al volver caían rendidos, permanecían descansando varios días, hasta volver a sentirse con fuerzas. Una mañana Éladior impuso un ritmo muy rápido, tenía los ojos fijos al frente y mirada enfebrecida, pero caminaba sin descanso. Ishos apenas si podía mantener el paso. Caminaron tanto que tuvieron que hacer noche en el exterior. No hubo historias, no hubo charla, sólo la mirada fija en las estrellas. Antes de amanecer caminaban de nuevo, Éladior iba delante, sentía escalofríos. Sabía que su hora se acercaba, lo presentía. Sus premoniciones no solían fallar. Anduvieron durante días. Cuando caía el sol, el mayor de los Monterrosso creyó ver a lo lejos una silueta. Aceleró el paso sin mediar palabra. Pronto anocheció. Se sentaron a descansar, y a comer un poco. Éladior no probó bocado, Ishos intentó protestar pero el padre atajó con una mirada cortante el

conato de protesta. Éladior Monterrosso tiritaba, tenía frío. Su hijo se acercó, lo abrigó con lo poco de que disponía y se acostó junto a él. La vio en sus pesadillas, la silueta que creía haber visto por la tarde apareció en la mente febril del mayor de los viajeros. Era la muerte, lo rondaba, no estaba equivocado. Se acercaba.



A la mañana siguiente creyeron ver un bosque pequeño, una docena de árboles y un pequeño estanque. Ishos se quedó petrificado ante la imagen. El padre comenzó a correr, necesitaba tocar aquello, palparlo, sentir que era real. A media carrera sintió una punzada en un costado y supo que la muerte lo esperaba, que estaría en aquel paraíso aguardándolo. Aún así merecía la pena. Siguió corriendo, trastabillándose, cayendo, levantándose y volviendo a caer, como si estuviese ebrio, y lo estaba, ebrio de alegría, de esperanza, de ilusión. Corría y pensó en Ishos, en su vida, en lo que había pasado, en la época en la que le había tocado vivir. Ahora todo era diferente, aquí había vida, plantas, agua, y quién sabe qué podría haber más allá. El costado volvió a darle un pinchazo que pronto se convirtió en un agudo dolor que parecía incrementarse con cada paso. No se había equivocado. Fue consciente de que la muerte lo esperaba en aquel paraje, aún así no se detuvo hasta llegar. Hasta beber agua pura, hasta abrazarse a un árbol, después sintió una tercera punzada y un extraño helor recorrió todo su cuerpo, una niebla espesa comenzó a acumularse ante sus ojos. Notó como el frío le arrancaba las pocas fuerzas que le quedaban y cayó desplomado al suelo. No supo cuánto tiempo estuvo inconsciente, pero la primera imagen que vio fue ensoñadora, su hijo Ishos junto a unos árboles, junto al agua. No estaba muerto, sólo fue un desvanecimiento, aunque seguía sintiendo frío, pero, bueno, ¿qué podía importar eso ahora? Había burlado a la muerte y tenían un pequeño paraíso para los dos. De nuevo un escalofrío recorrió su espalda, se giró en busca de Ishos y lo encontró frente a él, mirándolo con el cuchillo en la mano, entonces supo que no había error alguno, la muerte le llegaría allí. Miró a Ishos a los ojos y también supo que la guerra no había conseguido extinguir a la especie humana.

Nueve meses

Gonzalo López Cerrolaza

9 de septiembre. No existían nubes de algodón. ¡Qué oscuro estaba el día! Daba la impresión de que aún no había amanecido y, sin embargo, eran ya más de las ocho. Las calles estaban hechas hace rato y las farolas ya dormían su descanso merecido. El cielo no parecía ni de lejos el de la cabecera de *Los Simpson*. Un hombre ahorcado se balanceaba en su habitación con una silla caída a sus pies. Su mujer, callada, se mecía al mismo ritmo en una hamaca. No se deslizaban por su mejilla gotas saladas. Había contemplado el suicidio temblando, sin saber cómo impedir la acción a un marido resuelto a mudarse a vivir a una caja de madera, pero ahora estaba tranquila, como esperando el invierno, las nieblas, los días oscuros. En un rincón, doce rosas rojas.

9 de agosto. No existían sueños de algodón. Las pesadillas acartonadas volaban sin posarse en los árboles ni en los niños. Un gato negro y escuálido dibujaba en la arena de la playa, muerto de hambre, un ratón que jamás cobraría vida y al que nunca le sobrevendría la muerte para ser alimento del felino. María preparaba el desayuno. Alberto estiraba las sábanas de una cama que llevaba tiempo sin deshacerse por nada que no fuera dormir y soñar besos invisibles. ¡Qué felices fueron durante muy poco tiempo! Un matrimonio de meses y una eternidad de frustraciones y silencios incómodos. Un hogar dulce de cara a los amigos; noches sin sal de dos que duermen dándose la espalda; acidez de estómago y nunca de más abajo; mañanas amargas y solitarias.

9 de julio. No existían besos de algodón. No es la inapetencia sexual la que da el olvido, ni la dejadez la que separa dos cuerpos entrelazados. Quizás la rutina. Puco, el perro, hace tiempo que fue enterrado. Llevaba muchos meses sin jugar con su pelota de tenis y había comenzado a mearse en cualquier rincón de la casa. Pasear por la orilla con las zapatillas atadas de los cordones y colgando de los hombros para sentir el agua en la piel descalza ya no era divertido para Alberto, como tampoco lo era picotear de la fuente de patatas fritas recién hechas antes de que llegasen a la mesa. ¡Qué calores! Cada verano más infernal, cada día más hielo en los vasos y en las miradas de dos extraños que comparten techo y suelo.

9 de junio. No existían vacaciones de algodón. Ni existirían al mes siguiente. Vivir en una casita en la playa suele dar lugar a ello. ¿Para qué ir de veraneo a ningún sitio teniendo vistas al mar? ¿Para qué bajar las maletas del armario si no quiero ir contigo a cualquier sitio? María habría elegido Madrid. Lo imaginaba, ingenua, vacío en julio y agosto. Libre de humos y ronquidos de coches despiertos. Museos y tiendas desesiertos y acicalados para ella. Tan guapos. Tan elegantes. Un dependiente le calzaría esos zapatos que él jamás le regaló y que ella nunca se había atrevido a pedir. El metro. Un día entero por el metro. Deseos extraños no conseguidos en los que pensaba mientras recogía piedras húmedas de entre la arena, de entre las algas.

9 de mayo. No existían flores de algodón. ¡Qué despacio pasa el tiempo! Habían pasado sólo dos meses y parecía que quedaba aún una autopista de horas. Alberto llevaba días durmiendo menos, se despertaba a deshora soñándose muerto. Una vez despabilado y lejana la pesadilla, seguía notando un leve balanceo, como el de un gorrión posado en el hilo telefónico de cualquier ciudad. La sopa de cocido le quemó la lengua, más de media vida quemándose la lengua con la misma sopa de cocido, el mismo sabor, la misma espesura, siempre igual de caliente. Siesta. Cada día unos minutos más de siesta, cada día unos minutos más cerca del minuto, cada día menos días, cada día más y más largo y gris.

9 de abril. No existían lluvias de algodón. De agua sí. Un balde bajo la gotera de la cocina, la misma desde que se compraron la casa, la misma, pero con los armarios más chirriantes y las paredes amarillentas. María cierra los ojos dejando a un lado la vigilancia del arroz, que ya es mayorcito para saber cocerse solo. ¡Qué tiempos! Piensa en el día que entró por primera vez en esa habitación, ya amueblada, y en cómo brillaban los ojos de Alberto al enseñársela. La había hecho para ella, para ellos. Se abrazaron, los ojos cerrados, y bailaron al son de la felicidad que los unía, sin música, sin tatareos, sin una orquesta o unos mariachis que les marcasen el compás a seguir, porque sus corazones ya tenían su propio ritmo. Abre los ojos, el arroz ya está en su punto.

9 de marzo. No existían relojes de algodón. Alberto no ha ido a trabajar. Toda la mañana encerrado en su dormitorio sopesando los pros y los contras de su decisión, la última, la más importante, quizás el paso de gigante que nunca se atrevió a dar. Su estómago ya no le tiembla desde hace años al pensar en ella. Antes era divertido, antes era el motivo por el que se levantaba. ¿Ir al cine?, una misión. ¿Llevarla a cenar?, una batalla. ¿Dormir a su lado?, una guerra, la única guerra llevadera, la única guerra en que alguien podría sentirse cómodo y disfrutar, la mejor guerra: miedo, dificultad, ataque, premio, sonrisas, victoria compartida, amaneceres brillantes. Estaba decidido: lo haría el día de su aniversario.

9 de febrero. No existían caricias de algodón. El coche se ha vuelto a estropear, ¡estúpido coche! Alberto quería cambiarlo, y lo hubiese hecho de no ser por la idea que tenía en mente desde hacía ya algún tiempo. El autobús. Antes la hubiera avisado y habrían ido a la ciudad paseando, correteando entre pellizcos y risas, recogiendo flores silvestres, una para su ojal, las demás en un ramito para María. ¡Cuánto tarda en llegar el transporte público cuando lo necesitas! Con la edad las distancias se alargan y el tiempo en el reloj de arena cae más despacio. Con la edad podían contar con los dedos de una mano los gestos de cariño de todo el mes, era como si las caricias se les hubiesen caducado.

9 de enero. No existían copos de algodón. El clima no es excesivamente frío por estos lugares, la costa baña con su brisa la nieve de las montañas y la derrite como dos adolescentes enamorados se derriten con sus miradas. No la ha felicitado por su cumpleaños. Tampoco ocurre nada, no celebran los cumpleaños desde... ya no recuerda cuánto ha pasado desde el último cumpleaños que celebraron. La Navidad y la Nochevieja, sí. Y su aniversario, siempre. Doce rosas rojas. Año tras año. A Alberto nunca se le ha olvidado un aniversario. Un amago de sonrisa. Doce rosas rojas no tapan doce años tristes, ni una vida sin hijos. Podría haber sido madre, pero él jamás quiso. "No quiero hijos". Y ella aceptó. Maldito 9 de septiembre en que se casaron.

¿Podría quedarse hasta mañana?

Carmen Menéndez

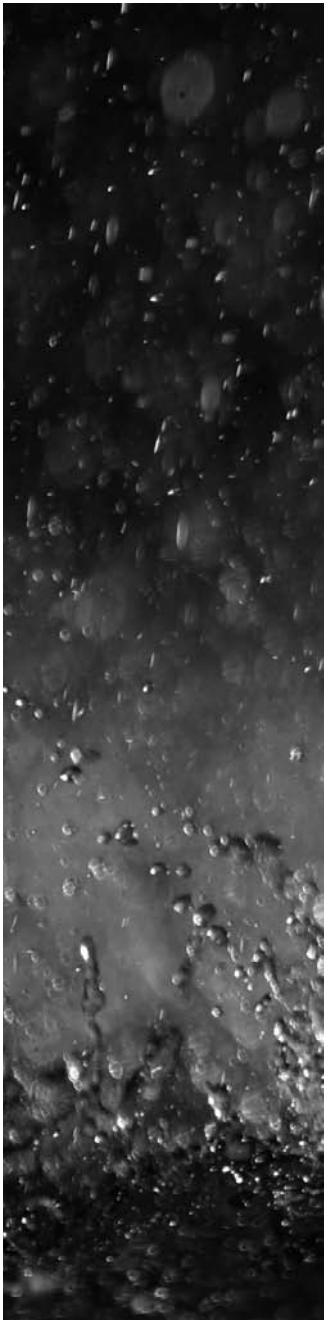
Llovía. El cielo estaba oscuro, de un color indefinible; apenas se podía ver aunque ya había amanecido. Las luces de la casa se encontraban encendidas. No era una casa grande. Tenía un vestíbulo cuadrado con tres puertas y un pequeño banco de teca hecho en la India, o eso ponía en la etiqueta cuando lo compré; dos cuadros de diferente tamaño en la pared: el más pequeño una marina con el sol ocultándose entre las nubes grises y las olas rompiendo con fuerza en la costa rocosa; en el mayor aparecía una imagen de la catedral, vista desde la calle Mon, por la que paseaban una pareja de edad madura, de espaldas, cogidos del brazo y con un paraguas abierto. La lluvia no se apreciaba en el lienzo, sólo una ligera neblina. Siempre había imaginado que esa pareja eran mis padres, por eso lo había adquirido, ya diez años atrás, en una sala de exposiciones.

La puerta derecha del vestíbulo daba a la cocina, pequeña y muy blanca: muebles, azulejos, suelo y electrodomésticos. La ventana se abría a un patio de luces y, como era un piso alto orientado al oeste, en las tardes de sol se iluminaba entera. Allí pasaba agradables momentos tomando café, mientras repasaba lo que había hecho ese día y las cosas que aún me quedaban por hacer. De las otras dos puertas, una daba al salón, que tenía las paredes pintadas de color piedra. En la zona más próxima a la entrada se veía un viejo sofá de piel marrón; enfrente, una estantería lacada en blanco y repleta de libros, una mesa para la televisión y cuatro láminas de dibujos hechos con tinta china, regalo de los alumnos de la Escuela de Bellas Artes. Una colección de teteras antiguas, de diferentes estilos, reposaban encima de una mesa alargada, cubierta con una tela de terciopelo beige. Las luces provenían de dos lámparas, una de pie, situada a la izquierda del sofá, y otra a la derecha, encima de una mesilla de rincón. Junto a la ventana, dos pequeños sofás tapizados en tela de color teja se disponían en forma de ele. En el centro, una mesa cuadrangular albergaba una colección de pequeñas cajas que había traído de diferentes países; cada una de ellas tenía una pequeña historia que contar. Una lámpara antigua de lágrimas de cristal y algunas plantas completaban el rincón de lectura. Por la tercera puerta se accedía a un pequeño pasillo: de frente, el dormitorio; a la derecha, el baño y una pequeña estancia, amueblada con un sofá cama y una mesa con ordenador.

Terminé de vestirme. Me puse la gabardina, cogí el paraguas verde del paragüero de loza que había a la entrada y abrí la puerta. Volví para apagar las luces y salí. No cerré con llave; experimentaba un pequeño sentimiento de rebeldía infantil al no hacerlo. Ésta era una de las encarecidas recomendaciones que mi padre me había repetido a lo largo de mi educación; al igual que "apaga las luces, cierra el gas, no subas en el ascensor con extraños...", todas ellas orientadas a preservar, tanto mi integridad física como la correcta administración de mi economía.

Salí a la calle; en ese momento había dejado de llover. Me dirigí a la parada de taxis más cercana y tomé uno.

— A la Residencia, por favor.



El taxista, un hombre delgado y moreno con un jersey de color granate tejido a mano, puso el coche en marcha sin decir palabra. No había mucho tráfico; había pasado la hora punta. Eran las diez y media de la mañana. En quince minutos llegamos a la puerta del centro hospitalario. Con la mano derecha señaló el taxímetro, marcaba cuatro euros con sesenta y cinco céntimos. Le di un billete de cinco euros y me despedí. Entonces articuló, con desgana, la primera y única palabra del trayecto:

— Gracias —dijo con voz cansina.

Subí los seis escalones que había entre la acera y la puerta del hospital y entré en el amplio vestíbulo. Caminé deprisa hacia el ascensor y pulsé el botón de subida. De pronto me sentía impaciente; sabía que no iban a decirme nada nuevo, pero... la situación se estaba haciendo insostenible. Salí corriendo del ascensor y me dirigí a la habitación 412. Abrí la puerta con cuidado. En la cama, junto al ventanal. Allí estaba. Tenía los ojos cerrados y la boca entreabierta. El brazo derecho, doblado, descansaba sobre su tórax. El izquierdo, estirado a lo largo del cuerpo, reposaba sobre la cama. No tenía el oxígeno puesto; respiraba con cierta dificultad pero sin ahogarse. La sonda gástrica estaba en su sitio, pero sin actividad. Sólo se utilizaba a las horas de la comida, era su "menú especial". De la otra sonda salía un líquido amarillo oscuro que se almacenaba en una bolsa de plástico transparente que pendía de un lateral de la cama. Me acerqué. Le miré unos momentos antes de darle un beso en la frente. Era el único lugar de su cuerpo en el que el contacto no era interceptado por gomas, agujas, plásticos o algún aparato. Abrió los ojos y quise entender que me decía algo. Intenté contestarle asintiendo con un movimiento de cabeza y una sonrisa, pero no era la respuesta adecuada. Se puso más inquieto, moviendo los ojos de un lado a otro y de arriba abajo.

— ¿Te duele algo? ¿Llamo a la enfermera? —le dije.

Negó varias veces con la cabeza. Le cogí la mano y la apreté. No sé lo que deseaba transmitirle; seguramente que no le dejaría, que estaba con él, a su lado. Debió entenderme, porque volvió a cerrar los ojos y los músculos de su cara se relajaron.

Estaba muy delgado. Los ojos hundidos parecían más pequeños. La nariz, prominente, era lo único que permanecía incólume, como el mástil de un barco a la deriva. La piel, de un blanco grisáceo, se mantenía muy lisa a pesar de la edad.

Sentí deseos de salir corriendo, de huir. ¿Qué podía hacer? O mejor, ¿qué debía sentir? No quería continuar viendo esa imagen deteriorada, de indefensión, de sufrimiento, porque estaba claro que no había retorno. El camino sólo tenía una dirección. Podía haber paradas, e incluso pequeños pasos hacia atrás: para buscar un banco al sol, para sentarse, para abrir los ojos y decir algo. Cosas cada vez más difíciles de entender para mí, que hasta hace poco, presumía de entenderlo sólo con un vistazo. Pero no conocía ese camino y eso me angustiaba. No debía de ser un camino agradable por lo que de él me transmitía.

Sólo cuando le daban los sedantes su cara se relajaba y parecía dormir tranquilamente. No pasaba más de una hora, y los signos de descontento volvían a hacerse visibles de mil formas: crispaba las manos, tanto como le permitían la aguja y los vendajes que tenía puestos; tensaba los músculos del rostro y se incorporaba para hablar con una fuerza desconocida e imprevista, gritando, con un rugido desesperado. Yo llamaba a la enfermera entonces, que para no hacer más larga la espera, le giraba en la cama con mi colaboración, cambiándole de postura. No se quedaba tranquilo pero se callaba. Parecía inundarle un sentimiento de resignación.

Volví a cogerle la mano. No dejaba de mirarme, pero su mirada no decía nada. Era una mirada infinita, una mirada distante, ahíta. Cogí una silla y la acerqué a su cama. Me senté. Le había soltado la mano. Él me esperaba con ella abierta, tendida; ella sí hablaba. No sé el tiempo que pasó. Le oí suspirar y quejarse suavemente, pero me envolvió una especie de nebulosa. Vi un paraje con mucha luz, con agua, con árboles y con hierba muy verde. Se oía el rumor del río y voces lejanas cantando y riendo.

– ¿Puede salir un momento?

Alcé la cabeza. Delante de mí, al otro lado de la cama, la enfermera y el médico me miraban con impaciencia. Me levanté de la silla apresuradamente y olvidé que tenia su mano entre las mías, que cayó como un muñeco de trapo y quedó colgando. Salí al pasillo. Caminé. A unos metros había una ventana, llegué hasta ella. Saqué el móvil y marqué el número de la facultad. Tenía clase a la una, llegaría un poco tarde. Colgué y fui hacia la habitación. En ese momento salían el médico y la enfermera. Me dirigí hacia ellos. El médico me esperó:

– Esto va bien, creo que puede irse a casa hoy mismo si usted quiere. Ahora le hago el informe con lo que tiene que hacer.

— Pero... ¿la sonda? ¿Y si necesita el oxígeno?

— No se preocupe; la neumonía ya está curada, y como medida de precaución, seguiremos alimentándolo por sonda. Es muy sencillo, incluso usted puede hacerlo. Por otra parte, va a favorecer la mejoría del estómago, ulcerado por la medicación. Pero ya se lo especificaré todo en el informe.

— ¿Podría quedarse hasta mañana? Es que tengo que preparar algunas cosas para su vuelta... Necesitará muchos cuidados.

— Sí, como usted quiera —respondió mientras le veía alejarse.

Entré en la habitación. Se quejaba. Llamé a la enfermera.

— ¿Qué desea?

La voz sonó en el interfono.

— Se queja; parece que tiene dolor.

— Ahora le pondremos un analgésico.

Y el interfono quedó mudo.

No tardó mucho en llegar. Destapó la mano derecha, dejando una aguja clavada en la vena a la vista, le inyectó con una jeringuilla pequeña y se fue.

Ideas, sentimientos, certezas, dudas, deseos, miedos... Todo se agolpaba en mi cerebro formando un enredado difícil de deshacer y produciéndome un terrible desasosiego. Miré el reloj, le di un beso y salí de la estancia. Había dejado de quejarse, no sé si por aburrimiento o porque realmente el analgésico, el sedante o lo que fuera le había servido para algo. Aunque tampoco sé si se quejaba de dolor, ansiedad, hastío o desesperación. De cualquier forma, daba lo mismo, los posibles remedios no variaban.

Cuando salí a la calle estaba lloviendo. Di la vuelta. Se me había olvidado decirle a la enfermera que me iba, que volvería pronto. Era una forma de pedirle, sin pedírselo, que lo vigilara, que lo dejaba en sus manos. También quería preguntarle si conocía a alguna persona de confianza que pudiera cuidarlo en casa. No sé si eso era lo más importante, lo que más me preocupaba en ese momento, pero era necesario, práctico. Un sentimiento desconocido me envolvía.

No era sólo impotencia, era algo más. Me enfrentaba a un enemigo inmenso, informe. Sentía indefensión y soledad.

Salí de nuevo. Volvía a llover. Pasé delante de la parada de taxis. Esta vez no tomé ninguno. Necesitaba caminar. Coches, personas que iban y venían en distintas direcciones, paraguas abiertos. Todo a mí alrededor me era ajeno, o tal vez, yo extrañaba el mundo de siempre. Esta situación complicaba seriamente mi vida. No sabía cómo tenía que prepararme, ni que hacer ante los hechos que, de forma inminente e inevitable, iban a ocurrir. Llegué a la Facultad. Había dejado de llover. El sol se asomaba tímidamente entre las nubes. Entré en clase.

Ganador del 2º Premio 2005 de Narración Breve del Ilustre Colegio Oficial de Doctores y Licenciados en Filosofía y Letras y en Ciencias de Asturias.

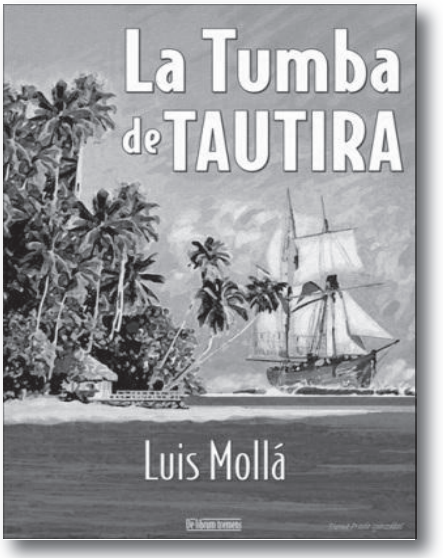
Últimos años del siglo XVIII.

Isla de Tahití.

Una tumba misteriosa y, aparentemente, española.
Víctor Lefler, un marino francés condenado por la Revolución a navegar los lejanos mares de ultramar, descubre en Tautira, una misteriosa tumba que encierra el secreto del buque español más buscado por el almirantazgo inglés.
No en vano es un buque que lleva sobre su tablazón, el honor de haber hundido un gran número de barcos británicos.

De librum tremens

Siempre buenos libros



www.delibrumtremens.com

Dualidad

Jesús Remis

Poderosa y preciosa
conjunta imposible,
a merced
de tradiciones indolentes
que te proporcionan
condiciones inservibles.

Dualidad externa
de trinidades anteriores,
compórtate como deberías
ante el esplendor
de la furia elemental.

Demuestra tu verdad
formulando seres vivos,
viaja por la fruta inmadura
y por las llanuras cuneiformes,
devuelve al globo inerme
las facilidades de pago,
tu indecisión polémica
y los largos tragos.

Eres descendiente
apócrifa del Tao,
tienes plena capacidad
para redimir el instinto asesino
de los efímeros lagos
de recuerdos borrados,
de las actitudes invidentes.

Pero no puedes transgredir
líneas marginales,
posesiones vacías
de crudeza
ni crecimiento común múltiplo.

Argéntea rama infernal
del glaciar helado imposible
que procreas en tu diversidad
limitada con aquello
que te es antagónico,
escucha los apocalípticos
lamentos del sustento
de tu invención,
de los paisanajes segados
a guadaña mellada
y de los mentores sesgados
que definieron el espíritu.

Dile a tu resto que te recuerde,
que confíe en ti misma,
que responda por tu boca
y hable por tu razón
en lugar de corresponder
las voces de su propia consciencia.

Y a pesar de que ni siquiera
tu mención honorífica,
es capaz
de administrar tu veracidad,
no puedes despertar
del producto arquitectónico
vacuo que te ata a ti misma.

Pétrea flor esquimal
que viajas a la deriva
por los mares
de tu indiferencia
equívoca e inconsciente,
despeja la incógnita
de quién te precede
y muestra los pétalos agrietados,
tus alas de hierro,
tu lastre arenoso
y la respuesta
a mi última pregunta.

Memoria privada

José Manuel Martínez Sánchez, *8 de marzo, 2005*

Caught by my friends, I fear no mask
Impending from above,
I only fear the latter flask
That holds me from my love.
Walter Savage Landor

I

He amado una voz incontestable. Bella voz que nació
de contemplar su espacio puro de emociones. Su voz.
Su misterio enredado entre palabras ardientes.

Sus emociones fueron las mías y el amor
originó la comprensión de su canto.

Ahora sólo hay melancolía. Y sé que
haberme dirigido, inocente, hacia el ocaso,
fue la perdición del mañana.

Llorar, llorar, tan sólo. Llorar la pérdida
que nunca sostuve. La pérdida siempre pérdida.

Te amé. Te amo. Te amaré. Porque sentir
el vacío de las constelaciones hiere el corazón.

Continúa el desvelo. La querencia inútil
de tu ausencia origen.

II

Un poeta lírico, que vive de aquella musa
una vez mundo y luego herida incurable,
no debe disimular la raíz de su inspiración.

Esta raíz tiene un nombre y un apellido.

Sin ella, sin la musa, no hubiera llorado
aquel día de invierno, cuando escribí
el primer poema.

Luego pasaron los años. Y el poeta
aprendió a esconder sus emociones
para crear una belleza sin nombre,
que todos pudieran conocer.

Luego vino el estilo y la métrica,
y las lecturas de Neruda cerca del mar,
en Benidorm, donde un mundo nuevo
amanecía en las noches oceánicas, mientras
que por la tarde visitaba, con los amigos,
las máquinas de videojuegos.

Así fue mi vida pasando, ocultando
el dolor para intentar la felicidad
con las chicas terribles que conocía
en los bares del paseo marítimo.

Hubo dos estancias en mi vida de esos años,
la razón poética y la razón cotidiana. Entre
el tumulto y las prisas el recuerdo de aquel verso
que arruinaba mi vida de placer sublime.

Llegué una de esas noches al vómito. Al desamor.

Tanto silencio fui enredando con mi mirada
entre el ruido incomprensible y el fervor,
que nada pude sostener, ni siquiera la acostumbrada sonrisa,
el asentimiento ante lo desconocido de esas voces lejanas
y amigas, que preguntaban por mi estado.

No había amargura ni llanto. Ni siquiera ruinas. Había sí,
el destello y su ausencia. El impulso y la obligación de contener
un grito de amor en el desasosiego, en la ebriedad, en la doliente transparencia.

III

Cuando uno se acostumbra a la estética. A un decir trasformado
por lo conveniente del arte, está, no obstante, maldiciendo la realidad.

La sinceridad puede ser más elevada que el artificio reformado
de las cosas bellas aprendidas.

Por esta razón hablaré solamente con sinceridad del pasado, de mi pasado.

Todo empezó en el amor. En el amor inconsciente
por el aire que respiraba. Era el aire de la naturaleza,
allí donde pasé mucho tiempo de mi infancia. Las rosas
convivieron conmigo y aún no sabía de Ausonio,
ni tampoco de Garcilaso. Sin embargo pasé largos instantes
frente a ellas, sin ignorar el suave tacto
de las espinas implacables de su belleza.

Las rosas, de mi primer tiempo eterno, que aprendí a respirar
antes de que cayera la tarde, no sabían de mi naufragio futuro,
ni de mis remordimientos por haber dejado escapar aquel cuerpo bello
que observé en la terraza de un café de Venecia. Cuando aún era adolescente.

Dicen que la vida pasa y no nos damos cuenta. Dicen que vivimos
lejanos de nosotros. Con el mundo, que es de nadie y a todos pertenece.

IV (Continuidad)

Quisiera revivir los años pasados. Todo lo que anduve.
Pero tu voz, el reencuentro, la realidad... Cuántas cosas han cambiado.

Una noche de tormenta puede significar la memoria. Ahora,
donde sueño la ausencia y nada significa. Y tú no existes.
Y la tormenta no calma.

Me mueve la necesidad solitaria de compartir lo alcanzado
para que no decline inexorable lo perdido.

Así nace el poema. Así sobrevive la palabra.
del naufragio

No llores, poeta, el final, el final llega sin más
y responde a tu súplica con otro llanto sin final.

Y tus lágrimas amanecen en la puerta de nadie que nunca se abre.

Desde la sencillez, tocando altura

Xesús Rabade Paredes

(Sobre la recepción de Rosalía de Castro en la literatura española)

Rosalía de Castro (Santiago, 1837-Padrón, 1885) es, sin ninguna duda, la voz que fundamenta la literatura gallega moderna y cita indispensable para la renovación de nuestro discurso poético, et non solum. Y sin embargo, la crítica española (madrileña) de su tiempo, poco respetuosa con la periferia y estrecha en sus criterios, no supo ver entonces, ni siquiera en el libro en castellano En las orillas del Sar, lo que sí percibieron o intuyeron muchos de sus poetas, precisamente los más originales y estimados. En efecto, habrá que asomarse a las puertas del XX, con Azorín o Juan Ramón –dos periféricos centrados--, para poner las cosas en su sitio. Por razones de espacio, examinaré el juicio de unos pocos autores[1].

Juan Ramón Jiménez se confiesa devoto rosaliano ya en su adolescencia, filia que extiende a Curros y a Bécquer. Traduce joven dos poemas de Follas novas (1880), hace suya a la autora en textos de mocedad y no deja de citarla a lo largo de su vida en prosas, cartas, cursos o diálogos. Según Aurora de Albornoz, la consideraba uno de sus maestros. Entre lluvia, niebla, sombras, pobreza y soledad, el moguereño presenta a Rosalía como lírica trágica y desgarrada ante la mansedumbre y la sensualidad resignada del país. Nota el influjo de la autora en Unamuno, ve una relación "grandísima" entre ella y Machado, se la presenta a Rubén Darío y sanciona su condición de precursora del modernismo. Sin agotar los juicios del poeta, la estima como "una de las voces más intensas y más finas de España, una de las más penetrantes, (...) ponderada (...) por la mejor crítica contemporánea y por los mejores poetas de hoy mismo".

De las varias páginas que Unamuno le dedica, acierta plenamente cuando, refiriéndose a Cantares gallegos, nos habla del humor como resorte de la rebeldía. Junto con Orillas, es aquel libro el que más veces cita, coincidiendo con Valera en apreciar en él ese encanto de lo popular y próximo. Por cierto, en un discurso en las Cortes de la II República (1931), utiliza a nuestra autora y a Curros, citados en gallego, contra Galicia y aun contra ellos mismos. Unamuno escribe, y se nota, desde su parcialidad ideológica y su visión de lo español, visión centrada, no por casualidad, en la lengua castellana, la misma en que se expresa. Falta en él la finura de Azorín o de Dámaso Alonso y la justa valoración de Follas novas, obra nada retórica y quizá de más

1 *Para una visión más amplia de este tema, véanse: Vintesete escritores de fóra falan de Rosalía de Castro. De Menéndez Pelayo (1876) a María Zambrano (1985), Ed. de Xesús Alonso Montero, Fundación Rosalía de Castro, 1997, y Rosalía de Castro. Documentación biográfica y bibliografía crítica (1837-1890), 3 vol., de Aurora López y Andrés Pociña, Fundación Barrié de la Maza, Coruña, 1991-1993.*

alcance universal que Orillas. En esto coinciden críticos y poetas. Ya Emilio Castelar advierte que no conoce quien sienta más y exprese mejor. Enrique Díez-Canedo lo suscribe: "Cuando todos declamaban, ella se atrevió sencillamente a hablar". Y Carmen Conde, que escribió muchos versos de la mano de la autora, destaca la actualidad del pensamiento feminista que en Follas se revela.

Esa gran relación Rosalía-Machado que Juan Ramón afirma, es evidente en "Unha vez tiven un cravo", de Follas, y "Yo voy soñando caminos", de Soledades (1903). Claro que el clavo rosaliano es más poliédrico y más desgarrador que la "aguda espina dorada" del cantor sevillano. Más tarde anota, en carta a Guiomar: "...como en Rosalía de Castro, a pesar de tu experiencia integral de mujer, la niña capaz de ver el mundo con ojos nuevos, no ha muerto".

Azorín es autor, como mínimo, de doce artículos fundamentales sobre Rosalía (entre 1912 y 1946) y de un juicio final (1967) que los corona: "Y en la región más alta de la sensibilidad humana –la poesía lírica-- ¿qué poeta español ha excedido en delicadeza, finura y emoción a Rosalía de Castro?". Él es el primer crítico de apreciables armas que rompe decidido el injusto silencio que sepultó a la autora durante varias décadas. Indignado por ello, no ahorra apreciaciones dedicadas a Orillas (libro excepcional, soberbio, magnífico...) y a su autora ("uno de los más grandes poetas" españoles), y acaba preguntándose si no habría nadie en 1884 que supiera leer esta obra. En efecto, el inteligente lector que es Azorín nos presenta ya a una Rosalía en la vanguardia, rompiendo las costuras del idioma, condición que también valorarán la generación del 27 y las promociones posteriores. "Precursora de la revolución poética realizada en la métrica y en la ideología", nuestra autora aparece situada (ante España, ante el mundo) por el de Monóvar en contraste con la poesía enfática, declamatoria, artificiosa, frívola y lisonjera con que se recreaba al parecer la sociedad literaria madrileña, que excluye a Rosalía de la atención de sus "críticos, académicos, eruditos, catedráticos de literatura, formadores de antologías".

En 1919, el joven Lorca lleva a cabo su "Salutación elegíaca a Rosalía de Castro", de muy marcados ritmos rubenianos. Y en 1932 anuncia haber iniciado un estudio sobre la poeta e insiste en un proyectado homenaje a la misma (con Azorín, Ortega, Unamuno, Díez-Canedo...) , "siempre que no vengan diputados y políticos de relumbrón", señala medio en broma, acto que nunca llegaría a celebrarse. Rosalía y su lengua son íntimas del poeta, quien, en 1935, da a la estampa Seis poemas galegos, en el que incluye el titulado "Canzón de cuna pra Rosalía de Castro, morta".

Juan Chabás confirmará la influencia de Rosalía sobre algunos poetas españoles y sostiene la superior calidad de su obra gallega por la honda emoción universal. Alberti, por su parte, tras unirla con Bécquer, habla de su rescate por la gran simpatía hacia lo popular y por su extraordinaria percepción: "Después de Rosalía, dolorida de amor y triste, surgieron algunos nombres de mi generación" (1987). Ofrece interés el estudio de Oliver Belmás (1963) sobre los motivos poéticos de Cantares y Orillas: los pinos, los robles, las fuentes, los pájaros, las flores, la lluvia, las campanas, los templos, los emigrantes y los tristes, lo social, lo íntimo, la métrica y la autora como parte de la lírica contemporánea. Para Gerardo Diego, Rosalía es de lo más auténtico del período realista (romanticismo esencial) y de los más altos poetas del siglo en castellano.

Con su unamuniano entendimiento de España, y siguiendo la estela de Valera, el poeta Cernuda examina la obra rosaliana con un cierto recelo de partida: la resistencia a contemplar las lenguas españolas distintas del castellano como soportes de los respectivos sistemas literarios. Destaca sobre todo su producción gallega, y concluye que "Rosalía de Castro nos aparece aislada: un caso aparte. Pero hay que contar con ella". No lo entiende así José María de Cossío, para quien Rosalía comparte el centro del lirismo de la época y "la moderna reacción de la crítica en su favor está absolutamente justificada" (1958). En un luminoso ensayo de 1937, Ernestina de Champourcín destaca Cantares gallegos y Follas novas como libros de auténtico poeta e inconfundiblemente de mujer, lo que nos la aproxima y nos la hace penetrable, puesto que absorbe la vida y se nutre de la tierra y de lo próximo. Pedro Salinas (1943) la contempla, junto a Bécquer, como anticipo de la lírica moderna, como "un hilo transmisor de la corriente de sensibilidad romántica de siglo a siglo". Y Dámaso Alonso, en una conferencia de 1958 ("Rosalía en la literatura española"), tras censurar a la crítica precedente por miope, identifica la angustia como núcleo de la autora de Follas, fundamental motivo que la aparta de Bécquer: "Es como si Galicia se concentrara en ella en jugo o nudo de personalidad", y de ahí que "Rosalía viene a resultar el poeta más personal de todo el siglo XIX español, quizá el centro más obsesionante, más abrasado de personalidad de toda la lírica moderna".

María Zambrano, tan próxima a Rosalía de Castro en altura y en hondura, habla de un ser temblante en su exilio planetario, de la pureza de su palabra naciente y de su carácter de revelación. Partiendo del poema "Lúa descolorida...", escribe: "En la tradición lírica española, la referencia a los astros resulta muy escasa. Rosalía de Castro es una excepción (...). Partiendo no de las esferas, no de una cultura, no de un saber, sino de la modesta margarita, llega a las estrellas, llega al astro por el camino del sentimiento. En Rosalía, las estrellas, los astros, la Luna, son sentir. De ahí que la Luna está tan cerca como la margarita".

En fin, son numerosos los reconocimientos poéticos, incontables los poemas de ayer y hoy que el mundo le tributa a la cantora por su voz actual y estremecida. Sirva como ejemplo el último libro del amigo Ángel García López (Universo sonámbulo, 2006), quien dialoga con ella en el mar de Corrubedo: "Este mar vio tu cuerpo y selló su evidencia, / distinto torreón, sitio nuevo del cielo".

I Certamen Literario Luis Adaro de Relato Corto organizado por AEN

www.asociacionescritoresnoveles.es

Participantes

Podrán participar los autores que lo deseen, españoles o extranjeros, siempre que los trabajos se presenten escritos en lengua castellana. Cada autor podrá presentar solamente un trabajo, original y tres copias, con una extensión mínima de 3 páginas y máxima de 8 páginas, por una sola cara, en formato DIN A-4, a doble espacio, tipo de letra Times New Roman de 12 puntos.

Dotación

Se establecen los siguientes premios:

• Adultos: Un premio de 500 euros más una cuota de socio gratuita.

• Jóvenes (12 – 18 años): Un premio de 150 euros más una cuota de socio gratuita.

Sobre las cantidades señaladas se practicarán las retenciones legales pertinentes.

Los ganadores se comprometen a acudir personalmente a recoger el premio en el transcurso del acto cultural organizado al efecto en el I Congreso Literario de la AEN, en Diciembre de 2007 (exceptuando a los residentes fuera de España).

En caso de no asistir, el premio quedará en poder de la asociación.

Condiciones

Los relatos deberán ser originales e inéditos y no haber sido premiados en ningún concurso literario.

El tema será de libre elección y cada concursante podrá enviar un único original.

Los relatos deberán presentarse obligatoriamente bajo seudónimo. Adjuntando plica cerrada en la que en su exterior figure título y seudónimo y dentro nombre, apellidos, dirección, teléfono y fotocopia DNI, del autor.

Los trabajos se enviarán por correo a la siguiente dirección:

• AEN – Asociación de Escritores Noveles. I Concurso de Relato Corto Luis Adaro (especificar, Adultos o Jóvenes)

Calle Zoila, número 28, 5º Izda. 33209 - GIJÓN (Asturias, España)

El plazo de admisión de los trabajos finaliza el 1 de mayo de 2007 (se aceptarán los recibidos con matasellos anterior a esta fecha) y el fallo del jurado se dará a conocer en Julio de 2007.

Constituyen el jurado figuras de reconocido prestigio en el mundo cultural y literario actuando como presidente de mesa un miembro de la AEN.

El fallo del jurado se dará a conocer por los medios de comunicación y en las siguientes páginas web: www.asociacionescritoresnoveles.com y www.letraclara.com y de modo expreso y personal a los autores de las narraciones premiadas.

Todos los originales seleccionados, los dos ganadores y los ocho finalistas, serán propiedad de sus autores, reservándose la asociación el derecho a una primera edición con la colaboración de la Editorial Letra Clara.

Se publicarán en un libro cuyo título será, Velamen.

Cuando lo editen se entregarán tres ejemplares de este libro a los premiados de cada categoría.
No se devolverá ningún trabajo presentado a concurso, siendo destruidos los que no hayan sido galardonados.

La participación en el concurso supone la plena aceptación de las presentes bases y para cualquier otra decisión sobre el mismo queda facultada la AEN, cuya decisión será inapelable.

Mayor información: www.asociacionescritoresnoveles.es
Dirección de correo: concurso@asociacionescritoresnoveles.es

WEB
Periódico on-line, blogs, publicaciones electrónicas

desde 8,25 €*/mes
Soluciones de gestión de contenidos en web
fáciles y rápidas.
10% de descuento para suscriptores

www.zonade.es - 902 46 55 55

* IVA no incluido
El mundo en tus manos zon@de

Asociación de escritores noveles

Boletin de inscripción como socio numerario

Nombre: .....
DNI: .....
Dirección: .....
Ciudad / Código Postal: .....
Teléfono: .....
Correo Electrónico: .....
Fecha de Nacimiento: .....

Por la presente solicito la inscripción como socio/a numerario/a de pleno derecho de la Asociación de Escritores Noveles. Para ello, declaro que cumplo los requisitos exigidos en sus Estatutos y mi aceptación de la normativa legal recogida en los mismos.

A la vez y en concepto de cuota, autorizo el cargo en mi cuenta bancaria de la cantidad de 60 euros anuales, pasando al cobro en el mes de enero de cada año, a través de los datos bancarios que indico a continuación. Próximamente recibiré la confirmación de mi solicitud por parte de AEN.

Datos bancarios:

Entidad:.....
Cuenta de cargo (20 dígitos) :.....
Titular .....
En caso de empresa, indicar el CIF: .....
Domicilio fiscal: .....

Atentamente

(fecha y firma)

REMITIR POR CORREO POSTAL A:

ASOCIACIÓN ESCRITORES NOVELES

C/ Zoila, 28. 5 º, Izda. 33209, GIJÓN (Asturias).

Concursos Literarios cuya fecha límite está entre el 10 de Febrero y el 24 de Mayo.

XIII Concurso Nacional de Poesía Joven
(XXXIV edición de los Juegos Florales del Campo de Cartagena)
10 de febrero de 2007
Podrán participar todos los jóvenes que lo deseen con edades comprendidas entre los 12 y los 18 años.
El tema será LIBRE, con una extensión máxima de 100 versos y mínimo de 14.
Más información: mulero2001@hotmail.com.

17º Premio Internacional de Ilustración
1 de enero-15 de febrero de 2007
Podrán optar al premio todas las obras ilustradas e inéditas dirigidas al público infantil menor de 8 años.
Más información: Fundación SM. C/ General Moscardó, 3-2º,
28020 Madrid. Tel.: 34 91535 96 00. Fax: 34 91535 96 01.
fsm@fundacionsantamaria.org - www.fundacionsantamaria.org.

II Premio Internacional de Poesía "Revista Prometeo"
para Libros Publicados en Lengua Castellana
15 de febrero de 2007
Podrán optar por el premio poetas de cualquier nacionalidad que hayan escrito y publicado libros en lengua castellana a partir del año 2000.
Más información: festivalpoesiamedellin@yahoo.es

VII Certamen de Relatos Breves sobre la Mujer: Conta'm Dona
Del 1 al 15 de febrero de 2007
Los originales deberán ser inéditos y estar mecanografiados a doble espacio por una sola cara, con un máximo de 5 folios (A4).
Más información: Regidoria de la Dona. Plaça Vella, 8
46470 Catarroja-Valencia (España). Tel: 96 127 44 16.
E-mail: amunyoz@catarroja.es.

IV Certamen de Cuentos Villa de Cárcar
16 de febrero de 2007
El tema será libre. La extensión máxima será de 8 folios.
Más información: info@villadecarcar.org.

6º Certamen de Cuentos "Villa de Fabero"
17 de febrero de 2007
Los trabajos han de tener una extensión máxima de 10 (DINA-4) folios mecanografiados a doble espacio por una sola cara de no más de 30 líneas y 60 caracteres por línea, no pudiendo presentar más de dos obras por autor.
Más información: teléfono: 987 550211.
E-mail: fabero@arrakis.com o información@ayto-fabero.com.

Segundo Certamen de Autobiografía "Un capítulo de mi vida"
28 de febrero de 2007
Los trabajos deben tener una extensión mínima de 15 y máximo de 50 páginas tamaño carta, mecanografiadas en computadora a doble espacio, letra Arial tamaño 12, por una sola cara.
Más información: www.autobiografia.com.mx
asoc_mex_autobiografia@yahoo.com.mx

Concurso "Voces Nuevas" 2007
28 de febrero de 2007
Los poemas, con libertad de tema y forma, deberán ser inéditos en su totalidad y tener una extensión no superior a 30 versos. Cada concursante podrá participar con un máximo de diez poemas.
Más información: ediciones@torremozas.com

III Concurso de Cuentos "Salvador García Jiménez"
28 de febrero de 2007
Dichos originales, con una extensión máxima de diez folios, y mínima de cinco, deberán estar mecanografiados a dos espacios por una sola cara, grapados por su margen izquierdo, y se presentarán por triplicado, en formato DINA4.
Más información: teléfono 968 740 400
E-mail: ayuntamiento@cehegin.com
Web: www.cehegin.com.

VII Premio "Casa de América" de Poesía Americana
28 de febrero de 2007
Los trabajos presentados a concurso deberán tener un mínimo de 300 versos y su tema será libre.
Podrán concursar autores nacionales de cualquiera de los países de América, con obras escritas en español, rigurosamente inéditas, que no se hayan presentado a otro premio y cuyos derechos no hayan sido cedidos a ningún editor en el mundo.
Más información: Casa de América: www.casamerica.es
Editorial Visor Libros: www.visor-libros.com.

XII Concurso de Relatos Cortos "Juan Martín Sauras"
28 de febrero de 2007
La extensión de los trabajos será de un mínimo de 5 folios, y un máximo de 15 mecanografiados a doble espacio, escritos por una sola cara y grapados en la parte superior de su margen izquierdo.
Más información: biblioteca@andorraragon.com.

Premio Ateneo Jovellanos de Novela Corta
1 de marzo de 2007
Se presentarán por quintuplicado, debidamente encuadernados o grapados. Su extensión ha de ser de un mínimo de 80 páginas y un máximo de 120, a doble espacio, en letra preferentemente Arial 12, con un máximo de 30 líneas por folio. No se admitirán envíos por correo electrónico.
Más información: info@ateneojovellanos.com - secretaria@ateneojovellanos.com
www.ateneojovellanos.com

III Concurso de Poesía "Dulce Chacón"
1 de marzo de 2007
Cada participante deberá presentar una obra por triplicado, con una extensión máxima de cuatro folios mecanografiados a doble espacio por una sola cara. Los participantes de fuera de la península podrán presentar una sola copia. (Se recomienda presentar al menos una copia en soporte CD, para facilitar su impresión, en caso de ser premiado).
CATEGORÍAS
A- Mayores de 18 años.
A1.- Categoría general.
A2.- Categoría local. Dotada con un único premio.
En esta categoría los participantes deberán optar por la A1 o A2. En la categoría local, los participantes deberán estar empadronados, con al menos un año antes de la fecha de convocatoria.
B- Escolares empadronados en Velilla de San Antonio.
B1.- de 11 a 13 años.
B2.- de 14 a 17 años.
Más información: www.ayto-velilla.es

VII Certamen de Cuentos "Doctor Luis Estrada"
1 de marzo de 2007
La extensión de los cuentos no podrá ser inferior a tres folios o DIN A4 ni superior a seis, mecanografiados por una sola cara. Los cuentos deberán ir acompañados del correspondiente disco informático.
Más información: lnostisierra@hotmail.com

II Certamen "Jirones de Azul" 2007 de Relato y Poesía
7 de marzo de 2007
Se presentará un solo trabajo por autor, por triplicado, con una extensión máxima de 5 folios, a doble espacio, por una sola cara y tamaño de letra 12, para la modalidad de narrativa, y de 20 versos en la modalidad de poesía.
Más información: edith.checa@jironesdeazul.com

I Concurso de relato breve Cumbres Borrascosas (España)
15 de marzo de 2007
Los relatos tendrán una extensión máxima de 4.000 caracteres, incluidos los espacios.
Más información: concurso@cumbresborrascosas.net

III Certamen Internacional de Poesía "Sant Jordi" 2007
23 de marzo de 2007
Los trabajos que opten al premio deberán tener una extensión mínima de 80 versos y un máximo de 140.
Más información: http://plomespoetiques.iespana.es
emiliart2002@yahoo.es.

XXIV Premio "Carmen Conde" de Poesía Escrita por Mujeres
15 de abril de 2007
Los originales, con libertad de tema y forma, deberán ser inéditos en su totalidad y tener una extensión no inferior a 600 versos ni superior a 800.
Más información: ediciones@torremozas.com

Primer Certamen de Comics "ComicN'icate" de Alfambra
25 de mayo de 2007
El tema será libre. Y presentado por triplicado. La técnica y el diseño serán libres, a color o en negro. Las viñetas podrán ser de distinto tamaño ajustándose a la escena representada, y no más de 12 viñetas en cada hoja. Cada participante sólo podrá presentar una obra, ésta tendrá una extensión máxima de 3 páginas por una sola cara, en formato DIN A-4, o 2 páginas por una sola cara en formatos DIN-A3, rotulados con título. Los comics deberán ser originales e inéditos y no haber sido premiados en ningún concurso, ni publicados en ningún medio, incluido Internet.
Más información: www.alfambrinos.com
webmaster@alfambrinos.com.

Primer Certamen Literario de Relatos Cortos de Alfambra
24 de mayo de 2007
Podrán participar los autores que lo deseen, españoles o extranjeros, siempre que los trabajos se presenten escritos en lengua castellana y por triplicado, con una extensión mínima de 5 páginas y máxima de 10 páginas, por una sola cara, en formato DIN A-4, a doble espacio, tipo de letra Times New Roman de 12 puntos.
Más información: www.alfambrinos.com
webmaster@alfambrinos.com.

Además de las direcciones indicadas en cada uno de los concursos, podéis encontrar más información en el foro de la AEN
http://foro.asociacionescritoresnoveles.es
en el panel Concursos Literarios.

El rincón del blogger

Me gusta escribir y quiero tener un blog o bitácora, pero ¿Qué es un blog? ¿Para qué sirve? ¿Debería tener uno? ¿Qué beneficios puede tener para mí? ¿Es difícil crear un blog y mantenerlo?

Estas preguntas y otras muchas, las iremos respondiendo desde esta sección en cada número. Si estás interesado *¡Síguenos!*

¿Qué es un blog? ¿Para qué sirve?

Un Blog o Bitácora, es una especie de diario a la antigua usanza pero cuyo soporte está directamente en Internet (a través de un Servidor Web y software específico para esta función), con algunos matices, diferencias y evoluciones muy notables con respecto a un clásico diario personal en papel.

• Un Blog (cuyo término internacional viene de Weblog), es una página Web publicada en Internet, que puede ser mantenida (escrita y actualizada) por una o varias personas. La organización de los contenidos se basa en las fechas de cada contenido (como se haría en un diario tradicional), pero que además se le ha añadido la categorización de los contenidos; es decir, clasificar cada contenido en base a una o varias Etiquetas (Tag en Inglés), que permiten ordenar y localizar de una manera eficiente los contenidos que uno escribe y publica o, los que uno busca en Internet a través de los Buscadores como Google, Yahoo o Live (antiguo MSN de Microsoft).

POESÍA

TREA

El verano de Hyannis Port
José María Camino

Las aguas abandonadas
Xavier Rodríguez Baixeras

Lentus in umbra
Andityas Soares de Moura

Contraterceros
Guillermo del Pozo

El eclipse
Xavier Palau

El temblor
Juan Carlos Gea

Esgrima
Carmen Pallarés

La distancia exacta
Enrique García

Noches de incendio (1985-2002)
Berta Piñán

Poesía
Miguel Mingotes

Viejos minerales
Luis Fernández Roces

Jardines de bolsillo
José Luis García Martín

Ladino
Joan de la Vega

Clinamen
Ricardo Potchar

Saudade. Antología poética (1898-1953)
Teixeira de Pascoaes

El descanso del jinete
Gustave Roud

El círculo y la piedra
José María Castrillón

www.trea.es

• Los Blogs pueden ser gratuitos, de pago o estar instalados en propiedad; es decir, en un dominio del que una persona, empresa o institución sea su legítimo propietario.

• El que edita y maneja un Blog es lo que se denomina Blogger. Dependiendo de la complejidad y profundidad del Blog en cuestión, una misma persona puede tener todos los roles posibles para mantener un Blog con todo lo que conlleva o puede conllevar, o se pueden separar entre diferentes personas, por ejemplo: administrador, editor, blogger, revisor de contenidos, encargado de la Publicidad y Patrocinios, etc. Un Blog puede ser privado, como los diarios tradicionales, o público, que es lo más habitual.

• Su temática es libre, ya que al igual que el papel, puede soportar cualquier cosa.

• Una de las grandes diferencias con respecto a un diario convencional es el; ofrecer una interacción entre los individuos de todo el mundo sobre cualquier tema tratado sea de índole privado, personal, familiar, pedagógico, laboral o empresarial, ya que permite realizar en un artículo los llamados "Comentarios" o Post específicos. El comentario en un Post o artículo concreto será publicado de forma automática, si no existe moderación, o posteriormente (si se ha habilitado la Moderación de comentarios en el Blog para evitar el SPAM, los insultos, temas ilegales, etc. Todo Blog tiene una sección por defecto llamada el Blogroll, son los Blogs de amigos, recomendados, o con los que uno intercambia enlaces. Esto genera que puedan encontrar tu Bitácora a través de otra que no habla de tus temas pero que, por lo que sea, tiene un enlace o link a la tuya.

• Los Blogs son una vía para dejar plasmados tus pensamientos, miedos, vivencias o tu imaginación, pero también pueden ser un instrumento de promoción, muy potente, para un trabajador, un profesional liberal, autónomo o una PYME.

• En el Blog prima la espontaneidad, lo informal, como la manera más natural y más habitual de comunicarse; sin embargo, como todo lo basado en las Nuevas Tecnologías, está en constante evolución, mutación y reinvención...

• Las principales plataformas gratuitas de Blogs son: Blogspot (www.blogger.com) que pertenece a Google y WordPress (www.wordpress.com), que es una plataforma abierta y gratuita líder en el mundo que requiere pocos conocimientos para configurarlo adecuadamente y te permite comenzar a publicar tus escritos en cuestión de minutos.

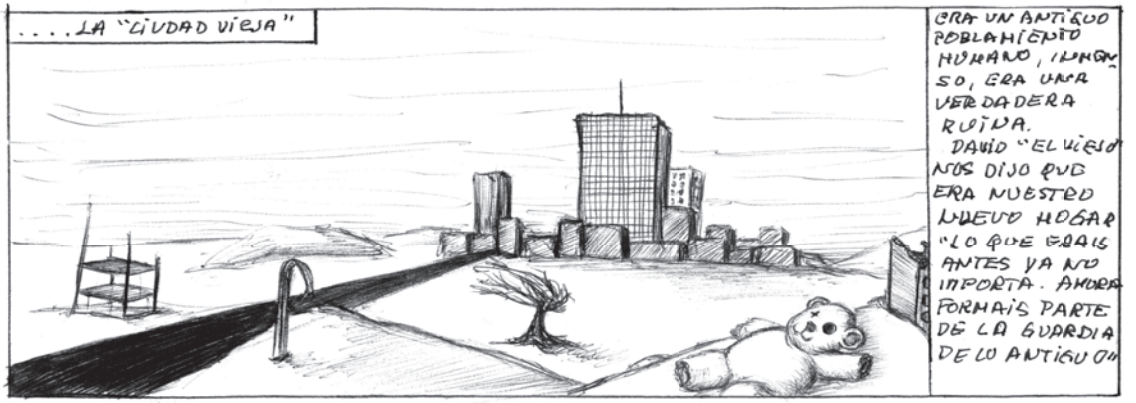
Eduardo Croissier

Especialista en Posicionamiento Web en Buscadores

QUERIDO LECTOR: ME LLAMO EZEQUIEL DE ALDEA SEGURA

AÑO 2999/521 d. APOCALIPSIS

GUION Y DIBUJO DE:
Guillermo LETHIELLEUX MARTÍNEZ



UNA VEZ ALLÍ NOS ALOJARON EN LA TORRE MEDIANA
ALLÍ NOS DABAN 3 COMIDAS DIARIAS
NUESTRO PRIMER PAR DE ZAPATOS
UN COLCHÓN DONDE DORMIR
Y ROPA PARA VESTIRNOS
NOS ASIGNARON A 3 PROFESORES PARA QUE APRENDIÉRAMOS ...
EL CAMINO Y LAS ENSEÑANZAS DE JOHN
"LA HISTORIA DEL ARCALIBRE"
EL MANEJO DE LAS ARMAS
APRENDIMOS EL CÓMO Y EL POR QUÉ DE LA GRAN TRAGEDIA
Y DE COMO LLEGÓ JOHN Y NOS DIJO LO QUE TENÍAMOS QUE HACER PARA QUE NO OCURRIERA
AYUDAR AL PAÍSMU
EXTERMINAR A MUTANTES
CUSTODIAR LO ARCANO

Sección Infantil

Siempre me ha gustado mucho leer y he aprovechado cualquier momento para hacerlo: en los pasos de cebra rezando para que el semáforo cambiara de color, en la cola esperando el turno para entrar al dentista, entre transbordo y transbordo de autobús, en los cinco minutos que tardaba en cargarse el sistema operativo del ordenador -los que tenemos canas aún recordamos un universo en el que no existía Windows--, durante los veinte minutos -dieciocho sin son de tamaño pequeño- que tardan en terminarse los huevos duros, mientras hacía efecto la crema depilatoria y una esperaba sentada en el cuarto de baño, o para aprovechar cuando las tormentas habían cortado la electricidad y una podía utilizar la luz de una linterna que te permitía, a la par, sentirte un explorador, descubriendo línea tras línea al salto del foco de luz .
Pero mi manía de leer en todo momento y lugar imposible me jugó hace algún tiempo una mala pasada.
Durante un viaje en barco, aprovechaba los vaivenes de las olas para leer un libro de poesía moderna, escrita en zigzag para dotar al verso de movimiento propio, cuando, ensimismada en la lectura de la página, me caí por la borda.
No sé nadar y me temo que el libro no era lo suficientemente grande para flotar por los dos juntos.
Pensaba que mi final ya estaba cerca cuando llegó hasta mí lo que me pareció, en un primer momento, un flotador.
Al abrazarme a él, comprobé, asombrada, que no era un flotador, ¡era una letra Q mayúscula, la mayor que nunca había visto!
En apenas unos minutos nos arrastró -a mi libro y a mí- hasta una playa, donde al menos una media docena de cus minúsculas nos auxiliaron.
A mi librito empapado y casi inerte se lo llevaron a lo que después me enteré que era una biblioteca de emergencia para libros y, a mí, hasta una casa de madera donde vivía la letra que me había rescatado, de la que terminé por convertirme en amiga íntima gracias al tiempo que viví en su isla.
Sin pretenderlo, había llegado a un lugar del que nunca me habían hablado ninguno de mis libros leídos con prisa entre cita y cita: había encontrado la Isla de las Palabras Perdidas.
Mis inesperados anfitriones decidieron celebrar, al día siguiente, una fiesta en mi honor, ya que eran escasas las visitas que recibían por parte de los seres humanos, generalmente tan ocupados como yo, que no tenían tiempo para recordar su existencia.
Y yo, para agradecerles su gesto, decidí usar la receta secreta de rosquillas de mi abuela, para agasajarles con ella. Como mis rescatadores habían sido todos cus, se me ocurrió moldear las rosquillas con forma de Q, en honor a ellos. Les encantaron mis rosquillas.
Se las comieron aún calientes, y me pidieron que volviera a cocinarlas, todos los viernes, para acompañar la tertulia literaria que celebraban.
Así lo hice. Y, desde ese momento, en la Isla nadie volvió a llamarme por mi nombre de pila. Era la primera vez que un ser humano cocinaba para las Palabras Perdidas y ellas, como gesto de afecto, decidieron llamarme como su letra más olvidada. Desde ese día empecé a ser conocida como Mami Q. y así empecé a escribir su historia.

Recursos para escritores

Covi Sánchez

Te gusta escribir. Alguna vez habrás escrito cartas o un diario. Si ahora lo volvieras a leer, descubrirías la honestidad con la que fue escrito al pensar que nadie lo leería nunca.

Con esa misma honestidad y entrega deberías escribir siempre para llegar a tus lectores.

Escribir es como cualquier otro oficio, se va mejorando con esfuerzo y trabajo. Vamos depurando nuestro estilo con el tiempo, no dejando de escribir y leer, leer, leer... No importa el género. Es nuestra mayor fuente de conocimiento leer a otros autores, captar sus diferentes estilos, ver el lenguaje que utilizan, cómo trabajan los personajes, el tiempo, la escena o el argumento.

En esta sección no pretendemos ser dogmáticos ni pedagógicos, pero sí dar unas ideas generales o responder a vuestras dudas; todo aquello que signifique una ayuda para quien comienza, ya ha comenzado o quiere comenzar.

Sabemos que hay muchas preguntas que nos podemos hacer en determinados momentos:

¿Por dónde empiezo?
¿De qué escribo?
¿La creatividad se entrena?
¿Cómo se organiza un escritor?

Tengo dificultad para plasmar mis ideas.
¿A qué se debe?
Si me cuesta redactar
¿Puedo escribir?
¿Por qué adopto el estilo de los escritores que leo?

Ya tengo un relato escrito
¿Cómo debo presentarlo a un concurso?

Y así, muchas más que nos pueden surgir.

Por eso desde aquí intentaremos ir dando ideas que den respuesta a éstas y otras dudas que os surjan, para ello podéis enviarnos vuestros emails a:

revista@asociacionescritoresnoveles.es

Queremos hacer una sección entre todos y para todos.

turispain
.com
el turismo en internet
busquedarapida
buscar
casasrurales
información
recomendamos
rutas
aventura
lomásvisitado
encuesta
asociaciones
ACALTUR
www.turispain.com
+moderna +dinámica +actual +información